

Johann Wolfgang von  
Goethe

**Conversaciones  
de emigrados  
alemanes**

EN AQUELLOS desdichados días que tuvieron para Alemania, para Europa, y hasta para el resto del mundo, las más tristes consecuencias, cuando el ejército de los francos penetró en nuestra patria por una brecha mal vigilada, una noble familia abandonó las propiedades que tenía en aquellas comarcas y huyó atravesando el Rhin para salir de los aprietos con que se amenazaba a todas las personas distinguidas a las que se les imputaba como crimen el hecho de que se acordaran de sus antepasados con alegría y sentimiento de honor, de que gozaran de algunos beneficios que cualquier padre bien intencionado

desearía gustosamente procurar a sus hijos y descendientes.

La baronesa von C., una viuda de mediana edad, se acreditó también ahora, en esta fuga, como antes en su casa, para consuelo de sus hijos, parientes y amigos, como una persona decidida y activa. Educada dentro de círculos sociales amplios, y formada después de sufrir diversos destinos, era conocida como una excelente madre de familia, y su penetrante espíritu estaba dispuesto a emprender todo tipo de negocio. Deseaba servir a muchos, y la mucha gente que conocía la ponía en situación de hacerlo. Ahora,

inesperadamente, tuvo que actuar como guía de una pequeña caravana, y supo conducirla a ésta, cuidar de ella, y mantener el buen humor, tal como se manifestó, entre su gente, también en medio de la tristeza y de las necesidades. Y realmente, no era raro que entre nuestros fugitivos hubiera momentos de alegría; pues sorprendentes acontecimientos, nuevas situaciones, brindaron a los tensos espíritus varios motivos de bromas y risas.

La fuga apresurada hizo que el comportamiento de cada uno adquiriera rasgos característicos y llamativos. Uno

se dejaba arrebatarse por un falso miedo, por un horror intempestivo; el otro daba lugar a una innecesaria preocupación; y todo lo que éste hacía de más y aquél de menos, y todo suceso en el que se manifestaba debilidad en condescendencia o precipitación, daba en consecuencia ocasión para atormentarse o educarse mutuamente, de modo que estas tristes situaciones se hicieron más alegres que lo que podría haber sido otrora un viaje de placer.

Pues así como a veces en la comedia podemos permanecer serios durante un rato sin reírnos de las intencionales bufonadas; pero, en cambio, brota

inmediatamente una sonora carcajada cuando en la tragedia ocurre algo inadecuado; así también una desgracia en el mundo real, desgracia que saca a los hombres de sus acostumbrados carriles, irá acompañada habitualmente de circunstancias ridículas a menudo en el mismo momento, circunstancias que con toda seguridad serán después motivo de risa.

Especialmente la señorita Luisa, hija mayor de la baronesa, una mujer animada, vehemente y, en los buenos días, imperiosa tuvo que sufrir muy mucho, pues de ella se decía que bajo el efecto del primer susto había quedado

por completo fuera de sí y, distraída, en una suerte de total ausencia, había traído para empacar, con la mayor seriedad, hasta las cosas más inútiles, y hasta confundido a un viejo servidor con su novio.

Pero ella se defendía lo mejor que podía; sólo que no toleraba ninguna broma que se refiriera a su novio; pues ya bastante sufrimiento le causaba el saber que él se encontraba diariamente en peligro en el ejército aliado, y el ver que la deseada unión era postergada, quizá frustrada, por la desorganización general.

Su hermano mayor, Federico, un

joven decidido, ejecutaba con orden y exactitud todo lo que la madre disponía, acompañaba a caballo al cortejo, y era a la vez correo, conductor de los coches e indicador del camino. El maestro del hijo menor, en quien se tenían muchas esperanzas, un hombre instruido, hacía compañía en el coche a la baronesa; el primo Carlos viajaba con un viejo religioso que como amigo de la casa se había vuelto desde hacía tiempo indispensable para la familia, con un pariente mayor y otros menores, en un coche que iba atrás. Camareras y camareros seguían en jardineras, y unas cuantas parihuelas muy cargadas, que en

más de una parada tuvieron que quedar atrás, cerraban el cortejo.

Toda esta gente había abandonado sus casas a disgusto, como fácilmente se puede imaginar; pero el primo Carlos se alejaba con un doble disgusto de la otra orilla del Rhin: no porque acaso hubiera dejado allí a una mujer amada, como se habría podido suponer según la juventud de él, según su esbelta figura y su carácter apasionado; él se había dejado seducir más bien por la deslumbrante belleza que bajo el nombre de libertad había sabido procurarse tantos adoradores, primero secreta, luego públicamente, y por más que ella tratara

tan mal a los unos, era honrada con mayor vehemencia por los otros.

Así como los amantes son habitualmente ofuscados por su pasión, así le pasaba también al primo Carlos. Desean la posesión de una sola cosa y creen en cambio poder prescindir de todo lo otro. Estado social, bienes de fortuna, todas las realidades parecen desaparecer en la nada, mientras el bien deseado se transforma en lo único, en el todo. Padres, parientes y amigos se vuelven extraños a nosotros, mientras nos apropiamos de algo que nos colma y hace que todo lo restante sea extraño a nosotros.

El primo Carlos se abandonaba a la vehemencia de su pasión y no la disimulaba en las conversaciones. Creía poder entregarse con tanta más libertad a estas ideas, cuanto que él mismo era un noble y, aunque el segundón, tenía que esperar sin embargo una considerable fortuna. Precisamente estos bienes, que había de recibir en el futuro, estaban ahora en manos del enemigo, que no habitaba por cierto en ellos para beneficiarlos. A pesar de ello Carlos no podía llegar a ser enemigo de una nación que prometía al mundo tantos beneficios y cuyas ideas él juzgaba de acuerdo con los discursos y manifestaciones de

algunos de sus miembros. Habitualmente perturbaba él la tranquilidad de la reunión, cuando ésta era capaz de aquélla, elogiando sin mesura todo lo malo o bueno que ocurría entre los neofrancos, expresando ruidosamente su complacencia por los progresos que habían hecho éstos; y con esto sacaba a los otros de sus casillas tanto más cuanto que ellos veían que sus sufrimientos se duplicaban por la satisfacción en el mal ajeno de un amigo y pariente, y tenían que sentirlos todavía más dolorosamente.

Federico se había enemistado con él ya varias veces, y últimamente ya ni

siquiera lo trataba. La baronesa, con ingenio, sabía hacer que se midiera al menos momentáneamente. La señorita Luisa era la que más le daba que hacer porque, por cierto que a menudo injustamente, trataba de despertar sospechas respecto a su carácter y a su razón. El preceptor le daba la razón en silencio, el religioso se la negaba en silencio; y las camareras, para quienes la figura de él era atractiva y su liberalidad respetable, lo escuchaban complacidas porque se creían justificadas por las ideas de él a levantar ahora con orgullo sus delicados ojos, que antes habían bajado con

modestia en su presencia.

Las necesidades del día, los obstáculos del camino, las molestias de los alojamientos obligaban a todos a concentrarse en un interés del momento; y el gran número de emigrados franceses y alemanes que encontraban doquiera y cuyo comportamiento y destino eran muy distintos eran con frecuencia motivo de que reflexionaran sobre las muchas causas que había en estos tiempos para practicar todas las virtudes, pero, en especial, la virtud de la imparcialidad y de la tolerancia.

Cierto día la baronesa hizo la observación de que nunca como en

aquellos momentos de confusión y necesidad de generales se podía ver con tanta claridad cuán incultos, desde todo punto de vista, eran los hombres. «La vida civil», decía, «parece ser como una nave que traslada un gran número de personas, viejas y jóvenes, sanas y enfermas, por aguas peligrosas, aún en tiempos de tormenta; sólo en el momento en que la nave zozobra se ve quién puede nadar; y hasta los buenos nadadores sucumben en tales circunstancias.

»Por lo general vemos cómo los emigrados en su desorientación llevan consigo sus errores y necias costumbres,

y nos asombramos de ello. Pero así como el viajero inglés no se desprende de la marmita de té en ninguno de los cuatro continentes, así también el resto de los hombres son doquiera acompañados por orgullosas exigencias, vanidad, desmesura, impaciencia, obstinación, falta de criterio, por el placer de asestar algún golpe perverso a sus congéneres. El frívolo se alegra de la huida como si fuera un paseo, y el insatisfecho exige que todo se le ponga a su servicio, aun cuando actúa como un mendigo. ¡Raro es que se nos presente la pura virtud de un hombre que sea impulsado realmente a vivir para los

otros, a sacrificarse por los otros!».

Ahora bien, mientras se conocía a algunas personas que daban motivo para semejantes reflexiones, había ya pasado el invierno. La suerte se había mostrado de nuevo favorable a las armas alemanas, los franceses habían sido obligados a pasar de nuevo del otro lado del Rhin, Frankfurt había sido liberado y Maguncia rodeada.

Con la esperanza de que siguieran avanzando las armas victoriosas, y ansiosa por volver a adueñarse de una parte de su posesión, la familia se encaminó de prisa hacia una propiedad que le pertenecía y se encontraba

bellamente ubicada en la orilla derecha del Rhin. ¡Cuán reconfortados se sintieron cuando volvieron a ver correr el bello río ante sus ventanas, con cuánta alegría, tomaron posesión de cada parte de la casa, cuán amistosamente saludaron a los conocidos muebles, los antiguos cuadros y en general a todo el mobiliario, cuán valioso les resultó hasta lo más insignificante que ya habían alguna vez, también del otro lado del Rhin, todo tal como estaba antes!

No bien corrió por la vecindad la nueva de la llegada de la baronesa, todos los viejos conocidos, amigos y servidores acudieron de prisa a ella,

para conversar con ella, para repetir las historias de los meses transcurridos, y para pedirle, en varios casos, consejo y ayuda.

Rodeada por estas visitas, ella tuvo la más agradable sorpresa cuando el consejero privado von S. se presentó junto con su familia. Era un hombre para el cual los negocios, desde la juventud, se habían transformado en una necesidad, un hombre que merecía y tenía la confianza de su príncipe. Se atenía estrictamente a determinados principios y respecto a varias cosas tenía su propia manera de pensar. Hablaba y actuaba con corrección, y

exigía lo mismo de los otros. Una conducta consecuente le parecía la suprema virtud.

Su príncipe, el país, él mismo, habían sufrido mucho por la invasión de los franceses; había conocido el capricho de la nación que sólo hablaba de ley, y el espíritu opresor de los que siempre tenían en la boca la palabra libertad. Había visto que también en este caso la mayoría de la gente se mantenía fiel a sí misma y, con gran vehemencia, tomaba la palabra por acción, la apariencia por propiedad. Las consecuencias de una campaña desdichada, así como las consecuencias

de esas difundidas ideas y opiniones, no dejaban de ser percibidas por su penetrante mirada; aunque no se podía negar que él juzgaba muchas cosas con pasión y con cierta hipocondría.

Su esposa, amiga de la juventud de la baronesa, encontró, luego de tantas tribulaciones, un verdadero cielo en los brazos de su amiga. Habían crecido juntas, juntas se habían formado, no tenían secretos la una para con la otra. Las primeras inclinaciones de los años juveniles, los problemas críticos del matrimonio, alegrías, preocupaciones y penalidades de la maternidad, todo se lo habían confiado mutuamente otrora, en

parte oralmente, en parte en cartas; y habían mantenido una vinculación ininterrumpida. Sólo en los últimos tiempos los disturbios les habían impedido comunicarse entre sí como de costumbre. Con tanta mayor animación se atropellaron sus conversaciones entonces, tanto más tuvieron que decirse, mientras las hijas de la señora del consejero pasaban su tiempo junto con la señorita Luisa en creciente familiaridad.

El bello gozo de esta encantadora comarca era lamentablemente perturbado con frecuencia por el trueno de los cañones que, según fuera la

dirección del viento, se oía desde lejos con más o menos claridad. Tampoco se podía evitar, debido a la abundante afluencia de noticias diarias, la conversación sobre política que perturbaba por lo común la momentánea alegría del grupo, pues las distintas maneras de pensar y opiniones eran manifestadas de ambas partes con mucha pasión. Y así como los hombres intemperantes no se abstienen del vino ni de las comidas de difícil digestión aunque sepan por experiencia que inmediatamente después han de tener un malestar, así tampoco podían refrenarse en este caso la mayoría de las personas

del grupo; más bien cedían a la irresistible tentación de dañar a otros y procurarse después a sí mismos, al fin de cuentas, un momento desagradable.

No cuesta trabajo imaginar que el consejero privado pertenecía al partido adicto al antiguo sistema, y que Carlos hablaba a favor del contrario, que esperaba que las inminentes innovaciones trajeran salud y vida a la antigua, enferma situación.

Al principio estas conversaciones se hicieron con bastante mesura, especialmente porque la baronesa supo mantener el equilibrio entre ambas partes con gratas interrupciones; pero

cuando se acercó la época importante en la que el bloqueo de Maguncia había de transformarse en sitio, y se empezó entonces a tener graves temores por la suerte de esta bella ciudad y de los habitantes que habían quedado en ella, cada uno manifestó sus opiniones con desmedido apasionamiento.

Tema de conversación fueron especialmente los clubistas que habían quedado en dicha ciudad, y esperaban que se los castigara o liberara, según se censuraran o aprobaran sus acciones.

Entre los que hacían lo primero estaba el consejero privado, cuyos argumentos provocaban la indignación

de Carlos sobre todo cuando combatía la razón de esta gente y los acusaba de absoluta falta de conocimiento del mundo y de sí mismos.

«¡Cuán ofuscados tienen que estar», exclamó una tarde, cuando la conversación empezaba a animarse mucho, «si piensan que una enorme nación que se debate en medio de la máxima confusión y que ni siquiera en los momentos de tranquilidad sabe apreciar otra cosa que a sí misma, ha de considerarlos con algún interés! Se los tomará como instrumentos, se los usará durante un tiempo, y finalmente se los dejará a un lado, o, por lo menos, se los

descuidará. ¡Cuánto se equivocan si creen que alguna vez podrán ser contados entre los franceses!

»A todo el que es poderoso y grande nada hay que le resulte más ridículo que un pequeño y débil que, en la oscuridad de la ilusión, en la ignorancia de sí mismo, de sus fuerzas y de su situación, cree ponerse a la par de aquél. ¿Acaso creéis vosotros que la gran nación, luego de los favores que le ha mostrado la suerte hasta ahora, será menos orgullosa y altanera que cualquier otro rey triunfador?

»Más de uno que anda ahora con la insignia de empleado municipal ha de

maldecir la mascarada cuando, después de haber ayudado a someter a sus compatriotas bajo una forma nueva y contraria a su modo de ser, forma en la cual él ha puesto toda su confianza, finalmente sea él mismo tratado de manera humillante. Hasta considero muy probable que cuando se entregue la ciudad, lo que no puede demorar mucho en producirse, tales gentes sean entregadas o abandonadas a los nuestros. Ojalá reciban entonces su premio, que experimenten el castigo que merecen, quiero juzgarlos tan imparcialmente como pueda».

«¡Imparcialmente!», exclamó Carlos

con vehemencia; «¡con que no oyera yo pronunciar de nuevo esta palabra! ¿Cómo es posible condenar a esta gente así, sin más ni más? ¡No se han pasado la juventud, y la vida, para ser útiles, de la forma tradicional, a sí mismo y a los otros! Por cierto, no han poseído las pocas habitaciones habitables del antiguo edificio, no han gozado de sus comodidades; más bien han sentido la incomodidad de las partes abandonadas de vuestro palacio estatal, y las han sentido más porque han tenido que pasar en ellas sus días, en la miseria y la opresión; no han considerado bueno, sobornados por una laboriosidad

aliviada, mecánicamente, aquello que ya una vez se acostumbraron a hacer. Por cierto, sólo en silencio han podido contemplar la unilateralidad, el desorden, la pereza, la torpeza con que vuestros hombres de estado creen conseguir todavía el respeto; ¡por cierto, sólo en secreto han podido desear que las penas y gozos se repartan por igual! ¡Y quién va a negar que entre ellos no haya por lo menos algunos cuantos hombres bien intencionados y capaces que, si bien en este momento no están en condiciones de realizar lo mejor, tienen sin embargo la suerte de aminorar por su intermedio el mal y preparar un bien

futuro; y si se reconoce esto, quién no ha de compadecerse de ellos en el momento en que están a punto de ser despojados de sus esperanzas quizá para siempre!».

El consejero, al oír esto, hizo con cierta amargura algunas bromas sobre los jóvenes que tendían a idealizar un determinado objeto; Carlos, en contraste, no fue más respetuoso con aquéllos que sólo podían pensar de acuerdo con las formas antiguas, y tenían que desechar necesariamente todo lo que no se adaptara a ellas.

Luego de varias réplicas de uno y otro lado la conversación se fue

haciendo más y más acalorada; y así, de ambas partes, se dijo todo lo que en el curso de esos años había provocado la discordia en medio de tantas buenas reuniones. En vano trató la baronesa de hacer, si no la paz por lo menos un armisticio; ni siquiera la señora del consejero, que por ser una amable mujer había adquirido alguna influencia sobre el alma de Carlos, consiguió influir en él en aquel momento, y tanto menos cuanto que su esposo proseguía arrojando certeros dardos contra la juventud y la inexperiencia, y burlándose de la especial tendencia de los niños a jugar con el fuego que, sin embargo, no podían

manejar.

Carlos que, dominado por la ira, ya no se conocía a sí mismo, no titubeó en confesar que deseaba la mejor suerte a las armas francesas, y que invitaba a todos los alemanes a que pusieran un fin a la antigua esclavitud, que respecto a la nación francesa estaba convencido de que sabría apreciar debidamente a los nobles alemanes que se hubieran declarado a favor de ella, que los consideraría y trataría como suyos, y que no los sacrificaría ni los dejaría abandonados a su destino, sino que los colmaría de honores, bienes y confianza.

El consejero afirmó en cambio que

era ridículo pensar que los franceses, en el caso de una capitulación u otra circunstancia, se ocuparían de ellos ni por un momento; esta gente más bien caería por cierto en las manos de los aliados, y esperaba verlos colgados a todos.

Carlos no toleró esta amenaza, y exclamó antes bien que él esperaba que la guillotina hiciera también en Alemania una buena cosecha y no dejara pasar ni una sola cabeza culpable. Añadió algunos reproches muy duros que afectaban personalmente al consejero privado y que, en todo sentido, era ofensivos.

«Ello significa entonces», dijo el consejero, «que me debo alejar de esta reunión en la cual ya no se respeta nada de lo que otrora parecía respetable. Lamento mucho ser expulsado por segunda vez, y en este caso por un compatriota; pero comprendo que de parte de éste hay que esperar menos respeto que de los neofrancos; y una vez más encuentro que se confirma la antigua experiencia de que es mejor caer en manos de los turcos que en las de los renegados».

Al decir estas palabras se levantó y se retiró de la habitación; la esposa lo siguió; todos quedaron en silencio. Con

pocas pero fuertes expresiones la baronesa manifestó su disgusto; Carlos caminaba de un lado para el otro en el salón. La esposa del consejero reapareció llorando y contó que se esposo había dado orden de empacar y había pedido ya que se prepararan los caballos. La baronesa se dirigió hacia donde estaba él para disuadirlo; entretanto las señoritas lloraban y se besaban y estaban sumamente doloridas de tener que separarse tan pronta e inesperadamente. Volvió la baronesa: no había conseguido nada. Se comenzó a reunir poco a poco todo lo que pertenecía a los visitantes. Los tristes

momentos de despedirse y separarse fueron sentidos muy vivamente. Con los últimos cofres y cajas desapareció toda esperanza. Vinieron los caballos y las lágrimas corrieron más abundantemente.

El coche partió y la baronesa lo siguió con la vista; tenía lágrimas en los ojos. Se apartó de la ventana y se sentó junto al bastidor de bordar. Todos estaban quietos, confundidos; Carlos, especialmente, manifestaba su intranquilidad mientras, sentado en un rincón, hojeaba un libro y, de tanto en tanto, levantaba la vista en dirección a su tía. Finalmente se paró y tomó su sombrero, como si quisiera ir; cuando ya

estaba en la puerta se dio vuelta, se apoyó en el marco y dijo con noble ademán: «La he ofendido, querida tía, le he causado un enojo, perdone usted mi precipitación: reconozco mi error y lo siento hondamente».

«Yo puedo perdonar», contestó la baronesa; «no te guardaré ningún rencor, porque eres bueno y noble; pero tú no puedes reparar lo que has echado a perder. Por tu culpa no gozo en estos momentos de la compañía de una amiga a la que desde hacía mucho tiempo no veía, que la misma desgracia que sufrimos me permitió volver a encontrar, y con cuyo trato yo olvidaba durante

muchas horas la desdicha que hemos sufrido y que nos amenaza. Y ella, que desde hace ya tiempo va de un lado para el otro en angustiosa fuga, y apenas por unos pocos días ha gozado de la compañía de viejos y queridos amigos en una cómoda casa, en un lugar agradable, tiene que transformarse de nuevo en una fugitiva; y esta reunión pierde además la conversación de su esposo que, por raro que sea en ciertos aspectos, es sin embargo un hombre excelente, honorable; y un inagotable archivo de conocimiento de la gente y del mundo, de acontecimientos y situaciones, lleva él consigo, y lo sabe

transmitir de una manera ligera, feliz, agradable. Tu vehemencia nos ha privado de este múltiple placer; ¿cómo puedes sustituir lo que hemos perdido?».

*Carlos.* «Perdóneme, querida tía; ya siento bastante intensamente mi error; ¡no me haga ver con tanta claridad las consecuencias!».

*Baronesa.* «¡Considéralas más bien tan claro como puedas! Aquí no se puede hablar de perdón; la cuestión es solamente si te puedes convencer. Pues no es la primera vez que cometes este error, y no será la última vez. Oh, vosotros, seres humanos, ¿no conseguirá la necesidad, que os obliga a que os

apretujéis bajo un techo, en una choza estrecha, no conseguirá que os volváis mutuamente tolerante? ¿No basta con los tremendos acontecimientos que incesantemente se desencadenan sobre vosotros y vuestra gente? ¿No podéis mejoraros a vosotros mismos y comportaros, mesurada y razonablemente con quienes en realidad no os quieren quitar nada, no os quieren robar nada? ¿Es necesario que vuestras almas actúen y golpeen tan ciega, tan inconteniblemente como los acontecimientos mundiales, como una tempestad o cualquier otro fenómeno natural?».».

Carlos no contestó nada, y el preceptor se aproximó desde la ventana, donde había estado hasta entonces, en dirección a la baronesa, y le dijo: «Se mejorará; lo que ha ocurrido tiene que servirle, tiene que servirnos de advertencia. Diariamente hemos de ponernos a prueba, hemos de tener a la vista el dolor que usted ha sentido; hemos de mostrar también que tenemos poder para dominarnos a nosotros mismos».

*Baronesa.* «¡Con qué facilidad se pueden convencer los hombres, especialmente en este punto! La palabra poder les resulta tan agradable, y tiene

un sonido tan distinguido esto de querer dominarse a sí mismo. Les gusta mucho hablar de ello y querrían hacernos creer que tomen en serio realmente la cuestión también en la práctica; ¡con que yo hubiera visto sólo a uno en mi vida que en la más pequeña cosa hubiera estado en condiciones de dominarse a sí mismo! Cuando sienten indiferencia respecto a algo se presentan habitualmente con toda seriedad como si les costara prescindir de ello; y saben presentar ante sí mismos y ante los otros como excelente, necesario, inevitable e imprescindible, lo que desean con vehemencia. No conozco ni uno solo que

sería capaz del más pequeño renunciamento.».

*Preceptor.* «Rara vez es usted injusta y nunca la he visto antes tan dominada por el enojo y el apasionamiento como en estos momentos».

*Baronesa.* «Al menos no tengo por qué avergonzarme de esta pasión. Cuando pienso en mi amiga, que va en su coche, por incómodos caminos, recordando con lágrimas la vulnerada hospitalidad, querría sinceramente sentir rencor por todos vosotros».

*Preceptor.* «Ni en medio de las peores desgracias la he visto tan

conmovida y tan apasionada como en estos momentos».

*Baronesa.* «Una desgracia pequeña añadida a las más grandes, colma la medida; y, por lo demás, no es ninguna pequeña desgracia el verse privada de una amiga».

*Preceptor.* «Tranquilícese y confíe en todos nosotros, en que nos vamos a mejorar, en que queremos hacer lo posible para satisfacerla».

*Baronesa.* «En absoluto; ninguno de vosotros me va a hacer tener confianza; pero de ahora en adelante voy a exigir de vosotros, seré yo quien dé órdenes en mi casa».

«Exija, ¡ordene usted!», exclamó Carlos, «y no tendrá que quejarse de nuestra obediencia».

«Ahora bien, mi severidad no va a ser tan grande», replicó sonriendo la baronesa, tranquilizada ya; «no siento ningún placer especial en dar órdenes, especialmente a personas de espíritu tan amplio; pero quiero dar un consejo y añadir un pedido».

*Preceptor.* «Uno y otro deben ser para nosotros una ley inviolable».

*Baronesa.* «Sería insensato si yo tuviera la intención de distraer el interés que cada uno pone en los grandes acontecimientos del mundo cuyas

víctimas, por desgracia, hemos llegado a ser nosotros mismos. No puede modificar las ideas que surgen en cada uno de acuerdo con su manera de pensar, que se consolidan, aspiran a desarrollarse, influyen; y sería tan insensato como cruel exigir que uno no las exprese. Pero sí puedo esperar de este círculo en el que vivo, que los que tengan las mismas opiniones se reúnan aparte entre sí y conversen agradablemente diciendo el uno aquello que el otro ya piensa. En las habitaciones, en los paseos y dondequiera se encuentren los que son del mismo parecer, descubra cada uno

su pecho a gusto y paladar, apóyese en ésta o aquella opinión, goce plenamente de la alegría que da una apasionada convicción. Pero, hijos míos, cuando estemos reunidos en sociedad no olvidemos cuánto hemos tenido que sacrificar de nosotros mismos, antes de que se dijieran todas estas cosas, para ser sociable, y que cada uno, mientras el mundo siga siendo mundo, tendrá que dominarse por lo menos exteriormente para ser sociable. Os conjuro pues, no en nombre de la virtud sino en nombre de la más común cortesía, que hagáis en estos momentos, por mí y por los otros, lo que habéis hecho desde la juventud

hasta diría que por cualquiera al que encontrarías en la calle».

«Sobre todo», —prosiguió la baronesa—, «no sé qué ha pasado con nosotros, por qué ha desaparecido de pronto la sociabilidad. ¡Cuánto cuidado se tenía otrora, cuando se estaba en sociedad, de no tocar ningún tema que pudiera ser desagradable a alguien! El protestante, en presencia del católico, evitaba ridiculizar cualquier ceremonia; el más celoso católico no le hacía ver al protestante que la antigua religión otorga una mayor seguridad de eterna bienaventuranza. Ante los ojos de una madre que había perdido a su hijo, uno

trataba de no alegrarse demasiado de los propios hijos, y cualquiera se sentía confundido si se le había escapado alguna de estas expresiones desconsideradas. Los que estaban presentes trataban de reparar la inadvertencia... ¿Y no hacemos ahora exactamente lo contrario de todo esto? Con empeño buscamos toda oportunidad en que podamos decir algo que enoje a los otros o las saque de sus casillas. ¡Oh, que en lo futuro, hijos míos y amigos, volvamos a ese modo de ser! Hemos vivido hasta ahora muchas cosas tristes..., y es posible que pronto nos anuncien, de día el humo y de noche las

llamas, el derrumbe de nuestras casas y de las propiedades que hemos dejado atrás. ¡No traigamos con demasiada vehemencia estas noticias a nuestras reuniones, no imprimamos más hondamente con frecuentes repeticiones lo que ya en el silencio nos causa bastantes dolores!

»Cuando vuestro padre murió, ¿me hicisteis recordar en cada ocasión, con palabras y signos, esta pérdida irreparable? ¿No habéis tratado acaso de evitar todo lo que inoportunamente pudiera suscitar su recuerdo, y, con vuestro amor, vuestros callados esfuerzos, vuestra amabilidad, de

atenuar el sufrimiento de aquella pérdida y de curar la herida? ¿No necesitamos ahora todos nosotros practicar justamente ese respeto social que, a menudo, tiene más efecto que una ayuda bien intencionada pero torpe; ahora, cuando no se trata de que uno u otro suceso lastime a éste o a aquél en medio de seres felices, ni que dicha desgracia sea pronto absorbida por el bienestar general, sino de que entre un enorme número de desdichados son apenas muy pocos los que por naturaleza o educación gozan de una satisfacción casual o artificial?».

*Carlos.* «Usted ya nos ha humillado

bastante, querida tía. ¿No nos quiere tender de nuevo la mano?».

*Baronesa.* «Aquí está, con la condición de que tengáis ganas de dejaros guiar por ella. ¡Denos una amnistía! No puede ser ahora suficientemente rápida la decisión que uno tome para ello».

En ese momento entraron las otras mujeres, que después de la despedida habían llorado bastante, y no lograban mirar amistosamente al primo Carlos.

«¡Venid aquí, hijas! —exclamó la baronesa—. Hemos tenido una conversación seria que, como espero, ha de establecer la paz y la unidad entre

nosotros y el buen gusto, que desde hace un tiempo echamos de menos, será introducido de nuevo en nuestro círculo; quizá nunca hemos necesitado tanto como ahora distraernos, aunque fuera sólo por algunas horas al día. ¡Pongámonos de acuerdo para que, mientras estemos juntos, no haya en absoluto ninguna conversación sobre el interés del día! ¡Durante cuánto tiempo hemos estado privados de conversaciones ilustrativas y animadoras, durante cuánto tiempo tú, querido Carlos, no nos has contado nada de lejanos países y reinos de cuyas tierras, habitantes, hábitos y costumbres,

tan bellos conocimientos tienes!...  
¡Durante cuánto tiempo usted, —aludió así el preceptor—, ha dejado en silencio la historia antigua y la moderna, la comparación de los siglos y de los hombres individualmente!... ¿Dónde han quedado las bellas y delicadas poesías que otrora salían tan a menudo de las carteras de nuestras jóvenes mujeres para alegría de la sociedad? ¿Dónde se han perdido las despreocupadas consideraciones filosóficas? ¿Ha desaparecido por completo el gusto con que nos traíais de vuestros paseos una piedra extraña, una planta por lo menos para nosotros desconocida, un insecto

raro, y dabais ocasión así de por lo menos soñar agradablemente con la gran armonía que hay entre todas las criaturas? ¡Haced que todas estas conversaciones, que otrora se daban tan espontáneamente, se practiquen ahora de nuevo entre nosotros en virtud de un acuerdo, de un propósito, de una ley! ¡Poned todas vuestras fuerzas en ser instructivos, útiles y, especialmente, sociables! Y tendremos necesidad de todo esto y todavía mucho más que ahora —si es que todo se ha de trastornar. ¡Hijas mías, prometedme esto!».

Lo prometieron con animación.

«Y ahora idos, es un bello atardecer, que cada cual goce de él a su manera; ¡y que para la cena, por primeva vez después de tanto tiempo, gocemos los frutos de una conversación amistosa!».

Así se disolvió la reunión; sólo la señorita Luisa se quedó sentada junto a la madre; no podía olvidar tan pronto el enojo de haber perdido a su compañera de juego y desairó a Carlos, que la invitó para pasear, de una manera muy desdeñosa. Madre e hija se habían quedado pues en silencio durante un tiempo juntas, cuando entró el religioso, que volvía de un largo paseo y no se había enterado de nada de lo que había

ocurrido en la tertulia. Puso a un lado el sombrero y el bastón, se sentó y quiso empezar a contar algo; pero la señorita Luisa, como si continuara con su madre una conversación ya comenzada, lo interrumpió con las siguientes palabras:

«Para varias personas la ley en que se ha convenido será sin embargo bastante incómoda. Ya cuando antes vivíamos en el campo ha faltado a veces tema para la conversación; pues allí no había diariamente oportunidad, como en la ciudad, de calumniar a una pobre doncella, o de despertar sospechas sobre algún joven; pero hasta ahora se tenía todavía el recurso de contar las

necesidades de unas cuantas grandes naciones, de encontrar ridículos tanto a los alemanes como a los franceses, y de considerar ya a éste, ya a aquél, un jacobino o un clubista. Ahora bien, si también se ciega esta fuente, hemos de ver a varias personas mudas en medio de nosotros».

«¿Va dirigido este ataque acaso contra mí, querida señorita?», empezó a hablar, sonriendo, el anciano. «Bien, usted sabe que a veces me considero feliz de ser una víctima del resto del grupo. Pues, ciertamente, mientras usted en cada conversación hace honor a su excelente educadora y todos la

encuentran agradable, amable, complaciente, usted parece procurar habitualmente a mi costa cierta indemnización a un espíritu pequeño y malicioso que habita en usted y al que usted no puede dominar del todo, indemnización por la sumisión que le impone a él... Dígame, estimada señora», prosiguió dirigiéndose a la baronesa, «¿qué ha ocurrido en mi ausencia, y qué clase de conversaciones son las que están excluidas de nuestro círculo?».

La baronesa lo informó sobre todo lo que había pasado. Él escuchó atentamente, y en el acto replicó: «De

acuerdo con estas disposiciones no les va a resultar imposible a varias personas entretener a la tertulia, y quizá de una manera mejor y más segura que otras».

«Veremos», dijo Luisa.

«Esta ley», prosiguió él, «no contiene nada gravoso para todo aquél que sepa ocuparse consigo mismo; más bien le será algo agradable el poder traer a la reunión lo que antes hacía como a hurtadillas. Pues, y no me lo tome a mal, señorita, ¿quién si no la misma sociedad es la que favorece a los portadores de novedades, a los espiones y calumniadores? Rara vez, en ocasión

de una lectura, o al exponer alguna materia interesante, cosas que deberían animar al espíritu y al corazón, rara vez he visto tanta atención en un círculo y tanta disposición anímica, como cuando se exponía algo nuevo y, por cierto, algo que rebajaba a un conciudadano o a una conciudadana. Interróguese a sí misma e interroque a muchos otros: ¿qué es lo que le da atractivo a un acontecimiento? No su importancia, no la influencia que tiene, sino la novedad. Habitualmente sólo lo nuevo parece importante, porque sin mayores relaciones despierta nuestro asombro y pone durante un instante en actividad a nuestra imaginación, sólo

ligeramente toca a nuestro sentimiento y deja a nuestra razón totalmente en paz. Cualquier persona, sin volverse para nada sobre sí misma, puede interesarse vivamente por todo lo que es nuevo, más aún, como una sucesión de novedades va arrastrándolo a uno continuamente de un objeto al otro, nada hay que pueda ser más grato para la gran masa humana que semejante ocasión de eterna distracción y semejante oportunidad de dar salida a la perversidad y al placer de hacer daño de una manera que se renueva sin cesar».

«Y bien», exclamó Luisa, «parece que usted sabe salir de apuros: antes se

trataba de algunas personas aisladas, ahora es todo el linaje humano el que tiene que pagar».

«No pretendo que usted deba ser jamás justa conmigo», replicó aquél; «pero por lo menos le tengo que decir lo siguiente: nosotros, que dependemos de la sociedad, tenemos que formarnos y guiarnos de acuerdo con ella; hasta diría que nos está permitido hacer algo que le cause repugnancia antes que algo que le sea cargoso, y para ella nada hay en el mundo que sea más cargoso que si se le exige que haga reflexiones y consideraciones. Todo lo que apunta a esto tiene que ser evitado, y ha de ser

ciertamente practicado a solas, y para sí mismo, lo que está vedado en cualquier reunión pública».

«Para sí mismo y a solas ha de haber bebido usted a solas más de una botella de vino, y ha de haber pasado durmiendo más de una hora bella del día», le espetó Luisa.

«Nunca», prosiguió el anciano, «he atribuido a lo que hago mucha importancia, pues sé que en comparación con otras personas soy un gran holgazán; pero entretanto he formado una colección que quizá ha de procurar justamente ahora a esta reunión, de acuerdo con el estado de

ánimo en que se encuentra, más de una hora agradable».

«¿Qué clase de colección es?», preguntó la baronesa.

«Con seguridad que no se trata nada más que de una crónica escandalosa», añadió Luisa.

«Se equivoca», dijo el anciano.

«Veremos», replicó Luisa.

«Deja que acabe de hablar», dijo la baronesa; «¡y sobre todo no te acostumbres a tratar dura e inamistosamente a una persona que acaso en broma lo tolere! No tenemos motivos de alimentar, ni siquiera en broma, las torpezas que hay dentro de

nosotros. Dígame, amigo mío, ¿en qué consiste su colección? ¿La ha comenzado ya hace mucho? ¿Por qué no hemos oído hasta ahora nada de ella?».

«Le voy a rendir cuentas a este respecto», replicó el anciano. «Ya hace mucho tiempo que vivo en el mundo y siempre me ha gustado fijarme en lo que le pasa a ésta o a aquella persona. No siento ni la fuerza ni el valor para abarcar el panorama de la gran historia, y cada uno de los acontecimientos mundiales me confunde; pero entre las muchas historias privadas que se exhiben en público y que unos a otros se cuentan en secreto, hay muchas que

tienen un encanto todavía más puro y más bello que el de la novedad, muchas que, por medio de una peripecia ingeniosa, están dispuestas siempre a divertirnos, muchas que de un vistazo nos manifiestan la naturaleza humana y sus íntimos secretos, y otras, asimismo, cuyas especiales necesidades nos regocijan. De la gran cantidad de las que en la vida común ocupan nuestra atención y nuestra malicia, y que son tan comunes como las personas a las que les ocurren o como las que las cuentan, he coleccionado solamente las que me parece que tienen algún carácter, que tocan y ocupan a mi razón y a mi alma y

que, cuando vuelvo a pensar en ellas, me procuran un instante de pura y serena alegría».

«Tengo mucha curiosidad por oír», dijo la baronesa, «de qué clase son sus historias y de qué tratan realmente». «Usted, se imaginará», replicó el anciano, «que no se hablará con mucha frecuencia de procesos y cuestiones familiares. Éstos tienen interés por lo general sólo para aquéllos que son atormentados por ellos».

*Luisa.* «¿Y qué contienen entonces?».

*El anciano.* «Tratan habitualmente, no lo voy a negar, de los sentimientos

por los cuales los hombres y las mujeres se unen o se separan, se hacen felices o desdichados; pero es más frecuente que sean confundidos y no aclarados».

*Luisa.* «¡Ah sí! ¿Así que usted nos ofrece como delicado entretenimiento, probablemente, una colección de chistes obscenos? Perdóneme, mamá, que haga esta observación; pero es algo tan natural, y por lo menos estará permitido decir la verdad».

*El anciano.* «Espero que usted, no ha de encontrar nada que yo llamaría obsceno en toda la colección».

*Luisa.* «¿Y a qué llama usted así?».

*El anciano.* «Una conversación

obscena, una narración obscena me resultan insoportables. Pues nos presentan algo vulgar, algo que no es digno ni de que se hable de ello ni de que se le preste atención, como si fuera algo especial, algo atractivo; y suscitan falsos deseos en lugar de ocupar agradablemente a la razón. Ocultan aquello que, o se debería ver sin velo alguno o de lo que se debería apartar la vista, directamente».

*Luisa.* «No lo entiendo. ¿Supongo que usted nos querrá referir sus historias por lo menos con cierta delicadeza? ¿O acaso hemos de dejar que nos ofendan los oídos con chistes groseros? ¿Va a ser

una verdadera escuela de vicios, y todavía quiere que le agradezcan?».

*El anciano.* «Ni una cosa, ni la otra. Pues, en primer lugar, usted no se va a enterar de nada nuevo, sobre todo porque desde hace ya un tiempo noto que usted no deja pasar ni una sola de ciertas reseñas que aparecen en los períodos cultos».

*Luisa.* «Usted se está poniendo, cáustico».

*El anciano.* «Usted, es novia, y me complazco en disculparla. Pero le tengo que mostrar que yo también poseo flechas que puedo utilizar contra usted».

*Baronesa.* «Me doy cuenta a dónde

quiere llegar usted; pero haga que también ella lo entienda».

*El anciano.* «Sólo tendría que repetir lo que ya he dicho al comienzo de la conversación; pero no parece que ella tenga la buena voluntad de prestar atención».

*Luisa.* «¿Para qué necesitas buena voluntad y muchas palabras? De cualquier manera que se lo examine, serán historias escandalosas, de una u otra manera escandalosas, y nada más».

*El anciano.* «¿Tengo que repetir, querida señorita, que al hombre bien intencionado una cosa sólo le resulta escandalosa si nota maldad, soberbia,

gusto de hacer daño, negativa a ayudar, de tal manera que aparta sus ojos de ella; pero que, en cambio, encuentra divertidos pequeños errores y defectos, y considerándolos especialmente a éstos se complace ante determinadas historias en las que el hombre bueno aparece en ligera contradicción consigo mismo, con sus deseos y sus propósitos, en las que los tontos y convencidos de su importancia son avergonzados, reprendidos o engañados, en las que toda pretensión es castigada de una manera natural y hasta casual, en las que propósitos, deseos y esperanzas son, ya perturbados, obstaculizados, anulados,

ya inesperadamente alimentados, cumplidos, confirmados? Doquiera el acaso juega con la debilidad e insuficiencia humanas prefiere el hombre de bien permanecer en su serena meditación, y ninguno de los protagonistas cuyas historias él conserva tiene que temer de él la censura, ni esperar la alabanza».

*Baronesa.* «Su introducción despierta el deseo de oír pronto una muestra de lo que ofrece. Pero yo sabía que en nuestra vida —y hemos pasado la mayor parte del tiempo en el mismo círculo social— hubiera ocurrido mucho que se pudiera incorporar en semejante

colección».

*El anciano.* «Mucho depende por cierto del observador y de lo que se sepa aprovechar de los asuntos por una parte; pero no he de negar por cierto que he tomado varias cosas de antiguos libros y tradiciones. Usted encontrará quizá, por lo tanto, no sin cierto placer, a viejos conocidos. Pero justamente esto me da una ventaja que no he de dejar que se me vaya de las manos: ¡ninguna de mis historias debe ser interpretada!».

*Luisa.* «¿Pero no nos irá a prohibir que reconozcamos a nuestros amigos y vecinos y que, si se nos ocurre, descifremos el enigma?».

*El anciano.* «De ninguna manera. Pero usted me permitirá también en cambio, si se da el caso, que yo saque un viejo tomo en folio para probar que esta historia ya ha ocurrido hace varios siglos, o ya fue inventada entonces. Y me permitirá asimismo sonreír en secreto cuando se considere que una historia, que ha ocurrido en nuestra inmediata cercanía, es un antiguo cuento, sin que la reconozcamos precisamente tal como ha sido».

*Luisa.* «Con usted una no termina nunca; lo mejor es que hagamos las paces por esta tarde, y que usted, nos cuente pronto, como muestra, un

trocito».

*El anciano.* «Permítame que le sea desobediente a este respecto. Este entretenimiento queda reservado para cuando estemos todos reunidos. No está bien que los privemos de nada, y puedo anticipar lo siguiente: todo lo que tengo para referir carece de valor en sí mismo; pero cuando la tertulia, luego de una seria conversación, busque descansar por un breve tiempo, cuando, satisfecha ya con varias cosas buenas, busque un postre liviano, estaré pronto a disposición, y deseo que lo que yo proponga no sea considerado como algo sin gusto».

*Baronesa.* «Tendremos entonces que tener paciencia hasta mañana».

*Luisa.* «Siento mucha curiosidad por lo que va a presentar».

*El anciano.* «Usted no debería sentir eso, señorita; pues rara vez puede satisfacerse una tensa espera».

A la noche, después de la comida, una vez que la baronesa se hubo retirado temprano a su aposento, se quedaron los otros juntos y comentaron sobre diversas noticias que en ese momento corrían, sobre rumores que se difundían. Por otra parte, como suele habitualmente ocurrir en momentos semejantes, se dudaba respecto a lo que se debía creer y a lo

que se debía rechazar.

El viejo amigo de la casa dijo a este respecto: «Encuentro que lo más cómodo es que creamos en lo que nos resulta agradable, y que rechazemos sin consideración lo que nos sería desagradable, y que, por lo demás, dejemos como verdadero lo que puede ser verdadero».

Se hizo la observación de que la gente también procede así habitualmente, y luego de algunos cambios de conversación se empezó a hablar de la decidida tendencia que tiene nuestra naturaleza a creer en lo maravilloso. Se habló de lo novelesco,

de los fantasmas, y cuando el anciano prometió contar en lo futuro algunas buenas historias de este tipo, la señorita Luisa replicó: «Sería usted muy gentil y se merecería mucha gratitud si ahora, justamente cuando estamos reunidos con la disposición anímica adecuada, nos refiriera una de tales historias; escucharíamos atentamente y le estaríamos muy agradecidos».

Sin hacerse de rogar por mucho tiempo, comenzó el religioso con las siguientes palabras:

«Cuando estuve en Nápoles ocurrió allí una historia que hizo mucha

sensación y respecto a la cual las opiniones fueron muy distintas. Unos afirmaban que era totalmente inventada, los otros, que era verdadera pero que había un engaño detrás. Este partido, a su vez, se dividía; disputaban sobre quién podría haber hecho el engaño. Había todavía otros que afirmaban que no era en absoluto cosa decidida que las naturalezas espirituales no pudieran influir sobre elementos y cuerpos, y que no se tenía que declarar cualquier acontecimiento maravilloso exclusivamente como mentira o engaño. ¡Y ahora, al suceso mismo!

»Una cantante llamada Antonelli era

en mi tiempo la preferida del público napolitano. En la flor de sus años, de su figura, de su talento, no le faltaba nada de lo que sirve a una mujer para excitar y atraer a la muchedumbre, y que encanta y hace felices a un pequeño número de amigos. Ella no era insensible para la alabanza y el amor, pero, naturalmente mesurada y razonable, sabía gozar de las alegrías que una y otro dan, sin perder por lo demás el equilibrio que era tan necesario en su situación. Toda la gente joven, distinguida y rica se abalanzaba sobre ella, pero ella aceptaba sólo a pocos; y si bien ella, al elegir a sus

amantes, se guiaba generalmente por sus ojos y su corazón, mostraba no obstante en todas sus pequeñas aventuras un carácter firme y seguro que tenía que ganarle la simpatía de todo observador atento. Tuve oportunidad de verla durante un tiempo en el que estuvo estrechamente vinculado con uno de sus favoritos.

»Habían pasado diversos años, ella había conocido el suficiente número de hombres y, entre ellos muchos individuos jactanciosos, débiles y no de fiar. Ella creía haber observado que un amante que, en cierto sentido, es todo para la mujer, se transforma por lo

general en nada justamente cuando ella tiene más necesidad de un apoyo, en sucesos de la vida, en asuntos caseros, al tomar decisiones momentáneas, si es que directamente no daña a su amada al pensar sólo en él mismo, y no se siente impulsado por el amor propio a aconsejarle lo peor y a hacerle dar los más peligrosos pasos.

»En las relaciones que había tenido hasta entonces su espíritu había permanecido por lo general desocupado; pero también éste requería alimento. Ella quería tener por fin un amigo, y no bien hubo sentido esta necesidad cuando ya encontró entre los que trataban de

acercársele a un joven en el que depositó su confianza y que en todo sentido parecía merecer ello.

»Era un genovés que, por aquel tiempo, a causa de algunos importantes negocios de su casa, permanecía en Nápoles. Además de tener un carácter muy feliz, había recibido la más cuidadosa educación. Sus conocimientos eran amplios, tanto su espíritu como su cuerpo perfectamente formados, su comportamiento podía ser considerado un modelo, como el de quien en ningún momento se olvida de sí mismo, pero parece olvidarse siempre en los otros. El espíritu comercial de su ciudad natal

reposaba en él; veía a grandes trazos lo que había que hacer. Pero su situación no era la más feliz; su casa había entrado en algunas especulaciones muy dudosas y se había enredado en peligrosos procesos. Los asuntos se complicaron con el tiempo todavía más, y la preocupación que tenía por ello le dio un aire de tristeza que le quedaba muy bien y que alentó todavía más a nuestra joven mujer a buscar su amistad, pues ella creía sentir que él mismo necesitaba de una amiga.

»Él la había visto hasta entonces sólo en lugares públicos y ocasionalmente, ella le concedió ahora,

al primer pedido de él, el acceso a su casa, hasta lo invitó con instancia, y él no dejó de ir.

»Ella no perdió tiempo para descubrirle su confianza y su deseo. Él se sorprendió y alegró ante el pedido de ella. Ella le pidió encarecidamente que siguiera siendo su amigo y no le planteara las exigencias de un amante. Ella le hizo conocer una situación confusa en la que entonces se encontraba y sobre la cual él, debido a su mucha experiencia, podía dar el mejor consejo y el más pronto proceder para el provecho de ella. Él le confesó, en cambio, la situación en que se

encontraba, y mientras ella sabía alegrarlo y consolarlo, mientras en presencia de ella se desarrollaron muchas cosas que de otra manera no habrían despertado tan tempranamente en él, ella también pareció ser la consejera de él, y en poco tiempo se consolidó entre ellos una amistad mutua basada en el más noble respeto y en la más bella necesidad. Sólo que, lamentablemente, uno no siempre, al poner condiciones, reflexiona sobre si son posibles. Él había prometido ser solamente amigo y no tener pretensiones a ocupar el lugar de un amante, y sin embargo no se podía ocultar a sí mismo

que los amantes favorecidos delante de él se le atravesaban continuamente en el camino, le eran sumamente antipáticos, totalmente insoportables. Era para él especialmente doloroso cuando su amiga le hablaba caprichosamente de las buenas y malas cualidades de uno de estos hombres, parecía conocer muy bien todos los defectos del favorecido y, sin embargo, quizá la misma noche, como si se burlara del apreciado amigo, descansaba en los brazos de un indigno.

»Feliz o desgraciadamente pronto ocurrió que el corazón de la belleza quedó libre. El amigo lo notó con placer y trató de hacerle ver que el lugar

desocupado le correspondía a él antes que a todos los otros. No sin resistencia y disgusto prestó ella oídos a su deseo. “Temo”, dijo, “que debido a esta condescendencia voy a perder lo más valioso que hay en el mundo, un amigo”. Había pronosticado bien, pues en cuanto él hubo actuado durante un tiempo en su doble condición, los caprichos que tenía empezaron a resultar cargosos: como amigo exigía toda la estima de ella, como amante todo su afecto y, como hombre razonable y agradable, una incesante conversación. Pero esto no era en absoluto lo que quería la vivaz muchacha; no se podía adaptar a ningún

tipo de abnegación y no tenía ganas de reconocer a nadie derechos exclusivos. Por eso es que trató, de delicada manera, de ir reduciendo poco a poco las visitas de él, de verlo cada vez menos y de hacerle sentir que no estaba dispuesta a renunciar a su libertad a ningún precio.

»Él, no bien lo notó, se sintió alcanzado por la mayor desgracia, y esta desdicha, lamentablemente, no le llegó a él solo: sus asuntos domésticos empezaron a ponerse muy mal. Tenía que hacerse el reproche de que desde la más temprana juventud había visto su fortuna como una fuente inagotable, que había

dejado pasar sus oportunidades comerciales para desempeñar un papel más distinguido y rico que lo que se lo permitían su nacimiento y sus ingresos, dedicándose a viajar y a moverse en el gran mundo. Los procesos en los que había puesto su esperanza iban lentamente y eran costosos. Debido a ellos tuvo que viajar varias veces a Palermo; y durante el último de sus viajes la astuta muchacha tomó distintas resoluciones para ordenar su casa de otra manera y alejarlo a él paulatinamente. Él volvió y la encontró en otra vivienda alejada de la suya, y vio cómo el *Marchese* de S., que

entonces ejercía mucha influencia en juegos y espectáculos públicos, entraba en la casa de ella y salía de allí con toda confianza. Esto fue mayor que sus fuerzas, entonces cayó gravemente enfermo. Cuando la noticia de esto llegó hasta su amiga, ésta acudió prontamente a lo de él, se preocupó por él, dispuso una manera de que tuviera el servicio adecuado; y como no se le ocultaba que las finanzas de él no andaban muy bien, dejó una suma considerable de dinero, que era suficiente para tranquilizarlo por un tiempo.

»Por la pretensión de limitarle la libertad, el amigo ya había perdido

mucho a los ojos de ella; y así como había disminuido el afecto que sentía por él, había aumentado la atención que le dedicaba; por último el descubrimiento de que él, en sus propios asuntos, había actuado tan imprudentemente, no le habían sugerido a ella las más razonables ideas sobre su razón y su carácter. Entretanto él no se dio cuenta del gran cambio que se había producido en ella; más bien parecían el cuidado que ella ponía por la curación de ella, la fidelidad con la que se pasaba la mitad de algunos días junto a su lecho, más bien parecían ser un indicio de su amistad y de su amor, y no

de su compasión; y él esperaba que, en cuanto se curara, volvería a gozar otra vez de todos sus derechos.

»¡Cuánto se equivocaba! En la medida en que volvía su salud y sus fuerzas se renovaban, desaparecía en ella toda suerte de afecto y de confianza; él le parecía tan cargoso cuanto antes le había sido agradable. Además el humor de él, sin que él mismo se diera cuenta, se había vuelto durante todos estos sucesos muy amargo y enojoso; descargaba sobre otros toda la culpa que él pudiera tener en su propio destino, y en todo sabía justificarse plenamente. Veía en sí mismo sólo a un hombre

inocentemente perseguido, atormentado, afligido, y esperaba una plena indemnización, de todo el mal y de todos los sufrimientos, por medio de una perfecta devoción de su amada.

»Con estas exigencias se presentó los primeros días, en cuanto pudo salir y visitarla. Exigió nada menos que ella se le entregara completamente, que despidiera a todos sus otros amigos y conocidos, que abandonara el teatro y viviera totalmente sola con él y para él. Ella le mostró la imposibilidad de acceder a sus exigencias, primero con bromas, después seriamente; y se vio por fin obligada, lamentablemente, a

confesarle la triste verdad de que la relación que había entre ellos había acabado por completo. Él la dejó y no la volvió a ver.

»Vivió todavía unos años más dentro de un círculo muy reducido o, más bien, sólo en compañía de una vieja y piadosa dama que vivía con él en la misma casa y se mantenía con pocas rentas. En esta época ganó uno de los procesos, y poco después el otro; sólo que su salud estaba socavada y había perdido la felicidad de su vida. Por un motivo insignificante cayó de nuevo gravemente enfermo; el médico le anunció la muerte. Él escuchó su sentencia de muerte sin reaccionar;

sólo deseaba ver una vez más a su bella amiga. Mandó a casa de ella a su sirviente que, otrora, en tiempos felices, había traído más de una respuesta favorable. Hizo que preguntara por ella; ella se negó. Mandó por segunda vez, e hizo que le suplicara; ella insistió en su actitud. Por último, ya era una hora avanzada de la noche, mandó al sirviente por tercera vez, ella estaba turbada y me confió a mí su perplejidad, pues yo me encontraba entonces junto con el *marchese* y algunos otros amigos cenando en casa de ella. Le aconsejé y le supliqué que hiciera al amigo el último servicio de amor; ella parecía

indecisa, pero después de pensar un poco tomó una decisión. Mandó de vuelta al sirviente con una respuesta negativa; y el hombre ya no volvió más.

»Después de comer estábamos sentados y conversando con toda confianza, todos nos encontrábamos alegres y de buen ánimo. Sería hacia la medianoche cuando de pronto se dejó oír una voz quejumbrosa, penetrante, angustiosa, que resonó prolongadamente. Nos estremecemos, nos miramos a los ojos y miramos a nuestro alrededor para averiguar qué clase de aventura sería ésta. La voz parecía apagarse en las paredes, así como había surgido del

centro de la habitación. El *marchese* se paró y corrió hacia la ventana, y todos los otros cuidábamos de la belleza, que yacía inconsciente. Lentamente volvió en sí. No bien el celoso y vehemente italiano vio que ella abría de nuevo los ojos, empezó a hacerle amargos reproches. “Si usted, con sus amigos, se ha puesto de acuerdo con determinadas señales”, dijo, “haga por lo menos que éstas sean menos llamativas y fuertes”. Ella le contestó, con su habitual presencia de ánimo, que, como tenía derecho a ver en su casa a cualquiera y en cualquier momento, difícilmente elegiría para anunciar horas agradables

semejantes sonidos, tan tristes y horribles.

»Y, por cierto, el sonido tenía algo increíblemente horrendo. Sus prolongadas vibraciones nos habían quedado grabadas en los oídos, en todo el cuerpo. Ella estaba pálida, desfigurada y como al borde del desvanecimiento; tuvimos que pasar junto a ella la mitad de la noche. Ya no se oyó nada más. A la noche siguiente se formó la misma tertulia, no tan alegre como el día anterior, y... a la misma hora el mismo fuerte y tremendo sonido.

»Entretanto habíamos emitido innumerables opiniones sobre el tipo de

grito y el lugar de su procedencia, y habíamos agotado nuestras suposiciones. ¿Para qué abundar más? Todas las veces que ella comía en casa se hacía oír el grito a la misma hora y, según se podía notar, a veces más fuerte, a veces más débil. Todo Nápoles hablaba de este acontecimiento. Toda la gente de la casa, todos los amigos y conocidos, se interesaron vivamente por esto, se llamó a la policía. Se apostaron espías y observadores. A los que estaban en la calle les parecía que el sonido salía del aire libre, y en la habitación se lo oía asimismo en inmediata cercanía. Todas las veces que ella comía afuera, no se

oía nada; pero siempre que estaba en casa se hacía oír el mismo sonido.

»Pero ni siquiera fuera de su casa estaba totalmente a salvo de este mal acompañante. Su encanto personal le había abierto el acceso a las primeras casas. Como persona muy sociable, era bienvenida en todas partes, y, para eludir al mal huésped, se había acostumbrado a pasar las noches fuera de casa.

»Un hombre, respetable por su edad y por su posición, la llevaba una noche de vuelta a casa en su coche. Cuando ella se despide de él delante de la puerta de su casa, brota el sonido de entre los

dos; y a este hombre, que conocía la historia también como muchísimos más, se lo levanta más muerto que vivo y se lo pone en su coche.

»Otra vez viaja un joven tenor, que a ella por cierto le resultaba bien, junto con ella, de noche, por la ciudad, para visitar a una amiga. Él había oído hablar acerca de este raro fenómeno y dudaba, como que era un animoso muchacho, de semejante maravilla. Iban hablando sobre el suceso. “Pues yo también deseo”, decía él, “oír la voz de su invisible acompañante, llámelo, pues, somos dos y no vamos a tener miedo”. Atolondramiento u osadía, no sé qué

pudo ser, y bien, llama al espíritu y en el instante surge en medio del coche el estremecedor sonido, tres veces se deja oír con toda su fuerza, rápidamente, y se apaga dejando un inquietante eco. Ante la casa de la amiga se los encontró a los dos todavía desmayados en el coche; con dificultad se consiguió que volvieran en sí y se les oyó contar lo que les había sucedido.

»La belleza necesitó algún tiempo para recuperarse. Este horror que se renovaba una y otra vez afectó su salud, y el sonoro fantasma pareció concederle un plazo; ella hasta concibió esperanzas, porque durante un largo tiempo no

volvió a hacerse oír, de liberarse por completo de él. Sólo que esta esperanza fue demasiado precoz.

»Una vez pasado el carnaval ella, junto con una amiga y una camarera, emprendió un pequeño viaje de placer. Quería hacer una visita en el campo; se hizo de noche antes de que llegara a la meta de su viaje, y como además se rompió algo en el vehículo, ellas tuvieron que pernoctar en una mala fonda y arreglarse lo mejor que pudieran.

»Ya se había acostado la amiga, y la camarera, luego de encender la vela de noche, se disponía en la pieza de su

señora a meterse en la otra cama, cuando ella bromeando le dijo: “Estamos aquí en el fin del mundo, y el tiempo es espantoso: ¿será posible que también aquí nos encuentre?”. Al instante se dejó oír, más fuerte y más tremendo que nunca. La amiga no creía si no que el infierno se encontraba en la pieza; saltó de la cama, bajó corriendo tal como estaba por la escalera y despertó a toda la casa. Nadie cerró los ojos esa noche. Sólo que fue también la última vez que el sonido se dejó oír. Pero, por desgracia, éste no deseado huésped tuvo pronto otra manera más molesta de hacer notar su presencia.

»Durante un tiempo se había mantenido en paz, hasta que de pronto, una noche, a la hora de costumbre, cuando ella estaba sentada a la mesa con su tertulia, entró por la ventana un tiro como de fusil o de una pistola fuertemente cargada. Todos oyeron el estampido, todos vieron el fuego; pero investigando más de cerca se comprobó que el vidrio no había sufrido ni el más pequeño daño. No obstante ello, todos los que estaban allí tomaron muy en serio lo ocurrido, y creyeron que se atentaba contra la vida de la belleza. Se acudió pronto a la policía, se inspeccionaron las casas vecinas, y

como no se encuentra nada sospechoso, se ponen centinelas al día siguiente desde abajo hasta arriba. Ser revisa minuciosamente la casa en la que ella vive, se distribuyen espías en la calle.

»Todas estas precauciones fueron en vano. Durante tres meses seguidos pegó el tiro en el mismo momento contra el mismo vidrio de la ventana sin romperlo; y, lo que resultaba extraño, siempre exactamente una hora antes de medianoche, cuando habitualmente en Nápoles se cuenta de acuerdo con la hora de Italia, y la medianoche allí no es nada particular.

»Finalmente se acostumbraron a este

fenómeno así como al anterior y no se le atribuyó mucha importancia a la inofensiva maldad del fantasma. El tiro daba de tanto en tanto sin que se asustara la gente y sin que interrumpieran su conversación.

»Una noche, luego de un día muy caluroso, la belleza, sin pensar en la hora, abrió justamente la ventana en cuestión y salió junto con el *marchese* al balcón. No habían estado más de unos minutos afuera, cuando dio el disparo contra los dos y los arrojó con fuerza dentro del cuarto, donde se desplomaron sin sentido sobre el piso. Una vez que se hubieron recobrado, él sintió sobre la

mejilla izquierda y ella sobre la derecha el dolor de una buena bofetada, y como no hubo ningún otro tipo de herida, el suceso dio motivo a varias bromas.

»Desde ese entonces este ruido ya no se volvió a oír en la casa; y ella creía haberse liberado por fin de su invisible perseguidor cuando un día, mientras estaba en camino de noche a casa de una amiga, una inesperada aventura la asustó tremendamente de nuevo. Su camino pasaba por la Chiaja, donde otrora había vivido el amado amigo genovés. Era una noche de luna llena.

»Una dama que estaba sentada junto a ella preguntó: “¿No es ésta la casa en

la que ha muerto el señor...?”. —“Por lo que sé es una de estas dos”, dijo la belleza, y en este instante sonó de una de estas dos casas el tiro y atravesó el coche. El cochero creyó ser atacado y prosiguió el viaje a toda la velocidad que podía. En el lugar de destino se sacó a las dos mujeres como muertas del coche.

»Pero este susto fue también el último. El invisible acompañante modificó sus métodos, y luego de algunas noches empezó a sonar ante las ventanas de ella un fuerte batir de palmas. Ella, como cantante y actriz preferida estaba más acostumbrada a

este tipo de ruido. De por sí no tenía nada horrible, y hasta era posible atribuírselo más bien a uno de sus admiradores. Ella le hizo menos caso, sus amigos le prestaron más atención y, como la vez anterior, apostaron centinelas. Éstos oyeron el ruido; pero ni antes ni después vieron a nadie, y la mayoría de ellos esperaron que pronto terminaran definitivamente estos fenómenos.

»Después de un tiempo se perdió también este ruido y se transformó en sonidos más agradables. No eran propiamente melódicos, pero sí increíblemente agradables y amables. A

los observadores atentos les parecía que procedía de la esquina de una calle transversal y que se cernían en el aire hasta llegar debajo de la ventana, y allí, delicadamente, se apagaban. Era como si un espíritu celestial, por medio de un bello preludio, llamara la atención sobre una melodía finalmente y dejó de oírse, luego de que toda esta extraña historia había durado aproximadamente año y medio».

Luego de que el narrador se detuvo por un momento, toda la reunión empezó a manifestar los pensamientos y las dudas sobre esta historia, si era cierta,

también si podía ser cierta.

El anciano afirmó que tenía que ser cierta para que fuera interesante; pues para ser una historia inventada tenía pocos méritos. Alguien hizo la observación de que parecía raro que no se hubieran hecho averiguaciones sobre el amigo muerto y sobre las circunstancias de su muerte, pues a partir de ello quizá se habría podido sacar algo para aclarar la historia.

«También esto ha ocurrido», replicó el anciano; «yo mismo fui lo bastante curioso para ir a la casa de él no bien se produjo la primera aparición y, bajo un

pretexto, visitar a la dama que al fin había cuidado de él maternalmente. Ella me contó que su amigo había tenido una increíble pasión por la mujer, de modo que en el último tiempo de su vida había hablado casi exclusivamente de ella y la había presentado ya como un ángel, ya como un diablo.

»Al agravarse su enfermedad, él no había deseado otra cosa que verla a ella una vez más antes de morir, probablemente con la esperanza de sacarle a la fuerza todavía alguna manifestación delicada, arrepentimiento, o alguna otra señal de amor y amistad. Tanto más horrible fue para él la

obstinada negación de ella, y la última respuesta, decididamente negativa, aceleró visiblemente su fin. Con desesperación habría exclamado él: «¡No, de nada le servirá a ella! ¡Me evita; pero también después de mi muerte no tendrá paz ante mí!». En medio de este apasionamiento talleció, y con demasía nos hemos enterado de que también más allá de la tumba se puede cumplir con la palabra dada».

La tertulia comenzó de nuevo a opinar y a juzgar sobre la historia. Por último el hermano Fritz dijo: «Tengo una sospecha que no voy a manifestar antes

de repasar una vez más en mis memorias todas las circunstancias, y antes de haber revisado mejor mis combinaciones».

Cuando se le requirió con energía que explicara, trató de evitar una respuesta ofreciéndose a contar una historia que, por cierto, no tenía el mismo interés que la anterior; pero que, sin embargo, era tal que nunca se la había podido explicar con total certeza.

«En la casa de un valiente noble amigo mío, que habitaba un antiguo castillo con una sólida familia, había sido educada una huérfana que, una vez

que hubo crecido y llegó a los catorce años de edad, se consagró en general a servir a la señora de la casa y prestó a su persona los servicios más inmediatos. Estaban contentos con ella, y ella no parecía desear otra cosa que agradecer a sus benefactores con atenciones y fidelidad. Era por lo demás muy bien formada y había a su alrededor unos cuantos pretendientes. No se creía que ninguna de estas vinculaciones podía darle la felicidad, y ella no manifestaba ni el mínimo deseo de cambiar de estado.

»De pronto ocurrió que cuando la muchacha andaba atareada por la casa,

se empezó a oír a sus pies un golpeteo. Al principio pareció algo casual, pero como los golpes no cesaban y la seguían casi paso a paso, ella empezó a tener miedo y apenas se animaba a salir de la habitación de su señora, que era el único lugar donde se encontraba en paz.

»Estos ruidos eran oídos por cualquiera que fuera con ella o que no se encontrara muy lejos de ella. En un principio se hicieron bromas; pero finalmente la cosa empezó a volverse desagradable. El señor de la casa, que tenía un espíritu animoso, se dedicó a investigar por sí mismo las circunstancias. El ruido no se oía antes

de que la muchacha se pusiera en movimiento, y no tanto en el momento en que asentaba el pie, sino cuando lo levantaba para seguir andando. Más los golpes se producían a veces irregularmente, y eran fuertes especialmente cuando ella atravesaba un gran salón.

»El dueño de casa tenía un día algunos obreros ocupados cerca y, en el momento en que el ruido sonaba con más fuerza, hizo que levantaran algunas tablas de la parte del piso situada atrás de ella. No se encontró nada, fuera de que, en esta ocasión aparecieron varias ratas grandes, para cazarlas se produjo

un gran alboroto en toda la casa.

»Indignado por este suceso y por la confusión, el dueño de casa apeló a un medio especialmente severo: tomó de la pared el más grande de sus látigos de cazador y juró que azotaría a la muchacha hasta matarla si el ruido volvía a oírse una vez más. A partir de ese momento ella anduvo sin problemas por toda la casa y ya no se tuvo más noticias del ruido».

«De lo que se puede deducir claramente», interrumpió Luisa, «que la bella niña era su propio fantasma y que, por alguna causa, se había permitido

esta broma y se había burlado de sus señores».

«En absoluto», replicó Fritz; «pues aquéllos que atribuían este efecto a un fantasma creían que un espíritu protector quería por cierto que la muchacha saliera de la casa, pero sin hacerle daño alguno. Otros tomaron la cuestión en un sentido más concreto y consideraron que uno de sus pretendientes había tenido el ingenio o la habilidad de provocar estos ruidos para hacer que la muchacha saliera de la casa y fuera a parar a sus brazos. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la buena niña debido a este suceso llegó casi hasta la consunción

total y se transformó en una especie de triste fantasma, cuando antes había sido vivaz, animosa y la más alegre de toda la casa. Pero también semejante decadencia corporal se puede interpretar de más de una manera».

«Es una lástima», replicó Carlos, «que no se investiguen con exactitud hechos semejantes, y que al juzgar acontecimientos que tanto nos interesan haya que vacilar siempre entre diversas probabilidades porque las circunstancias en las que ocurren semejantes maravillas no han sido registradas todas».

«Sólo si no fuera tan difícil de

investigar», dijo el anciano, «y de tener presentes todos los puntos y aspectos importantes en el momento en que ocurre una cosa semejante, pues ello es lo que importa, para no dejar escapar nada en lo que podrían ocultarse el engaño y el error. ¿Es acaso tan fácil descubrir las intenciones de un prestidigitador del que sabemos que se burla de nosotros?».

No bien hubo terminado de hablar se oyó en el rincón de la habitación, de pronto, un fuerte ruido. Todos se estremecieron, y Carlos dijo bromeando: «¿Supongo que no es un amante moribundo que se hace oír?».

Habría deseado poder retirar sus

palabras; pues Luisa se puso pálida y confesó que temía por la vida de su novio.

Fritz, para distraerla, tomó la luz y se dirigió hacia el escritorio, que estaba en el rincón. La tapa abovedada del mismo se había rajado totalmente al través, ahí estaba, pues, la causa del ruido, pero, no obstante ello, les llamó la atención que este escritorio, uno de los mejores trabajos de Röntgen, que desde hacía ya varios años se encontraba en el mismo lugar, se hubiera rajado casualmente en ese momento. Se lo había mostrado y alabado con frecuencia como modelo de excelente y

duradero trabajo de carpintería; y se tenía que rajar ahora de pronto, sin que se pudiera sentir en el aire ni el más pequeño cambio.

«¡Pronto», dijo Carlos, «verifiquemos primero esta circunstancia y veamos el barómetro!».

El mercurio se mantenía en su lugar como desde hacía días, exactamente igual, ni siquiera el termómetro había bajado más de lo que ocasiona el paso del día a la noche.

«¡Lástima que no tengamos a mano un higrómetro!», exclamó; «es justamente el instrumento que sería más necesario».

«Parece», dijo el anciano, «que siempre nos faltan los instrumentos más necesarios cuando queremos hacer experimentos sobre los fantasmas».

En medio de estas reflexiones fueron interrumpidos por un sirviente que entró con prisa y anunció que se veía en el cielo un fuego grande, pero que no sabía si era de la ciudad o de la misma comarca.

Como por todo lo precedente se habían vuelto más sensibles al miedo, todos se sintieron conmovidos por la noticia más que lo que habría ocurrido quizá en otra ocasión. Fritz se encaminó de prisa hacia el mirador de la casa

donde, sobre un gran vidrio horizontal, estaba detalladamente dibujado el mapa del país, con eso se podía determinar con bastante precisión, hasta de noche, la distinta posición de los lugares. Los otros se quedaron juntos, no sin preocupación ni sin intranquilidad.

Fritz volvió y dijo: «No traigo buenas noticias. Pues muy probablemente el incendio no es de la ciudad sino de la propiedad de nuestra tía. Conozco muy bien la dirección y temo que no me equivoco». Se lamentaron por los bellos edificios y se calcularon las pérdidas. «Entretanto», dijo Fritz, «se me ha ocurrido una idea

extraña que nos ha de tranquilizar al menos respecto a la rara señal del escritorio. Ante todo averiguaremos el minuto en que se oyó el ruido». Hicieron la cuenta regresiva, y era posible que hubiera sido alrededor de las once y media.

«Y bien, si queréis, reíd», prosiguió Fritz, «os voy a explicar mi suposición. Vosotros sabéis que nuestra madre hace ya varios años ha regalado a nuestra tía un escritorio semejante, hasta se podría decir el mismo escritorio. Ambos fueron hechos en el mismo tiempo, de una misma madera, con el mayor cuidado, por el mismo maestro; ambos se han

mantenido hasta ahora muy bien; y apuesto a que en este momento junto con la casa de campo de nuestra tía arde el segundo escritorio, y que por ello sufre su hermano gemelo. Yo mismo me pondré en marcha mañana y trataré de averiguar tan bien como sea posible este raro caso».

Si Federico realmente opinaba esto, o si el deseo de tranquilizar a su hermana le había inspirado esta ocurrencia, no hemos de precisarlo; y bien, aprovecharon la oportunidad para hablar sobre ciertas innegables simpatías, al fin encontraron una simpatía entre maderas que hubieran

sido sacadas de un mismo tronco, entre obras producidas por un mismo artista, como algo muy probable. Hasta se pusieron de acuerdo en reconocer que tales fenómenos eran fenómenos naturales, tanto como otros que se repiten más frecuentemente, que asimos con las manos y que, sin embargo, no podemos explicar.

«Sobre todo», dijo Carlos, «me parece que cada fenómeno, así como cada hecho, es en sí mismo propiamente lo interesante. Quien lo explica o lo pone en relación con otros acontecimientos es como si habitualmente sólo se hiciera una broma

y se burlara de nosotros, como por ejemplo el naturalista e historiador. Pero una acción o un acontecimiento individuales son interesantes no porque sean explicables o probables, sino porque son verdaderos. Si hacia medianoche las llamas han destruido el escritorio de la tía, entonces la extraña rajadura del nuestro al mismo tiempo es para nosotros un acontecimiento verdadero, ya sea o no explicable, ya pueda corresponder con lo que sea».

Por más que era ya una hora avanzada de la noche, nadie sentía deseos de ir a la cama, y Carlos se ofreció asimismo para contar una

historia que no era menos interesante, aunque quizá se la podía explicar y comprender mejor que las anteriores.

«El mariscal de Bassompierre», dijo, «la cuenta en sus memorias; permítaseme hablar en su nombre»:

Desde hacía cinco o seis meses había notado, todas las veces que pasaba por el pequeño puente —pues en aquel tiempo el *Pont neuf* todavía no había sido construido—, que una bella tendera cuyo negocio se podía reconocer por un escudo con dos ángeles, se inclinaba ante mí profundamente y reiteradas veces y me seguía con la vista

todo lo que podía. Su comportamiento me llamaba la atención, yo la observaba también y le agradecía cuidadosamente. Una vez cabalgaba yo desde Fontainebleau a París y, cuando iba subiendo de nuevo por el pequeño puente, ella salió junto a la puerta de su tienda, y me dijo mientras yo pasaba a caballo: “¡Señor mío, aquí tiene a su servidora!”. Le devolví el saludo, y mientras de tanto en tanto me di vuelta para verla, pude observar que ella se había inclinado hacia adelante para seguirme con la vista cuando le fuera posible.

Me seguían un sirviente y un

postillón a los que esa misma noche quería mandar con cartas a algunas damas hacia Fontainebleau. A una orden mía desmontó el sirviente y fue hacia la casa de la joven mujer, para decirle mi nombre, y que yo había notado el placer que ella tenía en mirarme y en saludarme, si ella deseaba conocerme, yo estaba dispuesto a visitarla donde ella exigiera.

Ella contestó al sirviente que no le habría podido dar mejor noticia, que ella iría adonde yo le indicara sólo con la condición de que ella pudiera pasar conmigo una noche bajo el mismo techo.

Accepté la propuesta y le pregunté al

serviente si acaso no conocía algún lugar en el que pudiéramos reunirnos. Él contestó que estaba dispuesto a llevarla a la casa de cierta celestina; pero que me aconsejaba, porque la peste se manifestaba aquí y allí, que hiciera llevar de mi casa colchón, frazadas y sábanas. Acepté la propuesta y él me prometió prepararme una buena cama.

Al anochecer fui hacia allí y encontré a una mujer muy bella de aproximadamente veinte años, con un bonito gorro de dormir, un camisón muy fino y enaguas de tela verde de algodón. Tenía pantuflas en los pies y se había echado encima una especie de peinador.

Me agradó extraordinariamente, y como yo quisiera tomarme algunas libertades, rechazó mis caricias de muy buen modo y me exigió estar conmigo entre dos sábanas. Cumplí con su deseo y puedo decir que nunca he conocido una mujer más delicada ni con ninguna otra he gozado tanto. Al día siguiente le pregunté si la podía ver de nuevo, pues hasta el domingo no me iba de viaje y habíamos pasado juntos la noche del jueves al viernes.

Me contestó que ella lo deseaba por cierto más vivamente que yo; pero que si no me quedaba todo el domingo le era imposible, pues sólo en la noche del

domingo al lunes ella me podía volver a ver. Como yo le pusiera algunas dificultades, dijo: “En estos momentos quizá os habéis cansado de mí y queréis partir de viaje ya el domingo; pero pronto volveréis a pensar en mí y me concederéis seguramente un día para pasar conmigo la noche”.

Era fácil convencerme, le prometí quedarme el domingo e ir de nuevo al mismo lugar la noche que termina el lunes. Me replicó: «Sé muy bien, señor mío, que por vuestra causa he venido a una casa denigrante, pero lo he hecho voluntariamente, y tenía un anhelo tan invencible de estar con vos que habría

aceptado cualquier condición. Impulsada por la pasión he venido a este horrible lugar, pero yo me consideraría a mí misma una venal prostituta si tuviera que volver aquí por segunda vez. ¡Muera yo de una muerte miserable si es que a alguien más he complacido, fuera de mi marido y de vos, si es que he deseado a algún otro! Por causa vuestra he venido a esta casa, por causa de un hombre que con su presencia hace que este lugar sea respetable. Si queréis verme de nuevo, os llevaré a casa de mi tía».

Me describió la casa con toda exactitud, y prosiguió: «Os esperaré

desde las diez hasta la medianoche, y hasta más tarde; la puerta estará abierta. Primero encontraréis un pequeño pasillo, no os detengáis en él pues allí da la puerta de mi tía. Inmediatamente después daréis con una escalera que os llevará al primer piso donde os recibiré con los brazos abiertos».

Hice mis preparativos, dispuse que mi gente y mis cosas me precedieran y esperé con impaciencia la noche del domingo, en la que iba a ver de nuevo a la bella mujercita. A eso de las diez estuve ya en el lugar fijado. Encontré la puerta que ella me había indicado, enseguida, pero estaba cerrada y en toda

la casa había luz que, de tanto en tanto, parecía arder como una llama. Impaciente empecé a golpear para anunciar mi llegada; pero oí una voz de hombre que me preguntaba que quién estaba afuera.

Retrocedí y anduve recorriendo las calles. Finalmente el deseo me llevó de nuevo a la puerta. La encontré abierta y me apresuré a pasar por el pasillo y subir la escalera. Pero qué sorpresa me llevé cuando encontré en la habitación a unas cuantas personas que quemaban paja de las camas; y junto a la llama que iluminaba toda la habitación vi que había extendidos sobre la mesa dos

cuerpos desnudos. Me retiré de prisa y choqué al salir con varios sepultureros que me preguntaron qué buscaba. Desenvainé la espada para apartarlos de mí, y regresé a casa no poco conmovido por el raro espectáculo. Me tomé enseguida tres o cuatro vasos de vino, un remedio contra los influjos de la peste que es considerado en Alemania de bastante eficacia, y al día siguiente, después de haber descansado, emprendí mi viaje hacia Lothringen.

Todos los esfuerzos que hice después de mi regreso para averiguar algo de esta mujer, fueron inútiles. Hasta fui a la tienda de los dos ángeles, pero

los inquilinos ignoraban quién había residido allí antes de ellos.

Esta aventura me ocurrió con una persona de la clase baja; pero aseguro que, si no hubiera tenido ese desenlace desagradable, habría sido una de las más encantadoras de las que me acuerdo, y que nunca he podido pensar sin sentir un intenso anhelo en la bella mujercita.

«Tampoco es tan fácil resolver este enigma», replicó Fritz. «Pues queda en duda si la bella mujercita ha muerto en la casa por la peste, o si debido a ésta desistió de ir».

«Si hubiera vivido», replicó Carlos, «entonces habría esperado con toda seguridad a su amado en la calle, y ningún peligro le habría impedido visitarlo de nuevo. Tengo siempre el temor de que ella estaba sobre la mesa».

«¡Callaos!», dijo Luisa, «esta historia es demasiado horrible. ¡Qué noche va a ser ésta si nos acostamos con semejantes imágenes!».

«Se me ocurre en este momento otra historia más», dijo Carlos, «que es más fina, y que la cuenta Bassompierre de uno de sus antepasados:

»Una bella mujer que amaba

extraordinariamente a dicho antepasado lo visitaba todos los lunes en su casa de campo, donde él pasaba la noche con ella y le hacía creer a su mujer que había dedicado este tiempo a una partida de caza.

»Durante dos años se habían estado viendo ininterrumpidamente de esta manera cuando la mujer de él tuvo algunas sospechas, se deslizó una mañana hacia la casa de campo y descubrió a su esposo dormido profundamente junto con la belleza. No tuvo ni el valor ni las ganas de despertarlos; pero se quitó el velo de la cabeza y lo puso sobre los pies de los

que dormían.

»Cuando la mujer despertó y vio el velo, dio un grito estridente, prorrumpió en sonoros lamentos, y se quejó de que ya no volvería a ver más a su amado, de que ya no le estaría permitido acercársele ni a cien millas de distancia. Lo dejó luego de darle tres regalos, una pequeña frutera, un anillo y una copa, para sus tres hijas legítimas, y de recomendarle que tuviera el mayor cuidado con estos obsequios. Se los conservó esmeradamente, y los descendientes de estas tres hijas creyeron encontrar en la posesión de estos obsequios la causa de más de un

feliz acontecimiento».

«Eso ya tiene el aspecto de algo como el fabuloso cuento de la bella Melusina, o como algunas historias de hadas semejantes», dijo Luisa.

«Y sin embargo», replicó Federico, «una tradición semejante y un talismán similar se han conservado en nuestra casa».

«¿Cómo es eso?», preguntó Carlos.

«Es un secreto», replicó aquél, «sólo le está permitido al hijo mayor, mientras vive el padre, saber de ello, y después de su muerte poseer la joya».

«¿Tú eres entonces el encargado de

guardarla?», preguntó Luisa.

«Ya he hablado demasiado», replicó Federico mientras encendía la luz para ponerse en movimiento.

La familia había tomado junta el desayuno, como era habitual, y la baronesa estaba sentada de nuevo ante su bastidor de bordar. Luego de un breve silencio general, el religioso amigo de la casa empezó sonriéndose: «Es por cierto muy raro que cantores, poetas y narradores que prometen entretener a una tertulia lo hagan a su debido tiempo; habitualmente, más bien, se hacen de rogar con instancia cuando deberían ser

complacientes, y son importunos en los momentos en los que se querría prescindir de sus manifestaciones. Espero por lo tanto ser una excepción si pregunto si en este momento le place oír alguna historia».

«Con mucho gusto», replicó la baronesa, «y creo que todos los otros estarán de acuerdo conmigo. Pero si usted nos quiere dar una historia como prueba, le tengo que decir qué clase de historias no me gustan. No me causan ninguna alegría las narraciones en las que, a la manera de *Las mil y una noches*, se encaja un acontecimiento en el otro, un interés es desplazado por el

otro, historias en las que el narrador se ve obligado a excitar la curiosidad, a la que ha despertado descuidadamente, por medio de interrupciones, y en lugar de satisfacer la atención mediante una sucesión razonable de los hechos, tenerla pendiente con recursos raros y en manera alguna dignos de alabanza. Censuro ese empeño por transformar historias que se deben acercar a la unidad del poema, en enigmas rapsódicos, y por echar a perder cada vez más el gusto. Le dejo entera libertad respecto a los asuntos de sus narraciones; pero haga que por lo menos en la forma veamos que estamos en

buena compañía. Denos para empezar una historia que tenga pocos personajes y acontecimientos, que sea bien inventada y pensada, verdadera, natural y no vulgar, tanta acción como sea imprescindible y tanta reflexión como se necesite, que no se detenga, que no se mueva lentamente en un lugar, pero que tampoco se apresure, que los hombres aparezcan en ella como se los desearía, no perfectos, pero buenos, no extraordinarios, pero interesantes y amables. Que su historia sea entretenida mientras la escuchamos; satisfactoria, cuando, se haya terminado, y que nos deje un quedo estímulo a seguir

reflexionando».

«Si no la conociera mejor, señora», replicó el religioso, «creería que su intención, al plantear estas elevadas y severas exigencias, es desacreditar por completo mi mercadería antes de que yo haya sacado nada de ella. ¡Sólo rara vez ha de ser posible satisfacerla de acuerdo con su medida! Aun en este momento», prosiguió luego de haber reflexionado un poco, «a guardarme la narración que tenía en la mente y postergarla para otra oportunidad; y no sé realmente si en medio del apuro no me equivoco al elegir una vieja historia en la que siempre he pensado con cierta

preferencia, y que improvisadamente empiezo a exponer.

»En una ciudad costera de Italia vivía hace tiempo un comerciante que desde la juventud se había destacado por la actividad y la astucia. Era además un buen marino y había adquirido grandes riquezas, pues solía viajar hacia Alejandría, comprar mercaderías valiosas o hacer trueque con ellas, mercaderías que él después sabía colocar en casa o remitir a las comarcas nórdicas de Europa. Su fortuna crecía de año en año, y tanto más cuanto más se complacía él en su laboriosidad y no le

quedaba tiempo para distracciones demasiado costosas.

»Hasta los cincuenta años de edad se había mantenido activo de esta manera y poco había gozado de los placeres de la vida social con los que algunos tranquilos ciudadanos saben condimentar su vida; tampoco el bello sexo, a pesar de todas las excelencias que caracterizan a sus paisanas, le había llamado mayormente la atención, fuera de que conocía muy bien su deseo de adornarse y usar joyas, que de cuando en cuando había sabido aprovechar.

»De ahí que ni se imaginara el cambio que había de producirse en su

alma un día, cuando su barco ricamente cargado entró en el puerto de su ciudad natal justamente en el momento en que se desarrollaba una fiesta anual que se celebraba especialmente por causa de los niños. Muchachos y muchachas solían mostrarse, luego de haber asistido a misa, con toda clase de disfraces, y bromeaban ya formando procesiones, ya en grupos, por toda la ciudad, e inmediatamente después, en el campo, en un gran lugar libre, solían practicar todo tipo de juegos, mostrar sus habilidades y mañas, y ganar, en franca competencia, premios que se ofrecían.

»Al principio asistió nuestro

marinero a esta celebración con placer; pero luego de haber contemplado prolongadamente el arte de vivir de los niños y la alegría de los padres, y de haber encontrado a tantas personas en pleno gozo de su alegría actual y de las más agradables de todas las esperanzas, al volverse sobre sí mismo tuvo que llamarle la atención su propia soledad. Por primera vez sintió aprensión en su casa vacía, y se quejó mentalmente a sí mismo»:

«¡Oh, desdichado de mí!, ¿por qué se me abren los ojos tan tarde? ¿Por qué sólo en la vejez me doy cuenta de los bienes que son los únicos que hacen

feliz al hombre? ¡Tantos esfuerzos!  
¡Tantos peligros! ¿De qué me han  
servido? Aunque mis bóvedas están  
llenas de mercaderías, mis cajones  
llenas de nobles metales y mis armarios  
llenos de adornos y de joyas, estos  
bienes no pueden sin embargo ni alegrar,  
ni satisfacer mi alma. A medida que  
amontono más, tanto más compañeros  
parecen requerir; una joya requiere otra,  
una pieza de oro, otra. Ellos no  
reconocen que soy el señor de la casa;  
me gritan con vehemencia: “¡Anda,  
apúrate, trae más de nuestros  
semejantes! El oro se alegra sólo con el  
oro, la joya sólo con la joya”. Éstas son

las órdenes que me han dado durante toda mi vida; y sólo tardíamente siento que en todo esto no hay ningún gozo para mí. Por desgracia sólo ahora, cuando vienen los años, comienzo a pensar y me digo a mí mismo: ¡No gozas de estos tesoros y nadie gozará de ellos después de ti! ¿Has adornado alguna vez con ellos a una mujer amada? ¿Has dotado con ellos a una hija? ¿Has hecho que un hijo esté en condiciones de conquistar y asegurar el afecto de una buena muchacha? ¡Nunca! De todas tus posesiones, ni tú, ni ninguno de los tuyos, habéis poseído nada; y lo que has juntado penosamente será dilapidado

con ligereza, después de tu muerte, por algún extraño.

»¡Oh, cuán distinta será esta noche la situación de esos felices padres que reunirán alrededor de su mesa a sus hijos, que alabarán su habilidad y los incitarán a realizar buenas acciones! ¡Qué placer brillaba en sus ojos, y qué esperanza parecía brotar de lo presente! ¡Qué placer brillaba en sus ojos, y qué esperanza parecía brotar de lo presente! ¿Y tú, no has de poder concebir ninguna esperanza? ¿Eres ya un anciano? ¿No es suficiente haberse dado cuenta del tiempo perdido, ahora, cuando todavía no ha llegado la noche de todos los

días? No, a tu edad no es insensato pensar en noviazgo, con tus bienes has de conseguir y hacer feliz a una buena mujer; y si ves por añadidura hijos en tu casa, estos frutos tardíos te darán el máximo placer, mientras que, con frecuencia, para los que los reciben del cielo demasiado pronto se transforman en una carga y les provocan confusión».

Una vez que mediante este monólogo se hubo confirmado en su propósito, llamó a dos de sus compañeros de navegación y les manifestó lo que pensaba. Ellos, que estaban acostumbrados a ser en todos los casos serviciales y bien dispuestos, no faltaron

tampoco esta vez y se apresuraron a averiguar en la ciudad quién era la más joven y bella doncella; pues una vez que el patrón estaba ansioso de ésta mercadería, tenía que encontrar y poseer la mejor.

Pero tampoco él se quedó ocioso. Fue, preguntó, vio y oyó; y pronto encontró lo que buscaba en una mujer que en aquel momento merecía ser llamada la más bella de toda la ciudad, que tenía aproximadamente diez y seis años, que era bien formada y bien educada, cuya figura y cuyo ser mostraban lo más agradable y prometían lo mejor.

Luego de una corta negociación por medio de la cual se aseguró a la belleza el más ventajoso estado tanto en vida del marido como después de su muerte, se realizó el casamiento con gran pompa y regocijo, y a partir de ese día se sintió nuestro comerciante por primera vez en real posesión y gozo de sus riquezas. Con alegría empleó las más bellas y ricas telas para vestir el bello cuerpo, las joyas brillaban de una manera totalmente distinta en el pecho y en los cabellos de su amada que otrora en los adornados estuches, y los anillos recibían un valor infinito de la mano que los llevaba.

Así es como él se sintió no sólo tan rico como antes, sino además más rico, pues sus bienes parecían multiplicarse por la participación de otros y por el empleo que se les daba. De esta manera la pareja vivió casi un año con la mayor satisfacción; y parecía que él había trocado totalmente su amor por una vida activa y viajera, a cambio del sentimiento de dicha casera. Pero no es tal fácil despojarse de una antigua costumbre; y una dirección que hemos tomado tempranamente puede ser desviada por un tiempo, pero nunca interrumpida del todo.

Así, pues, nuestro comerciante, con

frecuencia, cuando veía que otros se embarcaban o que volvían felices al puerto, había vuelto a sentir los estímulos de su vieja pasión; hasta, a veces, en su casa, al lado de su mujer, había sentido intranquilidad y descontento. Este anhelo aumentó con el tiempo y se transformó por último en una ansiedad tal que él hubo de sentirse sumamente desdichado y se puso por último realmente enfermo.

«¿Qué va a ser ahora de ti?», se dijo a sí mismo. «Te enteras ahora de cuán insensato es cambiar a edad ya avanzada la antigua forma de vivir por una nueva. ¿Cómo hemos de volver a sacar de

nuestros pensamientos, hasta de nuestros miembros, lo que siempre hemos practicado y buscado? ¿Y qué me ha de pasar a mí que como un pez he amado hasta ahora el agua, como un pájaro el aire libre, y me encuentro en un edificio encerrado junto a todos los tesoros y junto a la flor de todas las riquezas, junto a una bella y joven mujer? En lugar de esperar conseguir así el contento y gozar de mis bienes, me parece que pierdo todo al no adquirir ya nada más. Injustamente se considera necios a los hombres que, en incesante actividad, tratan de amontonar bienes sobre bienes; pues la actividad es la dicha; para quien

puede sentir las alegrías de un esfuerzo ininterrumpido, la riqueza adquirida no tiene importancia. Por falta de ocupación me vuelvo desdichado; por falta de movimiento, enfermo; y si ya no tomo otra decisión, dentro de poco tiempo estaré cerca de la muerte.

»Es por cierto algo muy riesgoso el alejarse de una joven y amable esposa. ¿Es correcto pedir la mano de una encantadora y sensible muchacha y, después de un tiempo, dejarla abandonada a sí misma, al aburrimiento, a sus sentimientos y deseos? ¿No andan paseando ahora mismo estos jóvenes y sedosos señores delante de mi ventana?

¿No intentan ahora mismo, en la iglesia y en los jardines, llamar la atención de mi mujercita? ¿Y qué va a ocurrir cuando me vaya? No, teniendo en cuenta la edad, la constitución de ella, sería una insensatez esperar que pueda abstenerse de las alegrías del amor. Si te alejas, a tu regreso habrás perdido el afecto y la fidelidad de tu mujer a la vez que el honor de tu casa».

Estas reflexiones y dudas, con las que se atormentó durante un tiempo, empeoraron muy mucho el estado en el que se encontraba. Su mujer, sus parientes y sus amigos se afligieron por él sin que pudieran descubrir la causa de

su enfermedad. Finalmente volvió a aconsejarse a sí mismo y, luego de meditar un poco, exclamó: «¡Hombre necio!, te amargas la vida para conservar a una mujer a la que pronto, si dura tu enfermedad, cuando mueras, dejarás detrás de ti y para otros. ¿No sería por lo menos más inteligente y mejor que trates de conservar la vida, aunque corras el peligro de perder aquello que es considerado el sumo bien de las mujeres? ¡Cuántos hombres hay que no consiguen impedir con su presencia la pérdida de este tesoro y que pacientemente echan de menos lo que no han podido conservar! ¿Por qué no has

de tener el valor de deshacerte de semejante bien, ya que de esta decisión depende tu vida?»).

Con estas palabras se dio ánimo a sí mismo e hizo llamar a sus compañeros de viaje. Les encomendó que, de la manera acostumbrada, fletaran un vehículo y tuvieran todo preparado, a fin de que pudieran partir con los primeros vientos favorables. Después se dirigió a su mujer con las siguientes palabras:

«¡No te cause extrañeza el ver en la casa un movimiento del que puedes deducir que me preparo para salir de viaje! ¡No te aflijas si te confieso que me dispongo a emprender nuevamente

una travesía! Mi amor por ti sigue siendo el mismo y persistirá seguramente a lo largo de toda mi vida. Reconozco el valor de la felicidad de que he gozado hasta ahora a tu lado; y lo sentiría todavía más puramente si a solas no me tuviera que hacer con frecuencia reproches de inactividad y negligencia. Reaparece mi antigua afición, y mi vieja costumbre me arrastra de nuevo. Permíteme que vea una vez más el mercado de Alejandría, al que he de visitar ahora con mayor afán, porque pienso ganar allí para ti las más preciosas telas y las más nobles joyas. Te dejo en posesión de todos mis

bienes y de toda mi fortuna, ¡sírvede de ellos y complácete con tus padres y parientes! El tiempo de la ausencia pasa también, y con multiplicada alegría nos volveremos a ver».

No sin lágrimas le hizo la amable mujer los más delicados reproches, aseguró que sin él no tendría ninguna hora alegre, y sólo le pidió, como no quería ni retenerlo ni ponerle restricciones, que aun cuando estuviera ausente pensara en ella.

Luego de que él hubiera conversado con ella sobre algunos negocios y cuestiones domésticas, le dijo después de un breve silencio: «Hay todavía algo

que me preocupa, me vas a permitir que hable de ello con libertad; pero te pido con toda sinceridad que no interpretes mal lo que digo, sino que aun en esta preocupación reconozcas mi amor».

«Puedo adivinar», replicó la belleza; «que estás preocupado por mí en la medida en que, como todos los hombres, consideras débil de una vez por todas a nuestro sexo. Hasta ahora me has conocido joven y alegre, y crees en este momento que, en tu ausencia, seré liviana y seducible. No censuro esta manera de pensar, pues es habitual en vosotros, los hombres; pero así como conozco mi corazón te puedo asegurar

que nada me ha de impresionar tan fácilmente ni es posible ninguna impresión profunda que me aparte del camino por el que voy hasta ahora de la mano del amor y del deber. No te preocupes; a tu regreso encontrarás a tu mujer tan cariñosa y fiel como la has encontrado de noche, cuando después de una breve ausencia volvías a mis brazos».

«Creo que eres sincera», replicó el esposo, «y te pido que sigas pensando así. Pero pensemos ahora en los casos extremos; ¿por qué no estar prevenidos para ellos? Tú bien sabes cuánto tu bella y encantadora figura atrae los ojos de

nuestros jóvenes conciudadanos, en mi ausencia te acosarán todavía más que hasta ahora, tratarán de acercarse a ti de cualquier manera, de agradarte. Y no siempre la imagen de tu esposo, así como ahora su presencia, los ahuyentará de tus puertas y de tu corazón. Eres una niña buena y noble, pero las exigencias de la naturaleza son legítimas e incontenibles; están constantemente en lucha con nuestra razón y generalmente triunfan sobre ella. ¡No me interrumpas! En mi ausencia, aun conservándome el recuerdo que me debes, sentirás seguramente el anhelo con el que la mujer atrae al hombre y es atraída por

él. Durante un tiempo yo seré el objeto de tus deseos; pero quién sabe qué circunstancias se conjugarán, qué oportunidades se encontrarán, y otro cosechará en la realidad lo que la imaginación había destinado para mí. ¡No te impacientes, te lo ruego, escúchame!

»Si se hubiera de producir el caso, cuya posibilidad niegas y que yo, por mi parte, no deseo apresurar, de que no puedas permanecer por más tiempo sin la compañía de un hombre ni prescindir de las alegrías del amor, prométeme entonces solamente no elegir en mi lugar a ninguno de esos disipados jovencitos

que, por más distinguidos que parezcan, son peligrosos todavía más para el honor que para la virtud de una mujer. Dominados más por la vanidad que por el deseo, se esfuerzan por conquistar a cualquier mujer, y no encuentran nada más natural que sacrificar a una en aras de la otra. Si sientes la necesidad de buscar algún amigo, esfuérzate por descubrir a alguno que merezca este nombre, que modesta y discretamente sepa aumentar las alegrías del amor con el beneficio del secreto».

Aquí la bella mujer no ocultó durante más tiempo su dolor, y las lágrimas que hasta ese momento había

contenido brotaron abundantemente de sus ojos. «Piensa lo que quieras de mí», exclamó luego de abrazarlo apasionadamente, «de todas maneras nada está tan lejos de mí como ese crimen que, en cierta manera, consideras inevitable. Si alguna vez concibiera yo un pensamiento semejante, que se abra la tierra y me devore, que se me despoje de toda esperanza de bienaventuranza, que es lo que promete una tan encantadora continuación de nuestra existencia. ¡Aleja de tu pecho la desconfianza y déjame solamente la pura esperanza de verte pronto de nuevo en mis brazos!».

Luego de haber intentado tranquilizar a su esposa de todas maneras, se embarcó a la mañana siguiente; tuvo un viaje feliz, y pronto llegó a Alejandría.

Entretanto vivía su esposa en la tranquila posesión de una gran fortuna, en medio de todos los placeres y comodidades, pero retirada del mundo; y fuera de sus padres y parientes no solía ver a nadie; y mientras de los negocios de su marido cuidaban fieles servidores, ella habitaba una gran casa en cuyas suntuosas habitaciones renovaba ella diariamente con placer el recuerdo de su esposo.

Pero por mucho que ella se mantuviera tranquila y viviera retirada, los jóvenes de la ciudad no habían permanecido inactivos. No dejaban de pasar con frecuencia delante de su ventana; y de noche, por medio de música y canciones, procuraban atraer la atención de ella. La bella solitaria encontró en un principio que estos afanes de los jóvenes eran incómodos y cargosos; pero pronto se acostumbró a ellos y en las largas noches, sin preocuparse de dónde venían, dejó que las serenatas fueran para ella como un agradable entretenimiento, y no pudo reprimir, de tanto en tanto, algunos

suspiros por el ausente esposo.

Pero sus desconocidos admiradores, en lugar de haberse ido cansando poco a poco, como ella esperaba, parecieron aumentar cada vez más sus afanes y darles una permanente duración. Entonces pudo ella distinguir los instrumentos y las voces que se repetían, las reiteradas melodías; y pronto ya no pudo reprimirse la curiosidad de saber quiénes serían los desconocidos, y en especial los constantes. Como pasatiempo se podía permitir por cierto un interés de tal tipo.

De ahí que comenzara, de tiempo en tiempo, a mirar hacia la calle a través de

sus cortinas y postigos, a fijarse en los que pasaban, y a distinguir, especialmente, a los hombres que durante más tiempo fijaban la vista en sus ventanas. Eran por lo general jóvenes hermosos y bien vestidos que, tanto en sus ademanes como en el conjunto de su aspecto, dejaban ver liviandad y vanidad. Parecía que al fijar la atención en la casa de la belleza más trataban ellos mismos de hacerse notables, que de querer manifestar una especie de veneración por ella.

«¡Realmente», hablaba a solas la señora de tanto en tanto, bromeando, «mi marido ha tenido una buena

ocurrencia! Con la condición bajo la que me concede que tenga un amante excluye a todos los que me acosan y que, por supuesto, me podrían resultar gratos. Sabe ciertamente que la inteligencia, la modestia y la discreción son cualidades propias de una edad tranquila a las que nuestra razón imaginación ni de excitar nuestro afecto. Frente a éstos que asedian mi casa con sus gentilezas estoy segura de que no despiertan ninguna confianza; y a aquéllos a los que podría dar mi confianza no los encuentro en absoluto amables».

Con la seguridad de estos pensamientos ella se permitió cada vez

más estar pendiente del placer que le causaba la música y de la figura de los jóvenes que pasaban; y sin que lo notara creció paulatinamente un inquieto deseo en su pecho al que ya cuando era tarde trató de oponerse. La soledad y la ociosidad, la vida cómoda, buena y abundante eran un elemento dentro del cual un desordenado deseo se tuviera que desarrollar antes de que la buena niña acordara.

Comenzó a admirar, pero con secretos suspiros, entre las excelencias de su esposo, también la experiencia que tenía del mundo y de los hombre, especialmente el conocimiento del

corazón femenino. «Era entonces posible lo que yo le negué con tanta vehemencia», se dijo a sí misma, «¡y así es como fue necesario que, en semejante caso, me aconsejara prudencia y astucia!

»¡Pero, qué pueden la prudencia y la astucia donde el despiadado acaso sólo parece jugar con un anhelo indefinido! ¿Cómo he de elegir al que no conozco? ¿Y si se lo conoce desde más cerca, es posible que haya una elección todavía?».

Con tales pensamientos y cien más aumentó la bella mujer el mal que había crecido ya lo suficiente dentro de ella. En vano trató de distraerse, cada objeto

agradable despertaba sus sentimientos, y éstos, aun en medio de la más honda soledad, provocaban imágenes agradables en su imaginación.

Se encontraba en este estado cuando oyó, entre otras noticias de la ciudad que le daban sus parientes, que acababa de regresar a su ciudad natal un joven jurista que había estudiado en Bologna. No se sabía ya cómo alabarlo. Junto a sus extraordinarios conocimientos mostraba una astucia y una habilidad que por lo general no eran propias de jóvenes, y añadía a una figura muy encantadora, la máxima modestia. Como procurador había ganado pronto la

confianza de los ciudadanos y el aprecio de los jueces. Diariamente se encontraba en el ayuntamiento cuidando y haciendo allí sus negocios.

La belleza no pudo oír que se describiera a un hombre tan perfecto sin desear conocerlo mejor, y sin el secreto anhelo de encontrar en él a aquél al que se pudiera entregar su corazón de acuerdo con lo que le había prescrito su marido. ¡Por ello es que prestó tanta atención cuando oyó que diariamente él pasaba delante de su casa, que con mucho cuidado observó la hora a la que la gente solía reunirse en el ayuntamiento!

Y no sin conmoverse lo vio por fin pasar, y aun cuando su bella figura y su juventud tenían que ser necesariamente atractivas para ella, era por otra parte su modestia lo que le causaba preocupaciones.

Durante unos días lo había observado secretamente y no pudo resistir por más tiempo al deseo de hacer que él le prestara atención. Se vistió cuidadosamente, salió al balcón, y el corazón le latió cuando lo vio venir por la calle. Pero, cuán avergonzada quedó ella cuando, como de costumbre, con pasos circunspectos, ensimismado y con la vista baja, sin siquiera darse

cuenta de que estaba ella, siguió su camino de la más elegante manera.

En vano intentó durante varios días sucesivos, de la misma manera, llamar la atención de él. Siempre mantenía su paso habitual sin levantar los ojos, sin dirigir la mirada a su alrededor. Pero a medida que más lo veía, tanto más le parecía que era aquél que ella tanto necesitaba. Su afecto se hizo día a día más vehemente y, como ella no se lo reprimía, se volvió finalmente muy violento. «¡Cómo!», se dijo a sí misma, «después de que tu noble y comprensivo esposo ha previsto el estado en el que te encontrarías en la ausencia de él, ahora

que se cumple su profecía de que no puedes vivir sin tener un amigo, un favorito, ¿te has de consumir sin consuelo justamente en el momento en que la suerte te muestra un joven que coincide totalmente con lo que piensas, con lo que pensaba tu esposo, un joven con el que puedes gozar de las alegrías del amor en medio de un impenetrable secreto? ¡Es un necio el que pierde la oportunidad, un necio el que se quiere oponer al poderoso amor! Con tales pensamientos, y muchos otros, trataba la bella mujer de fortalecerse en su propósito, y sólo por poco tiempo más se dejó llevar hacia uno y otro lado por

la incertidumbre. Pero finalmente — como suele ocurrir: que una pasión a la que durante mucho tiempo nos oponemos nos arrebatara finalmente de un golpe y levanta de tal manera nuestra alma que miramos con desprecio las preocupaciones y el miedo, la reserva y la vergüenza, las circunstancias y los deberes, como si fueran pequeños obstáculos— tomó ella de pronto la rápida decisión de enviar con un recado al querido hombre a una joven doncella que era servidora de ella, y de llegar así, costare lo que costare, a poseerlo a él.

»La doncella se apresuró a ir y lo

encontró en el momento en que estaba sentado a la mesa con muchos amigos, y le dirigió exactamente el saludo que su señora le había enseñado. El joven procurador no se sorprendió por este mensaje; había conocido en su juventud al comerciante, sabía que actualmente estaba ausente; y aunque sólo desde lejos se había enterado de su casamiento, supuso sin embargo que la mujer que había quedado sola en ausencia de su marido necesitaba probablemente en un asunto importante de su asesoramiento jurídico. Contestó por ello a la muchacha con el mayor respeto y le aseguró que, no bien se

levantara de la mesa, no tardaría en hacer una visita a su señora. Con indecible alegría oyó la bella señora la nueva de que pronto vería a su amado y hablaría con él. Se apresuró a vestirse de la mejor manera, e hizo que pronto arreglaran su casa y su habitación con la máxima pulcritud. Se colocaron por varias partes azahares y ramos de naranjo, el sofá fue cubierto con los más preciosos tapices. Muy atareados pasaron, pues, el breve tiempo que él demoró y que a ella, de otra forma, le habría resultado intolerablemente largo.

»¡Con cuánta agitación salió al encuentro de él cuando finalmente llegó,

con cuánta confusión hizo que, mientras ella se arrellanaba en el canapé, él se sentara en un taburete que estaba muy cerca! Ante esta deseada proximidad, ella enmudeció: no había pensado en lo que iba a decirle; él, por lo demás, estaba tranquilo y humildemente sentado delante de ella. Finalmente ella se atrevió y dijo, no sin cierta angustia y preocupación»:

«No hace todavía mucho tiempo que usted ha vuelto a su ciudad natal, señor mío, y ya es conocido en todas partes como un hombre talentoso y de confianza. Yo también confío en usted para un asunto importante y muy

especial que, si lo pienso bien, corresponde antes a un confesor que a un administrador. Desde hace un año estoy casada con un hombre digno y rico que, mientras hemos vivido juntos, ha tenido para mí la máxima consideración, de modo que no me quejaría de él si no hubiera sido que un inquieto anhelo de viajar y comerciar lo ha arrancado de mis brazos desde hace un tiempo.

»Como es un hombre comprensivo y justo sintió por cierto la injusticia que con su alejamiento me hacía. Comprendió que una joven mujer no se podía guardar como joyas y perlas; sabía que ella se parece más bien a una

huerta llena de bellos frutos que se perderían para cualquiera tanto como para su señor si éste quisiera caprichosamente cerrar las puertas por varios años. De ahí que, antes de partir, me hablara muy seriamente y me asegurara que yo no podría vivir sin un amigo; además no solamente me dio permiso, sino que con instancia me arrancó como la promesa de que yo me dejaría llevar libremente y sin contemplaciones por la inclinación que sintiera en mi corazón».

Se interrumpió durante un instante, pero pronto una prometedora mirada del joven le dio suficiente ánimo para

continuar con su confesión:

«Mi esposo puso una única condición a su permiso por lo demás indulgente. Me recomendó que tuviera la máxima precaución, y me exigió expresamente que me buscara un amigo formal, seguro, inteligente y discreto. Ahórreme decir lo que falta, señor mío, ahórreme la confusión con la que le confesaría cuán interesada estoy en usted, y adivine por esto que le confío cuáles son mis esperanzas y deseos».

Luego de una breve pausa, replicó con buen tino el amable joven: «¡Cuán unido me siento a usted por la confianza mediante la cual usted me honra y me

hace feliz en tan alto grado! Lo único que deseo vivamente es convencerla de que no se ha dirigido a ningún indigno. Permítame que primero le conteste como jurista; y como tal le confieso que admiro a su esposo que con tanta claridad ha sentido y visto lo injusto de su comportamiento, y que uno que deja a una joven mujer para visitar remotas comarcas ha de ser considerado como aquel abandona por completo alguna otra posesión y, mediante ésta clara acción, renuncia a todo derecho a ella. Así como al primero que se presente le está permitido adueñarse de nuevo de una cosa que ha quedado totalmente

libre, con tanto mayor razón he de considerar natural y correcto que una joven mujer que se encuentra en este estado vuelva a brindar su afecto y se entregue sin reservas a un amigo que le resulte agradable y de confianza.

»Pero si se presenta como ahora el caso de que el mismo marido, consciente de su injusticia, permite con expresas palabras a la mujer que deja, que haga lo que no le puede prohibir, entonces ya no quedan dudas, y tanto más cuanto que no se comete injusticia contra quien se declara dispuesto a soportarlo.

»Ahora bien, si usted», prosiguió el

joven mirando de otra forma y con una expresión muy vivaz, mientras tomaba de la mano a la bella amiga, «si usted me ha elegido para servidor suyo, entonces me hace conocer una dicha de la que hasta ahora no tenía idea. Tenga la seguridad», exclamó mientras le besaba la mano, «¡de que no habría podido encontrar un servidor más sumiso, más delicado, más fiel y discreto!».

Cuán tranquila se sintió la bella mujer luego de esta declaración. No tuvo miedo de darle vivas muestras de su ternura; oprimió las manos de él, se le acercó, y apoyó la cabeza sobre el

hombro de él. No permanecieron mucho tiempo en esta posición cuando él, suavemente, trató de alejarse de ella y empezó a hablar no sin cierta aflicción: «¿Es posible que alguien se encuentre en una situación más extraña? Estoy obligado a alejarme de usted y a hacer el máximo esfuerzo para dominarme en un momento en el que me tendría que abandonar a los más dulces sentimientos. No me está permitido ahora apropiarme de la felicidad que me espera en sus brazos. ¡Ay, con tal que la postergación no me haga perder mis más bellas esperanzas!».

La belleza preguntó angustiada cuál

era la causa de esta extraña manifestación.

«Precisamente cuando en Bologna», replicó él, «me encontraba al final de mis estudios y con más afán me esforzaba por prepararme adecuadamente para mi futuro destino, caí víctima de una enfermedad que, si no amenazaba destruir mi vida, sí por lo menos trastornar mis fuerzas corporales e intelectuales. En medio de la mayor necesidad y acosado por los fuertes dolores hice a la Madre de Dios la promesa de que, si hacía que me curara, pasaría todo un año en el más riguroso ayuno y me abstendría de todo placer, de

cualquier clase que fuere. Ya llevo diez meses cumpliendo con mi promesa escrupulosamente y, teniendo en cuenta el gran beneficio que he recibido, no me han resultado largos, puesto que no me ha pesado prescindir de varios bienes acostumbrados y conocidos. ¡Pero, en qué eternidad se me transformarán ahora los dos meses que quedan, ya que sólo después de que hayan transcurrido se me concederá una felicidad que está por encima de todo lo que uno se pueda imaginar! ¡No deje usted que el tiempo se le vuelva demasiado largo y no me quite su favor, que tan a su voluntad me ha otorgado!».

La belleza, no especialmente contenta con esta declaración, recobró un poco el ánimo cuando el amigo, luego de reflexionar brevemente, siguió hablando: «Apenas me atrevía a hacerle una propuesta y a mostrarle el medio por el cual podría librarme antes de mi promesa. Si encontrara alguien que se encargara de cumplir, con el mismo rigor y con la misma seguridad que yo, con esta promesa, y que compartirá conmigo la mitad del tiempo que queda, entonces quedaría libre tanto más prontamente y nada se opondría a nuestros deseos. ¿No querría usted, mi dulce amiga, para apresurar nuestra

dicha, apartar una parte del obstáculo que se nos opone? Sólo a una persona de confianza le puedo transferir una parte de mi promesa; es bastante rigurosa, pues durante el día sólo puedo tomar dos veces pan y agua, durante la noche sólo puedo pasar unas pocas horas sobre un lecho duro y, no obstante mis muchas ocupaciones, tengo que rezar un gran número de plegarias. Si no me es posible evitar, como me ha ocurrido hoy, la asistencia a un banquete, no por ello me está permitido no cumplir con mi deber, antes bien tengo que tratar de resistir a las tentaciones que significan los manjares que pasan ante mis ojos. Si

usted puede decidirse a obedecer todas estas normas durante un mes, entonces podrá regocijarse más pronto de poseer a un amigo al que, mediante un proceder tan loable, en cierto modo ha adquirido».

La bella dama se enteró a disgusto de los obstáculos que se oponían a sus deseos; pero su amor por el joven se había encendido tanto debido a la presencia de éste, que ninguna prueba le pareció demasiado rigurosa con tal que por medio de ella pudiera tener la seguridad de la posesión de un bien tan valioso. Por ello es que, con las más complacientes expresiones, le dijo:

«¡Oh dulce amigo!, el milagro mediante el cual ha recuperado su salud es para mí tan importante y venerable que será para mí una alegría y un deber participar de la promesa con la que usted debe cumplir en compensación. Me alegro de darle una prueba tan segura de mi afecto; voy a seguir sus prescripciones con la mayor exactitud; y antes de que usted no me libre de la promesa, nada me apartará del camino en el que usted me ha puesto».

Luego de que el joven hubo convenido con ella todos los detalles de las condiciones bajo las cuales ella le podía ahorrar la mitad de su promesa, se

alejó dándole la seguridad de que pronto la volvería a visitar y la interrogaría respecto a la feliz perseverancia en su propósito; y así es como ella tuvo que dejarlo ir, sin ningún apretón de manos, sin besos, apenas con una mirada significativa. Para ella fue una suerte la ocupación que le dio el extraño propósito, pues tenía mucho que hacer para cambiar por completo su manera de vivir. Primero se sacaron las bellas hojas y flores que había hecho poner en distintos lugares para recibirlo; luego, en lugar de la cama bien acolchada, vino un lecho duro en el que, apenas alimentada por primera vez en su vida

sólo con agua y pan, se echó durante la noche. El otro día estuvo ocupada en cortar y coser camisas que había prometido hacer para un hospicio y un hospital. En medio de esta nueva e incómoda ocupación entretenía su imaginación con la imagen de su dulce amigo y con la esperanza de una futura felicidad; y mientras se detenía en estos pensamientos le parecía que la escasa comida era un alimento que fortalecía su corazón.

Así pasó una semana; y al final de ella ya empezaron a palidecer un poco las rosas de sus mejillas. Vestidos que otrora le quedaban bien, le resultaron

muy holgados, y sus miembros prontos y animosos se volvieron lánguidos y débiles, hasta que el amigo volvió a aparecer y le dio con su visita nueva fuerza y vida. La incitó a que perseverara en su propósito, la animó con su ejemplo y dejó entrever desde lejos la esperanza de un gozo sin perturbaciones. Se quedó por poco tiempo y prometió volver pronto.

El benéfico trabajo se continuó animosamente, y en ningún momento se abandonó la severa dieta. Pero también, ¡por desgracia!, una grave enfermedad no la habría dejado a ella más exhausta. El amigo, que la visitó una vez más al

fin de la semana, la contempló con mucha compasión y la fortaleció haciéndole pensar que ya había pasado la mitad de la prueba.

Ahora bien, para ella los ayunos, las oraciones y los trabajos desacostumbrados se fueron haciendo de día en día más pesados; y la exagerada continencia pareció perturbar por completo la salud de un cuerpo habituado a la tranquilidad y a una abundante alimentación. La belleza finalmente ya no pudo mantenerse sobre los pies y se vio forzada, a pesar de la estación cálida, a cubrirse con ropas dobles o triples para poder conservar de

alguna manera el calor del cuerpo, que casi había perdido por completo. Sí, ya no estuvo en condiciones de mantenerse en pie, y a la fuerza, en los últimos tiempos, tuvo que guardar cama.

¡Qué reflexiones tenía que hacer entonces sobre su situación! ¡Con qué frecuencia pasaba delante de su alma este raro suceso, y cuán doloroso le resultó cuando pasaron diez días sin que el amigo hubiera aparecido, el amigo que le costaba estos tremendos sacrificios! Entretanto, en medio de estas tristes horas, se preparaba su total curación, estaba decidida. Pues cuando poco después apareció su amigo y se

sentó junto a su cama, precisamente en el mismo taburete en el que él había oído la primera declaración de ella, y le pidió encarecidamente de una manera amistosa, hasta en cierto modo tierna, que perseverara con firmeza durante el corto tiempo que faltaba, ella lo interrumpió con una sonrisa y dijo: «No es necesario que me convenza, caro amigo, perseveraré en mi promesa durante estos pocos días con paciencia y con convicción de que me la ha impuesto para mi bien. Ahora me siento demasiado débil para poder expresarle mi agradecimiento tal como lo siento. Usted me ha conservado para mí misma;

usted me ha dado a mí misma, y reconozco que a partir de ahora le debo toda mi existencia.

»¡Realmente! Mi marido era comprensivo e inteligente y conocía el corazón de una mujer, fue suficientemente correcto como para no censurarla por un afecto que por culpa de él podía nacer en el pecho de ella, fue suficientemente magnánimo para posponer sus derechos a la exigencia de la naturaleza, pero usted, señor mío, usted es razonable y bueno; usted me ha hecho sentir que fuera del afecto hay todavía en nosotros algo que ha de hacer de contrapeso, de modo que seamos

capaces de renunciar a todo bien acostumbrado y de alejar de nosotros nuestros más ardientes deseos. Usted me ha guiado en esta escuela por medio del error y de la esperanza; pero ni uno ni otra son ya necesarios una vez que hemos conocido al yo bueno y fuerte que habita tan sereno y tranquilo en nosotros hasta que llega el momento en que se hace dueño de la casa y, al menos, por medio de delicados recuerdos, hace notar incesantemente su presencia. ¡Adiós! Su amiga lo verá a usted en lo futuro con gusto; influya sobre sus conciudadanos así como ha influido sobre mí; no se limite a arreglar los

embrollos que con hasta facilidad se producen en torno a las propiedades; sino que muéstreles también a ellos, por medio de una suave guía y del ejemplo, que en todo hombre está oculta, en germen, la fuerza de la virtud. El aprecio general será el premio suyo y usted, más que el primer estadista o el máximo héroe, merecerá llamarse padre de la patria».

«Hay que alabar a su procurador», dijo la baronesa; «es delicado, razonable, entretenido y aleccionador, así tendrían que ser todos los que quieran detenernos cuando nos

encontremos perdidos, o llevarnos de regreso. Realmente, esta narración merece, antes que muchas otras, el título honorífico de narración moral. Denos usted varias de este tipo y serán sin duda el regocijo de nuestra tertulia».

*El anciano.* «Si esta historia tiene su aprobación ello es para mí muy agradable, pero lo siento, si es que usted desea otras historias morales, pues es la primera y la última».

*Luisa.* «No habla mucho a favor suyo el hecho de que sólo tenga en su colección un único ejemplar del mejor tipo».

*El anciano.* «Usted me entiende mal.

No es la única historia moral que puedo contar, sino que todas se semejan hasta tal punto que parece que uno está contando siempre la misma».

*Luisa.* «Usted tendría que prescindir de estas paradojas que sólo sirven para confundir la conversación; ¡explíquese con más claridad!».

*El anciano.* «¡Con mucho gusto! Sólo merece ser llamada moral la narración que nos muestra que el hombre tiene en sí una fuerza para actuar, convencido de algo mejor, aun contra su propia inclinación. Es lo que nos enseña esta historia, y ninguna historia moral puede enseñar otra cosa».

*Luisa.* «¿Y yo, entonces, para actuar moralmente, tengo que actuar contra mi inclinación?».

*El anciano.* «Sí».

*Luisa.* «¿También cuando es buena?».

*El anciano.* «No hay inclinación que en sí misma sea buena, sino sólo en la medida en que produce algo bueno».

*Luisa.* «¿Y si una se sintiera inclinada a la beneficencia?».

*El anciano.* «Uno debe abstenerse de ser caritativo en cuanto ve que por ello arruina su economía familiar».

*Luisa.* «¿Y si se tuviera una irresistible tendencia a la gratitud?».

*El anciano.* «En los hombres ya se ha prevenido ello, de modo que la gratitud nunca puede llegar a ser entre ellos un instinto. Pero haciendo esa suposición merecería aprecio aquél que prefiriera mostrarse ingrato antes que hacer algo malo por amor a su benefactor».

*Luisa.* «¿Podría haber, pues, innumerables historias morales?».

*El anciano.* «En este sentido, sí; pero todas ellas no dirían otra cosa que lo que ha dicho mi procurador, y por ello es que se lo puede llamar único, según el espíritu; aunque usted tiene razón en el hecho de que el asunto puede

ser muy distinto».

*Luisa.* «Si usted hubiera hablado con propiedad, no habríamos discutido».

*El anciano.* «Pero tampoco habríamos hablado. Confusiones y equivocaciones son las fuentes de la vida activa y de la conversación».

*Luisa.* «Pero todavía no puedo estar totalmente de acuerdo con usted. Si un hombre valiente salva a otro con peligro de su vida, ¿no es eso una acción moral?».

*El anciano.* «Según la manera como yo me expreso, no. Pero si un hombre medroso vence su miedo y hace exactamente lo mismo, entonces sí es

una acción moral».

*La baronesa.* «Yo querría, querido amigo, que usted nos diera algunos ejemplos más y que de paso se arreglara con Luisa respecto a la teoría. Ciertamente, un alma que se siente inclinada, guiada por la razón y la conciencia. Si tiene todavía una historia de este tipo, desearíamos oírla. Me gustan mucho las historias paralelas. La una remite a la otra y aclara su sentido mejor que muchas secas palabras».

*El anciano.* «Todavía puedo referir varias de dicho tipo; pues he prestado especial atención a estas peculiaridades del espíritu humano».

*Luisa.* «Yo sólo querría pedir una cosa. No niego que no me gustan las historias que obligan siempre a nuestra imaginación a viajar a países extraños. ¿Por qué todo tiene que ocurrir en Italia, en Sicilia, en Oriente? ¿Acaso Nápoles, Palermo y Esmirna son los únicos lugares donde puede ocurrir algo interesante? Que se ponga el escenario de los cuentos de hadas en Samarcanda y Ormus, para confundir a nuestra imaginación. Pero si usted quiere formar nuestro espíritu, nuestro corazón, denos cuadros de nuestro propio país, de nuestra familia, y más prontamente nos reconoceremos en ellos, y, si nos

sentimos conmovidos, con más emoción nos golpearemos el corazón».

*El anciano.* «También en esto hay que complacerla. Pero los cuadros familiares son algo especial. Todos se parecen, y ya hemos visto bien presentadas en nuestros teatros casi todas las situaciones que los caracterizan. Entretanto voy a atreverme y contaré una historia que es semejante a algo que seguramente usted ya conoce, pero que sólo por una exacta exposición de lo que ha ocurrido en las almas podría llegar a ser nueva e interesante.

»En las familias se puede hacer con

frecuencia la observación de que los hijos, tanto por su aspecto como por su modo de ser, tienen cualidades ya del padre, ya de la madre; y así es como a veces ocurre que un niño reúne los caracteres de ambos padres de una manera especial y sorprendente.

»Notable prueba de esto era un joven al que llamaré Fernando. Su formación hacía recordar a los dos padres, y en él se podría distinguir con exactitud la modalidad de ambos. Tenía la modalidad ligera y alegre del padre y también el instinto de gozar del instante y cierta manera apasionada de tenerse en cuenta sólo a sí mismo en determinadas

oportunidades. Pero de la madre tenía, así parecía, la serena reflexión, el sentimiento de lo justo y lo correcto, y cierta aptitud para la fuerza, para sacrificarse por otros. De todo esto se puede deducir fácilmente que los que lo trataban, a menudo, para explicar sus acciones, tenían que acogerse a la hipótesis de que este joven debía de tener dos almas.

»Paso por alto varias escenas que se produjeron en su juventud, y he de contar sólo un acontecimiento que arroja luz sobre todo su carácter y que hizo decididamente época en su vida.

»Desde su juventud había vivido en

la abundancia pues sus padres eran pudientes y vivían y educaban a sus hijos como corresponde a tales gentes. Si el padre en las reuniones sociales, por lo que jugaba o por los ricos vestidos que llevaba, gastaba más de lo debido, la madre sabía en cambio, como buena administradora poner al gasto habitual tales limitaciones que, en el conjunto, se mantenía el equilibrio y nunca se manifestaba una carencia, por lo demás el padre, como comerciante, tenía suerte; le resultaron varias especulaciones que había emprendido con mucha osadía, y como le gustaba vivir en compañía de la gente, podía

contar en sus negocios, para su contento, con muchas vinculaciones y con más de una ayuda.

»Los hijos, como que son seres en crecimiento, eligen habitualmente en la casa el ejemplo de aquél que parece vivir y gozar más. Ven en un padre que la pasa bien la regla decisiva de acuerdo con la cual han de llevar su propia vida; y puesto que ya tempranamente piensan esto, así es como sus anhelos y deseos progresan en gran desproporción respecto a la capacidad de la casa. Se sienten doquiera obstaculizados, y tanto más cuanto que cada nueva generación plantea

exigencias nuevas y más tempranas, y los padres por lo general sólo querrían conceder a los hijos aquello de lo que ellos mismos en tiempos anteriores han gozado, cuando todos se conformaban con vivir más mesurada y simplemente.

»Fernando creció con la desagradable sensación de que a menudo le faltaba lo que veía en sus compañeros de juego. No se quería quedar atrás ni en vestidos ni en cierta liberalidad de la vida y del comportamiento, quería llegar a ser semejante a su padre, cuyo ejemplo tenía diariamente ante los ojos y que en un doble sentido se le aparecía como

modelo: en primer lugar como padre a favor del cual el hijo se siente habitualmente, por prejuicio, y luego también porque el muchacho veía que el hombre, por este camino, llevaba una vida llena de placeres y gozos y era estimado y amado por todos. Fernando tuvo a este respecto, como es fácil imaginarse, muchas disputas con la madre, pues no quería ponerse las levitas que el padre había dejado de usar, sino que siempre quería estar de moda. Así es como creció y sus exigencias crecieron con él de tal manera que finalmente, cuando tuvo dieciocho años, tenía que sentirse

totalmente fuera de lugar.

»Hasta ese momento no había adquirido deudas pues la madre le había infundido el mayor aborrecimiento por ellas, había tratado de mantener la confianza de él y, en varios casos, había hecho lo imposible para satisfacer sus deseos o sacarlo de pequeñas perplejidades. Por desgracia ella tuvo que restringirse más que nunca en la administración de su casa justamente durante el tiempo en el que él, un joven ya, prestaba todavía más atención a lo exterior, cuando él, que sentía inclinación por una bella muchacha, no sólo deseaba ponerse a la par de los

otros sino también destacarse ante ellos y agradar; en lugar de satisfacer entonces, como otrora, sus exigencias, ella empezó a apelar, a su razón, a su buen corazón, a su amor por ella, y al lograr convencerlo pero no cambiarlo lo arrojó realmente a la desesperación.

»Él no podía modificar la situación en la que se encontraba sin perder todo lo que le era tan caro como la vida. Desde su primera juventud había crecido para alcanzar dicha situación, había crecido junto con todo lo que lo rodeaba; no podía cortar ninguna de las fibras de sus vinculaciones, tertulias, paseos y viajes de placer, sin herir al

mismo tiempo a un viejo amigo de la escuela, a un compañero de juego, acaso a una amistad nueva y respetable y, lo que era peor, a su amor.

»Se puede comprender fácilmente la importancia y el valor que daba a su inclinación amorosa si se comprende que ésta halagaba al mismo tiempo a sus sentidos y a su espíritu, a su vanidad y a sus más animadas esperanzas. Una de las más bellas, agradables y ricas doncellas de la ciudad le dio, al menos por el momento, la preferencia ante sus muchos pretendientes. Le permitió algo así como hacer ostentación del servicio que le rendía a ella, y parecían estar

mutuamente orgullosos de las cadenas que se habían puesto el uno al otro. Ahora bien, el deber de él era seguirla a todas partes, invertir tiempo y dinero en servicio de ella, y mostrarle de cualquier manera cuánto apreciaba él el afecto de ella y cuán indispensable le era poseerla.

»Este trato y estos afanes hicieron que Fernando gastara más que lo que en otras circunstancias habría sido natural. Ella había sido confiada al cuidado de una extraña tía por sus padres ausentes; y se requerían muchas artes y raros procedimientos para hacer que Otilia, este adorno de las reuniones, fuera a las

reuniones. Fernando se agotaba inventando maneras de procurarle los placeres de que ella con tanto gusto gozaba y que todo aquél que estaba alrededor de ella sabía incrementarle.

»Y ser precisamente en ese momento exhortado por una madre amada y venerada a cumplir deberes totalmente distintos, no ver ninguna ayuda de esta parte, aborrecer tanto las deudas que, por lo demás, no habrían prorrogado su situación por mucho tiempo, ser considerado por todos una persona pudiente y generosa, y sentir la necesidad diaria y urgente del dinero, era por cierto una de las más penosas

situaciones en las que se puede encontrar un alma joven conmovida por las pasiones.

»Ciertas ideas que antes sólo habían pasado fugazmente por su alma fueron consideradas por él con más detenimiento; ciertos pensamientos que otrora sólo lo inquietaban por momentos, se cernían más largamente ante su espíritu, y ciertas enojosas sensaciones se hicieron más duraderas y amargas. Si otrora había visto a su padre como un modelo, lo envidiaba ahora como a un rival. Todo lo que el hijo deseaba era poseído ya por aquél; todo lo que atormentaba al hijo era fácil para

aquél. Y no se trataba acaso de lo necesario, sino de lo que cada uno habría podido prescindir. Entonces pensaba el hijo que el padre habría podido prescindir de ciertas cosas para dejarlo gozar a él. El padre, en cambio, pensaba de una manera totalmente distinta; era de esos hombres que se permiten mucho y que, por ello, se encuentran en el caso de prohibir muchas cosas a quienes dependen de él. Si le había asignado algo al hijo, exigía una exacta rendición de cuentas, que le hiciera una cuenta en regla.

»Nada hay que aguce tanto la vista del hombre como cuando se lo limita.

Por ello es que las mujeres son en general más astutas que los hombres, y los súbditos a nadie prestan tanta atención como a aquél que ordena sin adelantarse al mismo tiempo con su ejemplo. Así es como el hijo estaba atento a todas las acciones de su padre, “especialmente” a las que implicaban inversión de dinero. Prestaba atención cuando oía que el padre había perdido o ganado en el juego, cuando, por capricho, se permitía algo costoso.

»¿No es extraño», se decía a sí mismo, «que los padres, mientras se colman con placeres de todo tipo, mientras utilizan caprichosamente una

fortuna que el acaso ha puesto en sus manos, excluyan a sus hijos de cualquier justo placer justamente en el momento en el que la juventud es más sensible a ello? ¿Y con qué derecho lo hacen? ¿Y cómo es que han llegado a tener este derecho? ¿Es el acaso el que debe decidir, y puede llegar a ser un derecho donde actúa el acaso? Si viviera todavía el abuelo, que consideraba a sus nietos como a sus hijos, me iría mucho mejor, él no dejaría que me faltara lo necesario; pues, ¿no es necesario aquello que necesitamos para situaciones para las cuales hemos sido educados y hemos nacido? El abuelo no

me dejaría en esta penuria, así como no aprobaría el derroche que hace mi padre. Si hubiera vivido más tiempo habría visto con claridad que su nieto es también digno de gozar, quizá, entonces, habría decidido en su testamento mi más pronta dicha. Hasta he oído que el abuelo fue sorprendido por la muerte en el momento en que pensaba expresar su última voluntad, y así quizá, sólo el acaso me ha despojado de una más temprana participación de una fortuna que, si mi padre sigue administrándola así, perderé para siempre».

Con éstos y otros sofismas sobre propiedad y derecho, sobre la cuestión

de si se necesita seguir una ley o una disposición a la que uno no ha dado su voto, y de hasta qué punto le está permitido al hombre apartarse en su fuero íntimo de las leyes ciudadanas, estaba ocupado con frecuencia en sus horas solitarias y disgustadas, cuando, por falta de dinero contante, había tenido que negarse a ir a un viaje de placer o a alguna otra reunión agradable. Pues ya había malbaratado pequeñas cosas de valor que poseía, y el dinero de que disponía para sus gastos no le alcanzaba en absoluto.

Su alma se cerró; y se puede decir que en esos momentos no tenía

consideración por su madre, que no le podía ayudar, y odiaba al padre que, según su opinión, continuamente se le ponía en el camino.

Justamente por ese tiempo hizo un descubrimiento que aumentó todavía más su disgusto. Notó que su padre no sólo era un mal administrador, sino que también era desordenado. Pues con frecuencia sacaba apresuradamente dinero de su escritorio sin hacer la anotación correspondiente, y después empezaba a contar y a calcular una y otra vez y parecía enojarse de que las sumas no coincidieran con la caja. El hijo hizo esta observación varias veces,

y la sintió más claramente cuando precisamente en el momento en que el padre echaba mano al dinero, percibía que faltaba una suma considerable.

A este estado de ánimo se añadió un raro suceso que le dio una oportunidad tentadora de hacer aquello a lo que hasta ese momento sólo lo había impulsado un instinto oscuro e impreciso.

Su padre le encargó que revisara y ordenara un cajón de viejas cartas. Un domingo, cuando estaba solo, llevó el cajón por la habitación donde estaba el escritorio que contenía la caja fuerte del padre. El cajón era pesado; lo había tomado mal y quiso depositarlo por un

momento, o más bien apoyarlo. Incapaz de sostenerlo, lo golpeó con fuerza contra el rincón del escritorio de modo que la tapa de éste voló. Tuvo entonces ante sus ojos todos los rollos que antes había mirado de reojo, asentó su cajón y tomó, sin pensar ni reflexionar, uno de los rollos, del lado donde el padre habitualmente parecía tomar su dinero para gastos caprichosos. Cerró de nuevo el escritorio y probó darle otra vez el golpe lateral: la tapa se abría siempre que golpeaba, y andaba tan bien como si hubiera tenido la llave para abrir el pupitre.

Con vehemencia buscó a partir de

entonces todo placer al que hasta ese momento había tenido que renunciar. Se volvió todavía más afanoso en torno a su belleza; todo lo que hacía y emprendía era más apasionado; su animación y gracia se habían transformado en una modalidad vehemente, casi salvaje, que no le sentaba mal, pero que a nadie era beneficiosa.

Lo que la chispa para un arma cargada, lo mismo es la oportunidad para la inclinación a hacer algo; y toda inclinación que satisfacemos contra nuestra conciencia, nos obliga a emplear un exceso de fuerza física; volvemos a actuar como hombres salvajes, y se hace

difícil ocultar exteriormente este esfuerzo.

A medida que más lo contradecía su sentimiento interior, tanto más acumulaba Fernando argumentos artificiales, y tanto más animada y libremente parecía actuar cuanto más atado se sentía de una parte.

Por aquella época se habían puesto de moda ciertas joyas sin valor. A Otilia le gustaba adornarse; él procuró un medio de conseguirle tales joyas sin que la misma Otilia supiera realmente de dónde venían los regalos. La suposición recayó sobre un viejo tío y Fernando se sintió doblemente complacido cuando la

belleza le manifestó la satisfacción por los regalos, y su sospecha de que debía de ser el tío.

Pero para darse a sí mismo y darle a ella este placer, él tuvo que abrir varias veces más el escritorio de su padre; y lo hizo con tanto menor preocupación cuanto que el padre en distintos momentos había puesto dinero allí, y después había sacado, sin anotarlo.

Poco después Otilia tuvo que viajar a casa de sus padres por algunos meses. Los jóvenes se afligieron mucho, pues tenían que separarse, y una circunstancia hizo que su separación fuera todavía más significativa. Otilia se enteró por

casualidad de que los regalos provenían de Fernando; lo sometió a un interrogatorio, y cuando él confesó ella pareció enojarse mucho. Ella insistió en que él tenía que aceptar que le devolviera todo; pero esta exigencia le causó a él amargo dolor. Le manifestó que sin ella ni quería ni podía vivir; le suplicó que lo siguiera queriendo, y la conjuró a que no le negara la mano no bien él estuviera suficientemente acomodado e instalado en una casa. Ella lo amaba; estaba conmovida; le prometió lo que él deseaba, y en este feliz momento selló su promesa con los más apasionados abrazos y con mil

besos cariñosos.

Luego de que partió ella le pareció a Fernando que se quedaba muy solo. Las reuniones en las que solía verla, ya no lo atraían cuando ella faltaba. Pero seguía visitando sólo por costumbre tanto amigos como lugares de placer; y sólo con desagrado metía mano algunas veces en el dinero del padre para cubrir gastos que no le imponía ninguna pasión. Estaba solo con frecuencia, y el alma buena parecía adquirir supremacía. Se sorprendía de sí mismo, aun cuando meditaba tranquilamente, de cómo había podido concebir y fomentar en sí mismo, de una manera tan fría y torcida, todos

esos sofismas sobre derecho y posesión, sobre pretensiones a un bien ajeno, y como quiera que fueren todas aquella rúbricas, y así había podido cohonestar una acción prohibida. Poco a poco se le hizo claro que sólo la fidelidad y la fe hacen a los hombres dignos de aprecio, que el bueno debe en realidad vivir para avergonzar a todas las leyes, mientras acaso algún otro o las elude o las usa en beneficio propio.

Entretanto, antes de que estos conceptos verdaderos y buenos adquirieran para él una claridad total y condujeran a decisiones dominantes, sucumbió varias veces más a la

tentación de sacar de la fuente prohibida en casos de urgencia. Pero nunca lo hizo sin resistencia, y como si un mal espíritu lo llevara de los cabellos.

Finalmente se atrevió y tomó la decisión de hacer ante todo que la acción fuera para él imposible, e informar a su padre sobre el estado de la cerradura. Lo hizo astutamente, y llevó el cajón con las cartas ya organizadas en presencia de su padre por la habitación, cometió intencionalmente la torpeza de chocar con el cajón contra el escritorio, y ¡cuánto se sorprendió el padre cuando vio que la tapa se abría! Ambos revisaron la cerradura y encontraron que

los ganchos de cierre se habían gastado por el tiempo y que los flejes estaban vencidos. Pronto fue reparado todo y Fernando, por mucho tiempo, no tuvo un momento más placentero que aquél en el que vio que el dinero quedaba a tan buen recaudo.

Pero esto no fue suficiente para él. Se propuso de inmediato juntar de nuevo la suma que había quitado a su padre y que él conocía por cierto muy bien, y devolvérsela de una u otra manera y a ahorrar todo lo que le era posible del dinero que tenía para sus gastos. Esto era seguramente poco, poco era lo que podía juntar en comparación con lo que

había derrochado; entretanto la suma parecía grande ya, pues era un comienzo para reparar su delito. Y hay por cierto una enorme diferencia entre el último tálero que se toma prestado y el primero con el que se empieza a devolver.

No llevaba mucho tiempo por este buen camino cuando el padre se decidió a enviarlo de viaje por asuntos comerciales. Tenía que ponerse en contacto con un distante establecimiento fabril. Se tenía la intención de establecer, en una comarca en la que las primeras necesidades y el trabajo manual eran muy baratos, un negocio, de enviar allí un socio, de sacar a beneficio

propio el provecho que hasta ese momento se había concedido a otros, y de hacer crecer el establecimiento por medio de dinero y de crédito. Fernando tenía que estudiar el asunto desde cerca y dar un circunstanciado informe de ello. El padre le había dado dinero para el viaje y le había ordenado que supiera manejarse con él; era abundante y no tenía que quejarse.

Mientras estuvo de viaje vivió Fernando muy ahorrativamente, calculó y volvió a calcular y comprobó que podía ahorrar un tercio del dinero que tenía como viático, si seguía limitando sus gastos de todos los modos posibles.

Tenía entonces también la esperanza de encontrar oportunidad de adquirir poco a poco el resto, y la encontró. Pues la oportunidad es una diosa indiferente, favorece tanto lo bueno como lo malo.

En la comarca que debía visitar encontró todo mucho más provechoso que lo que se había creído. Todos seguían por la vieja rutina a un ritmo artesanal. No se tenía ni idea de los adelantos recientemente descubiertos, o no se había hecho ningún uso de ellos. Se invertían sólo escasas sumas de dinero y se estaba contento con un mesurado provecho; y él se dio cuenta pronto de que, con cierto capital, con

anticipos, con la compra de los primeros materiales en cantidad, instalando máquinas con la ayuda de buenos maestros de obras, se podría levantar un establecimiento grande y sólido.

Se sintió muy entusiasmado por la idea de esta posible actividad. La magnífica comarca en la que a cada momento se le cernía su querida Otilia le hacía desear que su padre quisiera ponerlo en este lugar, confiarle el nuevo establecimiento y dotarlo así de una manera rica e inesperada.

Observaba todo con gran atención pues a todo lo consideraba ya como propio. Tuvo por primera vez

oportunidad de aplicar sus conocimientos, sus facultades, su juicio. Tanto la comarca como los objetos le interesaban en sumo grado, eran un alivio y una curación para su corazón herido; pues no podía acordarse sin dolor de la casa paterna, donde, en una especie de locura, pudo cometer una acción que ahora se le aparecía como el máximo crimen.

Un amigo de la casa, un hombre despierto pero enfermizo que había sido el primero en dar la idea de tal establecimiento en algunas cartas, estaba permanentemente a su lado, le mostraba todo, lo familiarizaba con sus ideas y se

alegraba cuando el joven lo comprendía al instante, hasta se le anticipaba. Este hombre llevaba una vida muy sencilla, en parte por gusto, en parte porque su salud así lo requería. No tenía hijos, una sobrina cuidaba de él, a la que iba a dejar en herencia su fortuna, y para la que deseaba un hombre despierto y activo para poder ver realizado, con apoyo de otro capital y de nuevas fuerzas, aquello de lo que tenía una idea, pero de lo que sus circunstancias físicas y económicas lo apartaban.

No bien hubo visto a Fernando cuando le pareció que éste era su hombre, y su esperanza creció cuando

encontró en el joven tanta afición al negocio y a la comarca. Hizo conocer sus pensamientos a la sobrina, y ésta no pareció oponerse. Era una muchacha joven, bien formada, sana, y en todo sentido buena. La dedicación al cuidado de la casa de su tío la mantenía siempre ágil y activa, y, la preocupación por su salud, suave y complaciente. No se podía desear como esposa una persona más perfecta.

Fernando, que sólo tenía ante los ojos el amor y la amabilidad de Otilia, pasaba por alto a la buena doncella campesina o deseaba, si es que Otilia alguna vez hubiera de vivir como esposa

suya en estas comarcas, conseguirle una ama de llaves o consejera semejante. Él respondía a la amabilidad y complacencia de la muchacha de una manera muy espontánea; aprendió a conocerla y a estimarla; pronto la trató con más aprecio, y tanto ella como su tío interpretaron esta actitud de acuerdo con sus deseos.

Fernando había inspeccionado con detenimiento y se había enterado de todo. Con ayuda del tío había hecho un plan y, de acuerdo con su acostumbrada facilidad, no había ocultado que pensaba ejecutar él mismo dicho plan. Al mismo tiempo le había alabado la felicidad de

toda casa que pudiera ser entregada a una patrona tan cuidadosa. Ella y su tía creyeron por ello que realmente tenía intenciones, y fueron en todo tanto más complacientes con él.

No sin cierto contento había encontrado Fernando en sus investigaciones que no sólo en el futuro podía esperar mucho de este lugar, sino que también en el presente inmediato podía cerrar un trato provechoso para restituir a su padre la suma que le había sacado, y liberarse entonces de una vez por todas de esta carga opresiva. Reveló la especulación que pensaba hacer a su amigo, y éste se alegró

extraordinariamente por ello y le prestó toda ayuda posible; hasta quiso procurarle todo a crédito a su joven amigo, el cual sin embargo no aceptó dicho crédito, sino que pagó de inmediato una parte de la operación con el excedente del dinero que había llevado para el viaje y prometió pagar el resto en el plazo correspondiente.

La alegría con que hizo empacar y cargar las mercaderías, no se puede expresar; el contento con que emprendió su camino de regreso, no se puede imaginar. Pues la suprema sensación que puede tener el hombre es cuando por medio de su propia fuerza se levanta y

se libera de un error grave, de un crimen. El hombre bueno que marcha por el camino recto sin cometer un desvío notable, se parece a un ciudadano tranquilo y digno de alabanza, mientras que aquél, como héroe y triunfador, merece admiración y un premio; y en este sentido parecen haber sido dichas las paradójicas palabras de que la misma divinidad se alegra más por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos.

Pero, por desgracia, Fernando no pudo impedir, por medio de sus buenas decisiones, por su corrección y reparación, las tristes consecuencias de

la acción, consecuencias que lo esperaban y que habían de atormentar dolorosamente a su alma que ya había recuperado la serenidad. Durante su ausencia se había formado la tormenta que había de desencadenarse precisamente cuando él llegara a la casa paterna.

El padre de Fernando, como sabemos, no era muy ordenado que digamos en lo que se refiere a su dinero privado; pero sus asuntos comerciales, en cambio, eran muy correctamente llevados por un socio hábil y puntual. El anciano no había notado el dinero que el hijo le había sacado, fuera de que,

desgraciadamente, había entre dicho dinero un paquete con monedas de un tipo inusual en el lugar, que él había ganado jugando a un extraño. Las echó de menos a éstas y el asunto le pareció extraño. Pero lo que lo intranquilizaba mucho es que le faltaban algunos rollos, de cien ducados cada uno, que un tiempo atrás había prestado pero que, con seguridad, le habían devuelto. Sabía que el escritorio se podía abrir entonces con un golpe; consideraba por lo tanto seguro que había sido robado, y ello le causó una enorme agitación. Su sospecha divagaba por todas partes. En medio de las más temibles amenazas y

maldiciones contó el hecho a su mujer, quiso revisar toda la casa e interrogar a todos los sirvientes, sirvientas y niños; nadie se libró de su sospecha. La buena mujer hizo todo lo posible por tranquilizar a su esposo, le encareció la perplejidad y el descrédito que esta historia le podrían ocasionar a él y a su casa si llegaba a conocerse que nadie participa de la desgracia que nos afecta si no es para humillarnos con su compasión, que en semejante oportunidad ni él ni ella se librarían, que se harían muchas cosas raras conjeturas si no se llegaba a aclarar nada, que acaso se encontrara al autor

del hecho y, sin hacerlo desdichado para toda la vida, se podría recuperar el dinero. Por medio de éstas y otras ideas lo indujo finalmente a que se quedara tranquilo y a que, investigando en silencio, averiguara algo sobre el asunto.

Y el momento de hacer el descubrimiento se encontraba muy cerca. La tía de Otilia estaba informada de la mutua promesa que se habían hecho los jóvenes. Sabía de los regalos que había aceptado su sobrina. Todo el asunto no era agradable para ella, y sólo había callado porque su sobrina estaba ausente. Una vinculación segura con

Fernando, le parecía provechosa; una aventura incierta le resultaba intolerable. Cuando oyó entonces que el joven tenía que volver pronto, y como ella esperaba también diariamente a su sobrina, se apresuró en informar a los padres sobre lo que había ocurrido y escuchar su opinión, en preguntar si se podía esperar que pronto Fernando tuviera recursos y si se consentía en un casamiento con su sobrina.

No fue poco lo que se sorprendió la madre cuando se enteró de esta situación. Se asustó cuando oyó sobre los regalos que Fernando había hecho a Otilia. Ocultó su sorpresa; pidió a la tía

que le diera un poco de tiempo para poder hablar en algún momento con su marido sobre el asunto; le aseguró que consideraba que Otilia era un partido favorable y que no era imposible que su hijo fuera dotado a la brevedad con los recursos correspondientes.

Cuando la tía se hubo retirado, ella no consideró aconsejable confiarle a su marido lo que le habían descubierto. Le preocupaba solamente aclarar el desdichado secreto de si Fernando, como ella temía, había hecho los regalos con el dinero robado. De prisa fue a lo del comerciante que vendía principalmente este tipo de joyas, le

pidió algo parecido y le regateó, y finalmente le dijo que no debía cobrarle tanto, pues a su hijo, que había hecho una compra similar, le había dado las cosas más baratas. El comerciante sostuvo que no. Mostró los precios con exactitud y agregó que había que sumar el agio del tipo de dinero en el que Fernando, en parte, había pagado. Y le mencionó, para gran tristeza de ella, la clase de moneda que había empleado: era la que faltaba al padre.

Luego de que, para cubrir las apariencias, se hizo mostrar los otros precios, se fue de allí con el corazón muy oprimido. El extravío de Fernando

era demasiado patente; el cálculo de la suma que faltaba al padre, era grande, y ella, impulsada por su escrupulosa modalidad, vio ya la peor acción y las más temibles consecuencias. Tuvo la prudencia de ocultar descubrimiento delante de su marido; esperó el regreso del hijo, en parte con miedo, en parte con ansiedad. Deseaba aclararlo todo, y temía enterarse de lo peor.

Finalmente volvió él con mucha alegría. Podía esperar que alabaran los negocios que había hecho, y traía al mismo tiempo en sus mercaderías secretamente, el dinero con el que pensaba librarse del oculto robo.

El padre escuchó bien su relato; pero no con la aprobación que él esperaba, pues el asunto del dinero había vuelto a este hombre distraído e irritable, y más todavía cuanto que en ese momento tenía que pagar una considerable partida. El humor en el que se encontraba el padre lo oprimió bastante, y aún más la presencia de las paredes, de los muebles, del escritorio, que habían sido testigos de su delito. Toda su alegría se esfumó, y también sus esperanzas y pretensiones, se sintió un hombre vulgar, y peor todavía, malo.

Iba a ocuparse de que pronto y en secreto se vendieran las mercaderías

que pronto llegarían, y a librarse de su desdicha por medio de la actividad, cuando la madre lo llamó aparte y, con amor y seriedad le reprochó la falta que había cometido, y no le dejó ni la más pequeña coartada para negar. El blando corazón de él se desgarró; en medio de lágrimas se arrojó a los pies de ella, pidió perdón, afirmó que sólo el afecto por Otilia lo había podido inducir a obrar mal y que ningún otro vicio se había añadido a éste. Narró además la historia de su arrepentimiento y que con toda intención le había hecho conocer al padre la posibilidad de abrir el escritorio, y que mediante los ahorros

que había hecho en el viaje y por medio de una feliz especulación comercial estaba en condiciones de devolver todo.

La madre, que no podía ceder inmediatamente, insistió en saber qué había hecho con las sumas grandes, pues los regalos constituían la menor parte. Le mostró, para espanto de él, un cálculo de lo que faltaba al padre, él no pudo confesar ni siquiera respecto a la plata, y juró solemnemente no haber tocado nada del oro. Al oír esto la madre se indignó desmedidamente. Le reprochó que, justamente en el momento en que, mediante un sincero arrepentimiento, tenía que dar

verosimilitud a su corrección y conversión, pensaba parar a su afectiva madre con negativas, mentiras y cuentos, cuando ella sabía muy bien que quien era capaz de hacer una cosa, lo era también del resto. Probablemente él tenía cómplices entre sus libertinos camaradas, probablemente el trato comercial que había cerrado había sido hecho con el dinero robado, y difícilmente él habría mencionado algo de ello si el delito no se hubiera descubierto por casualidad. Lo amenazó con la ira del padre, con castigos legales, con el repudio total, pero nada lo afligió tanto a él como el hecho de

que le hiciera notar que se había hablado de una unión entre él y Otilia. Con el corazón conmovido lo abandonó en medio del más triste estado. Él veía que su falta había sido descubierta, se veía envuelto en una sospecha que agrandaba su crimen. ¿Cómo convencer a sus padres de que no había tocado el oro? Teniendo en cuenta el vehemente modo de ser de su padre era de temer un estallido público; él se veía a sí mismo en contradicción con todo lo que podía ser. La perspectiva de una vida activa, de una unión con Otilia, desapareció. Se veía repudiado, fugitivo, y expuesto a todas las incomodidades en comarcas

extrañas.

Pero ni siquiera todo esto que confundía su imaginación, que hería su orgullo, que atormentaba su amor, era para él lo más doloroso. Lo que más lo hería era el pensamiento de que su honesto propósito, su varonil decisión, el plan que había seguido para reparar lo ocurrido, iban a ser totalmente desconocidos, negados, interpretados precisamente en sentido contrario. Si bien aquellas ideas lo arrojaban en medio de una oscura desesperación pues tenía que reconocer que había merecido su destino, éstas lo conmovieron hasta lo más íntimo porque llegó a conocer la

triste verdad de que una fechoría está en condiciones de echar por tierra hasta los buenos propósitos. Este retorno a sí mismo, esta reflexión de que hasta el más noble empeño había de resultar vano, lo debilitaron; ya no deseó seguir viviendo.

En estos momentos su alma estaba sedienta de un auxilio superior. Se prosternó junto a su silla, a la que mojó con sus lágrimas, e imploró ayuda del ser divino. Rezó una plegaria que merecía ser escuchada: que el hombre que se apartaba solo del vicio tenía derecho a una ayuda inmediata; aquél que no dejaba de emplear ninguna de sus

fuerzas podía apelar, cuando éstas faltaban, cuando no bastaban, al auxilio del Padre que está en los cielos.

Convencido de esto, persistiendo en esta urgente súplica, permaneció durante un rato y apenas notó que su puerta se abría y entraba alguien. Era la madre que, con alegría en el rostro, se dirigió hacia él, vio su confusión y le habló con palabras consoladoras. «Cuán feliz soy», dijo, «por el hecho de que al menos he comprobado que no eres un mentiroso y de que puedo considerar que tu arrepentimiento es verdadero, ha sido encontrado el oro; tu padre, cuando lo recibió de un amigo que se lo

devolvía, se lo dio al cajero para que lo depositara y, distraído por las muchas ocupaciones del día, olvidó el hecho. Respecto a la plata lo que tú dices concuerda bastante con la realidad, la cantidad es ahora mucho menor. No pude ocultar la alegría de mi corazón y le prometí a tu padre restituir la suma que faltaba si él me prometía tranquilizarse, y no seguir preguntando sobre el asunto».

Fernando pasó inmediatamente a la máxima alegría. Se apresuró a realizar su negocio, le presentó pronto el dinero a la madre, restituyó hasta lo que no había tomado, pero que él sabía que

debido al desorden del padre se echaba de menos en sus gastos. Él era alegre y animoso; pero todo este suceso había dejado serias consecuencias en él. Se había convencido de que el hombre tiene fuerza para querer y realizar lo bueno; pero creía también que así podía el hombre lograr que el ser divino se interesara por él y prometerse Su auxilio, que él había experimentado inmediatamente. Con gran alegría reveló a su padre el plan de establecerse en aquellas comarcas. Describió el establecimiento con todo su valor y magnitud, el padre no tenía nada en contra, y la madre le hizo conocer a su

esposo en secreto la relación que había entre Fernando y Otilia. A él le agradó tener una nuera tan lúcida, y la perspectiva de poder dar recursos a su hijo sin costos, le era muy agradable.

«Esta historia me agrada», dijo Luisa una vez que el anciano hubo terminado, «y aunque está inmediatamente sacada de la vida común, no me parece sin embargo cotidiana. Pues si nos preguntamos a nosotros mismos y observamos a otros, comprobamos que rara vez nos decidimos por nosotros mismos a renunciar a éste o a aquel deseo; por lo

general son las circunstancias exteriores las que nos obligan a ello».

«Yo desearía», dijo Carlos, «que no necesitáramos en absoluto negarnos algo a nosotros mismos; sino que ignoráramos todo aquello que no debemos poseer. Por desgracia, en nuestra situación, todo está acumulado, hay plantas en todos lados, todos los árboles cuelgan llenos de frutos; y tenemos que seguir andando en medio de todo ello, contentarnos con la sombra y renunciar a los más bellos gozos».

«¡Haga», dijo Luisa dirigiéndose al anciano, «que sigamos oyendo su historia!».

*El anciano.* «Realmente está terminada».

*Luisa.* «Hemos oído por cierto el desarrollo de los hechos; pero ahora nos gustaría oír el desenlace».

*El anciano.* «Usted hace una correcta distinción, y como veo que se interesa por el destino de mi amigo, le voy a contar todavía, brevemente, qué fue de él.

»Librado de la carga opresiva de un proceder tan feo, no sin cierta modesta satisfacción consigo mismo, empezó a pensar en su suerte futura y esperó ansiosamente el regreso de Otilia, para

declararse y cumplir en todas sus consecuencias con la palabra dada. Ella llegó en compañía de sus padres; él se apresuró a visitarla y la encontró más bella y más alegre que nunca. Con impaciencia esperó el momento en el que pudiera hablar con ella a solas y explicarle sus planes. Vino la hora, y con toda la alegría y la delicadeza del amor le refirió a ella sus esperanzas, la proximidad de su felicidad y el deseo de compartirla con ella. Pero cuán asombrado quedó, cuán atónito, cuando vio que ella tomaba el asunto muy a la ligera, casi se podría decir burlonamente. No fueron muy delicadas

las bromas que hizo sobre la ermita que se había buscado, sobre el papel que ambos representarían cuando, como pastor y pastora respectivamente, se refugiaron debajo de un techo de paja, y varias cosas más por el estilo.

»Atónito y amargado, él se retrajo; el comportamiento de ella lo había disgustado, y durante un instante se mantuvo frío. Ella había sido injusta con él; entonces él empezó a notar en ella defectos que antes se le habían ocultado. Y no se necesitaba tener muy buena vista para percibir que un supuesto primo que había llegado también atraía hacia sí toda la atención de ella, y se había

ganado una gran parte de su afecto.

»En medio del intolerable dolor que Fernando sentía logró con todo recobrase pronto, y así como una vez ya se había vencido a sí mismo, le parecía que podía conseguirlo por segunda vez. Vio a Otilia con frecuencia y se decidió a observarla; actuó amistosa, tiernamente, con ella, y ella no menos con él; sólo que los encantos de ella habían perdido gran parte de su poder, y él sintió pronto que era raro que a ella le brotara algo del corazón, que, más bien, era a capricho tierna o fría, encantadora o repulsiva, agradable o caprichosa. Su alma empezó a desprenderse poco a

poco de ella, y se decidió a cortar también los últimos hilos.

»Esta operación fue más dolorosa que lo que él se lo había imaginado. Un día la encontró sola y se animó a recordarle la palabra que ella había dado y aquellos momentos en los que ambos, impulsados por el más delicado sentimiento, se habían puesto de acuerdo sobre su vida futura. Ella fue muy cordial, hasta se podría decir afectuosa, él se enterneció y deseó en ese instante que todo fuera distinto de como se lo había imaginado. Pero se contuvo y le expuso con tranquilidad y amor la historia de su inminente establecimiento.

Ella pareció alegrarse de ello y sólo lamentar en cierto modo que así su unión se postergara más. Dio a entender que no tenía ganas de abandonar la ciudad, dejó entrever su esperanza de que, por algunos años de trabajo en aquellas comarcas, se pondría en condiciones de desempeñar un papel importante también entre sus actuales conciudadanos. No dejó de hacerle ver con claridad que esperaba de él que fuera en lo futuro más lejos que su padre, y que en todo se mostraría todavía más respetable y correcto.

»Fernando sentía muy bien que no podía esperar ninguna felicidad de

semejante unión; y sin embargo era difícil renunciar a tantos encantos. Hasta es posible que él se hubiera apartado de ella sin estar bien decidido, si no lo hubiera relevado el primo y no hubiera mostrado en su conducta ser demasiado confianzudo con Otilia. Fernando le escribió una carta en la que una vez más le aseguró que lo haría feliz si quería seguirlo a su nuevo destino, pero que él no consideraba aconsejable para los dos alimentar una esperanza distante para tiempos futuros, ni atarse por medio de una promesa para un incierto futuro.

»También para esta carta deseó una respuesta favorable; pero no vino como

la habría aprobado su corazón, sino como la aprobaba su razón. Otilia, con mucha delicadeza, le devolvió la palabra que él le había dado, sin dejar no obstante su corazón en completa libertad, y lo mismo expresaba la esquila respecto a los sentimientos de ella, de acuerdo con el sentido, estaban atados, y, según las palabras, libres.

»¿Para qué dar más detalles? Fernando se apresuró a viajar a aquellas tranquilas comarcas; pronto se estableció allí; era ordenado y aplicado, y lo fue todavía más cuando la buena y natural muchacha que ya conocemos lo agració como esposa, y el viejo tío hizo

todo para asegurar y dar comodidad a su situación doméstica.

»Lo he conocido ya de edad avanzada, rodeado de una familia numerosa y bien formada. Él mismo me ha contado su historia, y así como le suele ocurrir a la gente a la que le ha pasado algo importante tiempo atrás, así también esa historia se había grabado tanto en su espíritu que había ejercido un gran influjo sobre su vida. Aun como hombre y padre de familia solía abstenerse a veces de algo que le habría causado alegría, para no perder la práctica de una virtud tan bella; y toda su educación consistía en cierto modo en

que sus hijos tenían que poder abstenerse de algo como de improviso.

»De una manera que yo al principio no podía aprobar, le prohibió por ejemplo a uno de sus hijos, en la mesa, que comiera una comida preferida. Para asombro mío el muchacho siguió estando alegre, y fue como si no hubiera ocurrido nada más.

»Y así es como los mayores, por propia iniciativa, dejaban pasar a veces alguna fruta valiosa o algún otro bocado, sin probarlo, pero, en cambio, él les permitía, digamos, todo, y no faltaban en su casa modales, buenos y malos. Él parecía ser indiferente ante todo, y los

dejaba en una libertad casi desenfrenada; pero de pronto se le ocurría a él que en determinada semana todo tenía que estar regulado al minuto. En el acto, durante la mañana, se ponían en orden los relojes, cada uno recibía su propia orden para el día, se acumulaban negocios y placeres, y nadie podía fallar ni por un segundo. Podría hablarles durante horas de sus conversaciones y observaciones sobre este tipo especial de educación. Bromeaba conmigo como con un religioso católico sobre mis votos, y afirmaba que en realidad todo hombre debía tanto prometerse a sí mismo continencia como a otros

obediencia, no para practicarlas siempre, sino al debido tiempo».

La baronesa hizo algunas observaciones y confesó que este amigo en general había tenido razón, pues así es como también en un reino todo depende del poder ejecutivo, por más que el legislativo sea tan razonable como quiera, de nada le sirve al estado si el que ejecuta no tiene poder.

Luisa saltó hacia la ventana, pues oyó que Federico entraba a caballo en el patio. Salió al encuentro de él y lo condujo a la habitación. Parecía alegre, aunque venía de ver escenas de dolor y

desolación, y en lugar de dedicarse a contar detenidamente el incendio que había alcanzado la casa de su tía, aseguró que estaba comprobado que el escritorio se había quemado justamente a la hora en que el de ellos había sufrido tan fuertes rajaduras.

«Justamente en el momento», dijo, «en que el incendio se acercaba ya a la habitación, el administrador pudo salvar todavía un reloj que se encontraba sobre este escritorio. Al sacarlo algo debió de moverse en el mecanismo, y quedó parado a las once y media. Tenemos, pues, en lo que se refiere al menos al tiempo, una perfecta concordancia». La

baronesa sonrió; el preceptor afirmó que si dos cosas coincidían no por eso se podía deducir ya que estaban relacionadas. A Luisa, en cambio, le agradó vincular estos dos sucesos, especialmente porque había recibido noticias de que su novio estaba bien, y se dejaba entonces de nuevo a la imaginación que siguiera su curso.

«¿No sabe usted», le dijo Carlos al anciano, «contarnos algún cuento fabuloso? La imaginación es una bella facultad; pero no me complace cuando quiere elaborar lo que ha ocurrido realmente. Las aéreas figuras que crean nos son gratas como seres de su propio

género; unida con la verdad produce por lo general sólo monstruos, y me parece que habitualmente está en contradicción con la razón y el entendimiento. Me parece que no tiene que depender de ningún objeto, que no debe querer imponernos ningún objeto cuando produce obras de arte; sólo tiene que obrar sobre nosotros como una música, y de tal manera que olvidemos que hay fuera de nosotros algo que produce este movimiento».

«No siga», dijo el anciano, «exponiendo detalladamente los requisitos que usted plantea para un producto de la imaginación. Parte del

gozo que provocan tales obras es que gozamos de ellas sin ponerles requisitos; pues la imaginación no puede exigir, tiene que esperar lo que se le regala. No hace planes, no se propone seguir ningún camino, sino que es llevada y guiada por sus propias alas, y, a medida que se cierne hacia uno y otro lado, traza las más extrañas líneas, que continuamente doblan y cambian de dirección. Permita usted primero que, haciendo mi paseo habitual, deje que cobren vida en mi alma la peculiares imágenes que en años anteriores me han entretenido con frecuencia. Esta noche les prometo un cuento fabuloso por

medio del cual ustedes se acordarán de nada y de todo».

Gustosamente se permitió al anciano salir, pues todos esperaban recoger algunas de las novedades de Federico, y noticias sobre lo que entretanto había ocurrido.

JUNTO AL gran río, que acababa de crecer y de desbordarse por una fuerte lluvia, yacía en su pequeña choza, cansado por el esfuerzo del día, el viejo barquero, y dormía. En medio de la noche lo despertaron algunas voces fuertes; oyó que unos viajeros querían ser pasados al otro lado.

Cuando salió a la puerta vio dos grandes fuegos fatuos que flotaban sobre el bote que estaba atado al muelle y que le aseguraron que tenían mucho apuro y que deseaban estar ya en la otra orilla. El viejo no dudó; empujó el bote y atravesó el río con su habitual habilidad; entretanto los extraños cuchicheaban en un lenguaje desconocido y muy rápido, de tanto en tanto prorrumpían en una sonora carcajada; y saltaban ya sobre los bordes y bancos, ya sobre piso del bote, de un lado para el otro.

«¡El bote se balancea!», gritó el viejo; «si sois tan inquietos, se puede tumbar, ¡sentaos, luces!».

Esta orden les arrancó una gran carcajada; se burlaron del anciano y estuvieron todavía más inquietos que antes. Él soportó con paciencia sus malos modales y llegó pronto a la otra orilla.

«¡Aquí tenéis por la molestia que os habéis tomado!», exclamaron los viajeros y, mientras se sacudían, cayeron muchas resplandecientes monedas de oro en el húmedo bote. «¡Por Dios!, ¿qué hacéis?», gritó el viejo. «¡Me causáis la mayor desgracia! Si se cayera una sola moneda al agua el río, que no puede tolerar a este metal, se levantaría formando horribles olas, me devoraría a

mí y devoraría al bote. ¡Y quién sabe qué habría sido de vosotros! ¡Recoged de nuevo vuestro dinero!».

«No podemos recoger nada que hayamos sacudido» replicaron aquéllos.

«Entonces me causáis todavía la molestia», dijo el viejo mientras se agachaba y juntaba en su gorra las monedas de oro, «de tener que recogerlas, llevarlas a tierra y enterrarlas».

Los fuegos fatuos habían saltado del bote y el viejo gritó: «¿Dónde está mi paga?».

«¡El que no acepta oro, que trabaje de balde!» exclamaron las luces malas.

—«Tenéis que saber que a mí sólo se me puede pagar con frutos de la tierra».

—«¿Con frutos de la tierra? Los despreciamos y nunca hemos gustado de ellos». —«Y sin embargo no puedo dejaros ir antes de que me prometáis entregarme tres repollos, tres alcachofas y tres cebollas grandes».

Los fuegos fatuos, bromeando, quisieron escabullirse; pero se sintieron indescriptiblemente atadas al suelo; fue la más desagradable sensación que hayan tenido jamás. Prometieron satisfacer a la brevedad la exigencia de él; los dejó ir y desatracó el bote. Ya se había alejado bastante cuando le

gritaron: «¡Eh viejo! ¡Oíd, viejo! ¡Hemos olvidado lo más importante!». Él estaba lejos y no los oía. Se había dejado llevar aguas abajo por el mismo lado del río, a un lugar escarpado que nunca podía ser alcanzado por el agua y donde pensaba enterrar el peligroso oro. Allí, entre altas rocas, encontró un abismo enorme, arrojó el oro adentro y regresó a su choza.

En dicho abismo se encontraba la bella serpiente verde que, al oír el ruido que producían las monedas al caer, despertó de su sueño. No alcanzó a ver los luminosos discos cuando ya en el acto, y con gran avidez, los devoró; y

buscó todas las monedas que se habían desparramado en los matorrales y entre las grietas de las rocas.

No bien estuvieron tragadas, sintió ella, con la más agradable sensación, cómo el oro se derretía en sus entrañas y se difundía por todo su cuerpo, y para gran alegría suya notó que se había vuelto transparente y luminosa. Durante mucho tiempo se le había asegurado ya que era posible que pasara esto, pero como tenía dudas de si esta luz podía durar mucho, la curiosidad y el deseo de asegurarse para el futuro la impulsaron a salir de la roca para averiguar quién podía ser el que había desparramado el

bello oro. No encontró a nadie. Tanto más agradable le resultó, mientras reptaba entre hierbas y arbustos, admirarse a sí misma, y la agradable luz que difundía por el fresco verde. Todas las hojas parecían ser de esmeralda, todas las flores estaban magníficamente transformadas. En vano recorrió la solitaria selva; pero más aumentó su esperanza cuando llegó a la llanura y vio desde lejos un resplandor que era semejante al suyo. «¡Por fin encuentro algo semejante a mí!», exclamó y se encaminó de prisa hacia el lugar. No hizo caso de la incomodidad que significaba reptar por pantanos y

cañaverales; pues aunque pretería vivir en secas planicies montañosas, en elevadas grietas rocosas, gustaba con placer de aromáticas hierbas, y solía apagar su sed con el delicado rocío y con las frescas aguas de los manantiales, sin embargo, a causa del querido oro, por la esperanza de la luz maravillosa, habría emprendido todo lo que se le impusiera.

Muy cansada llegó por fin a un cañaveral húmedo donde nuestros dos fuegos fatuos, de un lado para el otro, jugaban. Se lanzó hacia ellos, los saludó y se alegró de encontrar a dos agradables señores de su parentela. Los

fuegos volaron hacia ella, saltaron por encima de ella y rieron a su manera. «Señora tía», dijeron, «si usted pertenece a la línea horizontal, eso no tiene nada que ver, en realidad somos parientes por parte del brillo, pues vea usted.» —aquí los dos fuegos, sacrificando toda su anchura, se hicieron tan largas y delgadas cuanto les era posible—, «¡cuan bien nos queda a nosotros, señores de la línea vertical, esta esbelta largura! No nos tome esto a mal, amiga mía, ¿qué familia puede jactarse de lo mismo? Desde que hay fuegos fatuos, ninguno se ha sentado ni se ha echado nunca».

La serpiente se sintió muy incómoda en presencia de estos parientes; pues por más que levantara la cabeza cuanto quisiera, sentía que tenía que inclinarla de nuevo hacia la tierra para moverse de ese lugar, y si antes, en medio de la oscura floresta, le había agradado extraordinariamente, su resplandor parecía disminuir a cada momento en presencia de estos primos, temía que finalmente se apagara por completo.

En medio de esta perplejidad preguntó de prisa si los señores no le querrían acaso informar de dónde procedía el oro que poco antes había caído en la cima rocosa; ella suponía

que se trataba de una lluvia de oro caída inmediatamente del cielo. Los fuegos fatuos se rieron y se sacudieron; a su alrededor cayeron una cantidad de monedas de oro. La serpiente se apresuró a devorarlas. «¡Buen provecho, señora tía», dijeron los atentos señores; «todavía podemos servir más!». Se sacudieron todavía varias veces más con gran velocidad, de tal manera que la serpiente apenas tuvo tiempo de tragar la preciosa comida. Su brillo empezó a crecer visiblemente, resplandecía en realidad magníficamente, mientras que los fuegos fatuos se habían vuelto bastante escuálidos y pequeños, sin

perder sin embargo nada de su buen humor.

«Estoy eternamente agradecida con vosotros», dijo la serpiente luego de que pudo tomar aliento no bien hubo comido; «¡pedid de mí lo que queráis!, estoy dispuesta a hacer por vosotros lo que me permitan las fuerzas».

«¡Muy bien!», gritaron los fuegos fatuos; «di dónde vive la bella azucena. ¡Llévanos tan rápido como sea posible al palacio y al jardín de la bella azucena! Morimos de impaciencia por echarnos a sus pies».

«Este servicio», replicó la serpiente con un profundo suspiro, «no os lo

puedo hacer inmediatamente. La bella azucena vive, por desgracia, más allá del agua». —«¿Más allá del agua? ¿Y nos hacemos trasportar en medio de esta noche tormentosa?

»¿Cuán cruel es el río que nos separa ahora! ¿No ha de ser posible que llamemos de nuevo al viejo?».

«Se molestarían en vano», contestó la serpiente, «pues aun cuando lo encontraron en esta orilla, él no los embarcaría, le está permitido traer gente de allí para aquí, pero no llevar de aquí para allí». —«¿Lucidos estamos! ¿No hay otro medio para pasar por el agua?»— «Varios más, pero no en este

momento. Yo misma puedo trasladar a los señores, pero sólo al mediodía». —«Ésa es una hora en la que no nos gusta viajar»—. «Entonces pueden viajar de noche por la sombra del gigante». —«¿Cómo se hace eso?»—. «El enorme gigante que vive no lejos de aquí no puede hacer nada con su cuerpo; sus manos no levantan ni una brizna de paja, sus hombros no soportarían ni un hato de ramas; pero su sombra tiene mucho poder, puede todo. Por eso es que, al salir y al ponerse el sol es cuando más tiene fuerza, y así es como uno hacia el atardecer sólo se puede sentar en la nuca de su sombra; entonces

el gigante se desplaza quedamente hacia la orilla, y la sombra trae al caminante del otro lado del agua. Pero si quieren encontrarse hacia el mediodía en aquel rincón del bosque en donde el matorral da directamente a la orilla, los puedo trasladar y presentar a la bella azucena. Pero si a ustedes no les gusta el calor del mediodía, busquen entonces hacia el atardecer, en aquella ensenada rocosa, al gigante que seguramente se mostrará complacido».

Con una ligera inclinación se alejaron los jóvenes señores y la serpiente estuvo contenta de poder librarse de ellos, en parte para

regocijarse de su propia luz, en parte para satisfacer una curiosidad que ya durante un tiempo prolongado la había atormentado.

En las cimas rocosas en las que ella solía deslizarse de cuando en cuando, había hecho un raro descubrimiento en determinado lugar. Pues aunque estaba obligada a arrastrarse por estos abismos sin una luz, el sentimiento, sin embargo, le permitía distinguir bien los objetos. Sólo de la naturaleza: ya reptaba por entre las puntas de grandes cristales, ya sentía los ganchos y los cabellos de la plata pura y sacaba a la luz una u otra piedra preciosa. Pero, para su gran

asombro, había sentido mano formadora del hombre. Paredes lisas por las que ella no podía subir, bordes cortantes, agudos, regulares, columnas bien hechas y, lo que le resultaba más extraño, figuras humanas en torno a las cuales se había enrollado varias veces y a las que consideraba de bronce o mármol muy pulido. Deseaba por fin captar todas estas experiencias con el sentido de la vista, y confirmar lo que sólo suponía. Se creía capaz de iluminar con su propia luz esta maravillosa bóveda subterránea, y esperaba llegar a conocer perfectamente, de una sola vez, estos extraños objetos. Se apuró y pronto

encontró en el camino de costumbre las grietas por las que solía deslizarse dentro del santuario.

Una vez que se encontró en el lugar miró con curiosidad a su alrededor, y aunque su brillo no podía iluminar todos los objetos de la rotonda, pudo ver con bastante claridad los que estaban más cerca. Con asombro y reverencia levantó la vista hacia un resplandeciente nicho en el que se encontraba la estatua de un venerable rey en oro puro. Según su medida era mayor que el tamaño humano, pero la figura humana que representaba era más bien la de un hombre pequeño, que no grande. Su

cuerpo bien formado estaba cubierto por una sencilla capa, y una guirnalda hecha con ramas de roble apretaba sus cabellos.

Apenas había la serpiente comenzado a contemplar esta venerable estatua, cuando el rey empezó a hablar y preguntó: «¿De dónde vienes?». —«De las cimas», replicó la serpiente, «en las que habita el oro». —«¿Qué es más magnífico que el oro?», preguntó el rey. «La luz», contestó la serpiente. «¿Qué es más reconfortante que la luz?», preguntó aquél. «La conversación», contestó ésta.

Mientras estaban hablando ella había mirado de reojo hacia el próximo

nicho y había visto otra estatua magnífica. En éste se encontraba un rey de plata de cuerpo esbelto y más bien escuálido, estaba cubierto con vestiduras muy adornadas, tenía adornados con piedras preciosas la corona, el cinturón y el cetro; tenía la alegría del orgullo en su rostro y parecía disponerse a hablar cuando, de pronto, una veta oscura que corría por la pared de mármol se iluminó de pronto y difundió una luz agradable por todo el templo. Con esta luz la serpiente vio al tercer rey que, con su enorme figura de bronce, estaba sentado, se apoyaba sobre su maza, estaba adornado con una

corona de laurel y parecía ser más una roca que un hombre. Quiso ver en dirección hacia el cuarto, que estaba a gran distancia de ella, pero el muro se abrió debido a que la veta iluminada zigzagueó como un relámpago y desapareció.

Un hombre de mediana estatura, que salió en ese momento atraído hacia sí la atención de la serpiente. Estaba vestido como un campesino y llevaba en la mano una pequeña lámpara cuya quieta llama uno sentía placer de mirar y que, de un modo maravilloso, sin arrojar ni una sola sombra, iluminaba toda la catedral.

«¿Por qué vienes, si nosotros

tenemos luz?», preguntó el rey de oro. —«Sabéis muy bien que no me está permitido iluminar lo oscuro.»— «¿Termina mi reino?», preguntó el rey de plata. «Tarde o nunca». Replicó el viejo.

Con voz fuerte empezó a preguntar el rey de bronce: «¿Cuándo me levantaré?». «Pronto» replicó el anciano. «¿Con quién debo unirme?», preguntó el rey. «Con tu hermano mayor», dijo el anciano. «¿Qué pasará con el menor?», preguntó el rey. «Se sentará», dijo el anciano.

«No estoy cansado», exclamó el cuarto rey con una voz áspera,

balbuceante.

Mientras aquéllos hablaban, la serpiente se había deslizado quedamente por el templo, había contemplado todo y observaba ahora desde cerca al cuarto rey. Estaba apoyado en una columna y su considerable corpulencia era más bien pesada que bella. Sólo que el metal del que estaba hecha su estatua no se podía distinguir bien. Observándolo bien era una mezcla de tres metales, de los tres de los que estaban formados sus hermanos. Pero parecía que al fundirse estas materias no se habían combinado bien: vetas de oro y plata pasaban irregularmente a través de una masa de

bronce y daban a la estatua un aspecto desagradable.

Entretanto el rey de oro dijo al hombre: «¿Cuántos secretos sabes?». —«Tres», replicó el anciano. «¿Cuál es el más importante?», preguntó el rey de plata. «El que está patente», replicó el anciano. «¿Quieres revelárnoslo también a nosotros?», preguntó el de bronce. «En cuanto sepa el cuarto», dijo el anciano. «¿Qué me importa a mí!», murmuró el agazapado rey.

«Yo sé el cuarto», dijo la serpiente, se acercó al viejo y le susurró algo al oído. «¡Ya es tiempo!», exclamó el anciano con fuerte voz. El templo

resonó, las columnas metálicas también produjeron un sonido, y en ese instante el anciano se hundió hacia el oeste y la serpiente hacia el este, y cada uno atravesó a gran velocidad el abismo de rocas.

Todos los corredores por los que pasaba el viejo se llenaban detrás de él inmediatamente con oro; pues su lámpara tenía la maravillosa propiedad de transformar toda piedra en oro, toda madera en plata, animales muertos en piedras preciosas, y de aniquilar todos los metales. Pero para manifestar este efecto tenía que brillar totalmente sola; si había junto a ella otra luz, aparecía

sólo como un bello y claro resplandor, y todo lo viviente era siempre reconfortado por él.

El viejo entró en su choza, construida al pie de la montaña, y encontró a su mujer en medio del mayor contento. «¡Cuan desdichada soy!», exclamaba, «¡yo no te quería dejar ir hoy día!». «¿Qué ocurre?», preguntó el viejo, totalmente tranquilo.

«Apenas te fuiste», dijo ella sollozando, «cuando se presentaron ante la puerta dos impetuosos peregrinos; desprevenida los dejo entrar, parecen personas buenas y decentes; estaban vestidos con ligeras llamas, se los

habría podido considerar fuegos fatuos. No bien entran en la casa, comienzan a halagarme con sus palabras de una desvergonzada manera, y se vuelven tan importunos que me avergüenzo de pensar en ello».

«Y bien», replicó el hombre sonriendo, «esos señores han de haber bromeado, pues de acuerdo con tu edad habrían tenido que actuar con la acostumbrada cortesía».

«¡Qué edad, qué edad!», exclamó la mujer, «¡siempre he de tener que oír hablar de mi edad! ¿Qué edad tengo? ¡Acostumbrada cortesía! Yo sé lo que sé. Y mira a tu alrededor, el aspecto que

tienen las paredes, mira sólo las viejas piedras que desde hace cien años he dejado de ver: se han tragado todo el oro, y no sabes con qué celeridad; y aseguraban sin cesar que tenía mejor gusto que el oro común. Una vez que hubieron limpiado las paredes parecieron de muy buen ánimo y, ciertamente, en muy poco tiempo se hicieron mucho más grandes, anchos y brillantes. Comenzaron entonces de nuevo con sus diabluras, me volvieron a acariciar, me llamaron su reina, se sacudieron y desparramaron una cantidad de monedas de oro; las puedes ver todavía, cómo brillan allí debajo del

banco. Pero, por desgracia, nuestro Mops se comió algunas, y míralo ahora muerto junto al hogar, ¡pobre animal!, no me puedo consolar. Lo vi sólo después de que ellos se hubieran ido, pues de lo contrario no habría prometido pagar lo que ellos debían al barquero». —«¿Qué debían?», preguntó el viejo. «Tres repollos», dijo la mujer, «tres alcachofas y tres cebollas, cuando se haga de día he prometido llevar estas cosas al río».

«Puedes complacerlos», dijo el viejo; «pues en algún momento nos van a volver a prestar un servicio».

«No sé si nos van a prestar un

servicio; pero lo han prometido y afirmado».

Ínterin se apagó el fuego de la chimenea; el viejo cubrió las brasas con mucha ceniza, hizo a un lado las brillantes monedas de oro, y su lamparita volvió a brillar sola con el más bello resplandor, las paredes se cubrieron de oro y el Mops se transformó en el más bello ónix que se pueda imaginar. La combinación de color marrón y negro que caracteriza a la preciosa piedra, lo transformó en la más rara obra de arte.

«Toma tu canasta», dijo el viejo, «y pon adentro el ónix; toma luego los tres

repollo, las tres alcachofas y las tres cebollas, ponlas alrededor y llévalas al río. ¡Hacia el mediodía haz que la serpiente se traslade y visita a la bella azucena, llévale el ónix! Al tocarlo, ella le dará vida, así como con su contacto mata todo lo viviente; encontrará un fiel compañero en él. Dile que no debe entristecerse, su redención se aproxima; ella podría considerar la peor desgracia como la mayor suerte, pues ya es tiempo».

La vieja tomó su canasta y, cuando se hizo de día, se puso en camino. El sol naciente iluminaba con su claridad el río, que resplandecía a lo lejos, la mujer

caminaba con lentos pasos, pues la canasta le oprimía la cabeza, y no era el ónix lo que así le pesaba. No sentía todo lo muerto que llevaba; más bien el canasto se levantaba y flotaba sobre su cabeza. Pero llevar una verdura fresca o un pequeño animal viviente, era para ella excesivamente pesado. Disgustada había caminado durante un tiempo cuando de pronto se detuvo asustada; por poco no había pisado la sombra del gigante que se extendía por la llanura hasta donde estaba ella. Y vio entonces cómo el enorme gigante que se había bañado en el río, salía del agua, y no sabía cómo lo iba a eludir. No bien la

vio, él empezó a saludarla en broma, y las manos de su sombra tomaron inmediatamente el canasto. Con rapidez y habilidad agarraron un repollo, una alcachofa y una cebolla y los llevaron a la boca del gigante, que inmediatamente siguió río arriba y dejó libre el camino a la mujer.

Ella pensó si no era mejor que volviera y buscara en su huerta las hortalizas que ahora le faltaban, y siguió caminando en medio de estas dudas, de modo que pronto llegó a la orilla del río. Largo tiempo estuvo sentada esperando al barquero al que vio finalmente acercarse con un curioso

viajero. Un hombre joven, noble, bello que ella no se cansó de contemplar, bajó del bote.

«¿Qué traéis?», gritó el viejo. «Son las verduras que os deben los fuegos fatuos», replicó la mujer y mostró su mercadería. Cuando el viejo sólo encontró dos ejemplares de cada especie se enojó y aseguró que no los podía aceptar. La mujer le suplicó con insistencia, le contó que ahora no podía ir a casa y que la carga le resultaba pesada para el camino que tenía ante sí. Él insistió en su respuesta negativa al asegurarle que ni siquiera dependía de él. «Tengo que juntar y dejar durante

nueve horas lo que me corresponde; y no me está permitido aceptar nada antes de haber dado un tercio al río». Luego de muchas réplicas dijo finalmente el viejo: «Hay todavía un medio. Si vos os hacéis fiadora ante el río y os proclamáis su deudora, entonces me llevo estas seis verduras, pero hay cierto peligro en ello». —«¿Pero si cumplo con mi palabra no corro ningún peligro?». «Ni el más mínimo. Meted vuestra mano en el río», prosiguió el viejo, «y prometed que en veinticuatro horas vais a pagar la deuda».

Así lo hizo la anciana; pero ¡cuánto se asustó cuando al sacar la mano del

agua vio que estaba negra como el carbón! Insultó vehementemente al viejo, aseguró que las manos habían sido siempre lo más bello que ella tenía y que ella, a pesar del duro trabajo, había sabido conservar blancos y delicados estos nobles miembros. Observó su mano con gran enojo y exclamó desesperada: «¡Pero esto es peor todavía!, veo que se ha reducido, está mucho más pequeña que la otra».

«Ahora sólo parece así», dijo el viejo; «pero si no cumplís con la palabra dada, puede ser cierto. La mano se irá achicando poco a poco y finalmente desaparecerá por completo

sin que os privéis de visarla. Podréis hacer todo con ella, sólo que nadie la verá». «Preferiría que no pudiera pasarla y que nadie me notara esto», dijo la anciana, «por lo demás ello no significa nada: cumpliré con mi palabra para librarme de esta piel negra y de esta preocupación». Con prisa tomó ella el canasto, que sólo se elevó sobre la coronilla de ella y se cernió libremente en las alturas, y la anciana se encaminó de prisa en dirección al joven que quedamente y ensimismado caminaba junto a la orilla. Su magnífica figura y su extraña ropa se le habían grabado profundamente al anciano.

Tenía el pecho cubierto con una armadura resplandeciente a través de la cual se movían todas las partes de su bello cuerpo. De los hombros le colgaba un manto de púrpura, flotaban en torno a su cabeza descubierta los bellos rizos de sus cabellos castaños; su agraciado rostro estaba expuesto a los rayos del sol, lo mismo que sus bien formados pies. Descalzo marchaba tranquilamente por la abrasadora arena, y el profundo dolor parecía embotar todas las impresiones exteriores.

«Señor mío», replicó en cambio la mujer, «no es correcto que después de que habías rechazado mis preguntas con

unos cuantos monosílabos, queráis averiguar con semejante vehemencia mis secretos. Si queréis que hagamos un trueque y me contáis vuestro destino, no os ocultaré entonces lo que pasa conmigo y con mi regalo». Pronto se pusieron de acuerdo; la mujer le confió sus secretos, la historia del perro, y dejó que él contemplara el maravilloso regalo.

Él sacó del canasto inmediatamente la obra de arte natural, tomó al Mops, que parecía descansar tranquilamente, en sus brazos. «¡Feliz animal!», exclamó, «vas a ser tocado por sus manos, vas a ser animado por ella,

mientras que seres vivientes huyen de ella para no sufrir un destino triste. Pero ¿qué digo, triste? ¿No es mucho más afligente y doloroso ser paralizado por su presencia, que lo que sería morir en manos de ella? ¡Mírame!», dijo la anciana; «a mi edad, ¡qué desdichada situación tengo que soportar! Esta armadura que he llevado con honor en la guerra, esta púrpura que traté de ganarme gobernando sabiamente..., me las ha dejado el destino; a aquélla como una carga innecesaria, a ésta como un adorno sin significado. La corona, el cetro y la espada han quedado atrás; estoy, por lo demás, tan desnudo y

necesitado como cualquier otro habitante de la tierra, pues sus bellos ojos azules tienen un efecto tan desdichado que quitan la fuerza a todo ser viviente, y que aquéllos a los que no mata el contacto de su mano, se sienten trasladados al estado de sombras vivientes».

Así es como él siguió quejándose y no satisfizo en absoluto la curiosidad de la anciana, que quería ser informada no tanto respecto a la situación íntima de él, cuanto a su situación exterior. No se enteró ni del nombre del padre de él, ni de el de su reino. Acarició él al duro Mops, al cual los rayos del sol y el

cálido pecho del joven le habían comunicado calor, como si viviera. Preguntó mucho por el hombre que llevaba la lámpara y por el efecto que producía la luz sagrada, y pareció que esperaba de ello muchas cosas buenas, en lo futuro, para su triste situación.

En medio de estas conversaciones vieron desde lejos el arco majestuoso del puente que se extendía desde una orilla a la otra: brillaba maravillosamente bajo el resplandor del sol. Ambos se sorprendieron, pues nunca habían visto tan magnífica a esta construcción. «¡Qué!», exclamó el príncipe, «¿no era ya suficientemente

bella cuando se presentaba a nuestra vista como si estuviera hecha de jaspe y cuarzo? ¿No hay que tener miedo de pisarla ahora, que se presenta compuesta de esmeralda, crisoprasa y crisolita, con la más agradable variedad?». Ninguno de los dos conocía la transformación que había padecido la serpiente, pues era la serpiente la que, cada mediodía, se extendía sobre el río y permanecía allí con la forma de un osado puente. Los caminantes la pisaron con respeto y cruzaron en silencio.

No bien estuvieron en la otra orilla el puente empezó a vacilar y a moverse, al poco rozó la superficie del agua; y la

verde serpiente, con su acostumbrada forma, siguió por la tierra a los caminantes. Apenas agradecieron éstos el permiso a pasar por la espalda de ella sobre el río, cuando notaron que fuera de ella los acompañaban otras tres o más personas a las que, sin embargo, no podían ver con sus ojos. Oían junto a sí un cuchicheo al que la serpiente respondía como con otro cuchicheo; prestaron atención y, finalmente, pudieron oír lo siguiente: «Primero», dijeron unas cuantas voces cambiantes, «vamos a inspeccionar de incógnito el parque de la bella azucena, y os solicitamos que, en cuanto comience la

noche, no bien estemos presentables, nos llevéis ante la perfecta belleza. Nos encontraréis a la orilla del gran lago». «De acuerdo», contestó la serpiente, y un sonido siseante se perdió en el aire.

La locuaz anciana trató de entablar con él una conversación; pero él le informó poco con breves palabras, de modo que ella finalmente se cansó, a pesar de los bellos ojos de él, de dirigirle en vano la palabra; se despidió de él y dijo: «A mi ver andáis muy lentamente, señor mío; no puedo perder la oportunidad de cruzar el río sobre la serpiente verde, y de llevarle a la bella azucena el magnífico regalo de mi

marido». Luego de estas palabras se alejó de prisa, y con la misma celeridad se animó el bello joven y la siguió pisándole los talones. «¡Vais a lo de la bella azucena!», exclamó, «tenemos entonces el mismo camino. ¿Qué clase de regalo lleváis?».

Nuestros tres peregrinos se pusieron de acuerdo entonces respecto al orden en que se presentarían a la belleza; pues, aunque hubiera muchas personas alrededor de ellas, sólo les estaba permitido ir y venir individualmente para no sufrir sensibles dolores.

La mujer que llevaba en el canasto el perro transformado fue la primera en

acercarse al jardín y visitar a su bienhechora, a la que se podía encontrar fácilmente porque en ese momento estaba cantando con acompañamiento de arpa. Los dulces sonidos se manifestaban primero como círculos en la superficie del sereno lago y, después, como un ligero soplo, ponían en movimiento el pasto y los matorrales. En un lugar verde y cerrado, a la sombra de un magnífico grupo de diversos árboles, estaba sentada ella y, a la primera vista hechizó de nuevo los ojos, los oídos y el corazón de la mujer, que se acercó extasiada y se hizo a sí misma el juramento de que la belleza, durante su

ausencia, se había vuelto más y más bella. Ya desde lejos saludó y alabó la buena mujer a la amable muchacha: «¡Qué dicha, la de versos! ¡Qué cielo es el que extiende tu presencia a tu alrededor! ¡Con cuánto encanto se apoya el arpa en tu seno, cuán suavemente la rodean vuestros brazos, cómo parece ella anhelar vuestro pecho, y cuán delicadamente suena al contacto de vuestros delgados dedos! ¡Oh, joven triplemente feliz, que has podido ocupar su lugar!».

Mientras decía estas palabras se había acercado más; la bella azucena abrió los ojos, dejó caer las manos y

replicó: «¡No me aflijas con inoportunas alabanzas! Me hacen sentir con más fuerza mi desdicha. Mira, aquí a mis pies está muerto el pobre canario que otrora acompañaba mis canciones de la más agradable manera. Estaba acostumbrado a posarse sobre mi arpa y, cuidadosamente amaestrado, a no tocarme. Hoy, mientras yo, luego de un sueño reparador, entonaba un sereno canto matinal y mi pequeño cantor hacía oír más alegre que nunca sus armónicos sonidos, se precipita un azor sobre mi cabeza; el pobre animalito, espantado, se refugia en mi pecho y, en ese momento, siento los últimos

estremecimientos de su vida feneciente. Alcanzado por mi mirada cae por cierto el ladrón, vencido, al agua; pero ¿de qué me sirve su castigo? ¡Mi preferido está muerto, y su tumba sólo acrecentará el triste matorral de mi jardín!».

«¡Animaos, bella azucena!», exclamó la mujer mientras ella misma se secaba unas lágrimas que le había hecho saltar de los ojos el relato de la desdichada muchacha; «¡recobraos! Mi viejo os manda a decir que debéis contener vuestra tristeza y considerar la máxima desgracia como precursora de la máxima felicidad, pues es tiempo. Y realmente», prosiguió la anciana, «hay

muchas cosas extrañas en el mundo. ¡Mirad no más ni mano, cómo se ha puesto negra! ¡Realmente, ya está mucho más pequeña, tengo que apresurarme antes de que desaparezca del todo! ¿Por qué he de ser complaciente con los fuegos fatuos, por qué he de salir al encuentro del gigante y por qué he de hundir mi mano en el río? ¿No me podéis dar un repollo, una alcachofa y una cebolla? Los llevaré al río y mi mano se pondrá blanca como antes, de tal manera que casi la podría sostener a la par de la vuestra».

«Todavía podrías encontrar, ciertamente, repollos y cebollas; pero en

vano buscas alcachofas. Ninguna de las plantas de mi gran jardín tiene ni flores ni frutos; pero toda rama que quiebro y planto sobre la tumba de un preferido, verdea enseguida y echa brotes. Por desgracia he visto crecer todos estos grupos, estos matorrales, estos sotos. Las pantallas de estos pinos, los obeliscos de estos cipreses, los colosos de hayas y encinas, todos fueron pequeñas ramas, plantadas como triste argumento de mi mano en un suelo por lo demás estéril».

La vieja había prestado poca atención a estas palabras y sólo había contemplado su mano que, en presencia

de la bella azucena, parecía volverse cada vez más negra y, de minuto en minuto, más pequeña. Quiso tomar su canasto y alejarse de prisa, cuando de pronto sintió que había olvidado lo mejor. Sacó en el acto al perro transformado y lo colocó sobre el pasto no lejos de la belleza. «Mi marido» dijo «os envía este recuerdo; sabéis que, tocándola, podéis dar vida a esta preciosa piedra. El lindo y fiel animal os dará ciertamente mucha alegría, y la tristeza de perderlo sólo puede para mí aminorarse por el hecho de que lo tenéis VOS».

La bella azucena vio con placer al

lindo animal y, según parecía, también con asombro. «Coinciden muchas señales», dijo ella, «que me inspiran alguna esperanza, pero ¡ay!, ¿no es una mera ilusión de nuestra naturaleza el que nos imaginemos que, cuando se juntan muchas desgracias, está cerca lo mejor?

*»¿De qué me sirven las muchas señales buenas?*

*»¿La muerte del pájaro, la mano negra de la amiga?*

*»¿El Mops de piedras preciosas, tiene algo que se le parezca?*

*»¿Y no me lo ha enviado la lámpara?*

*»Alejado del dulce gozo humano*

*»sólo con el dolor me he*

*familiarizado.*

*»¡Ay!, ¡por qué no se encuentra el*

*templo junto al río!*

*»¡Ay!, ¡por qué no se ha construido*

*el puente!».*

Con impaciencia había escuchado esta canción la buena mujer, canción que la bella azucena acompañaba con los agradables sonidos de su arpa y que a cualquier otro habría encantado. En el momento en que quería despedirse la detuvo la llegada de la serpiente verde. Ésta había escuchado los últimos versos

de la canción y, por ello, inmediatamente le infundió ánimo a la bella azucena.

«¡Se ha cumplido la profecía del puente!», exclamó; «preguntad sólo a esta buena mujer cuán magnífico se presenta el arco en este momento. Lo que otrora era jaspe opaco, lo que era mero cuarzo que sólo por los bordes era penetrado por la luz, se ha transformado ahora en transparente piedra preciosa. ¡No hay berilo que sea tan claro, ni esmeralda que tenga tan bellos colores!».

«Os deseo suerte», dijo azucena; «perdonadme solamente si no creo que

la profecía se haya cumplido. Sobre el elevado arco de vuestro puente sólo pueden andar los peatones, y se nos ha prometido que han de ir y volver por el puente, simultáneamente, caballos, coches y viajeros de todo tipo. ¿No se ha profetizado acaso respecto a los grandes pilares que han de surgir del mismo río?».

La anciana había mantenido invariablemente fijos los ojos en la mano; interrumpió a esta altura la conversación y se despidió. «Quedaos un momento todavía», dijo la bella azucena, «¡y llevad mi pobre canario! Pedidle a la lámpara que lo transforme

en un bello topacio; tocándolo le daré vida, y él, junto con vuestro buen Mops, será mi mejor pasatiempo; pero ¡apresuraos cuanto podáis!, pues cuando se ponga el sol el cuerpo del pobre animal sufrirá una insoportable descomposición, y para siempre se desgarrará la bella armonía de su imagen».

La anciana puso el pequeño cadáver entre las delicadas hojas, dentro del canasto, y partió de prisa.

«Sea de ello lo que fuere», dijo la serpiente mientras proseguía la conversación interrumpida, «el templo ya está edificado».

«Pero todavía no está junto al río», replicó la belleza.

«Todavía descansa en las profundidades de la tierra», dijo la serpiente, «he visto a los reyes y he hablado con ellos».

«Pero ¿cuándo se levantarán?», preguntó azucena.

La serpiente replicó: «Oí resonar en el templo las grandes palabras: “Ya es tiempo”».

Una agradable alegría se extendió por el rostro de la belleza. «Pues si hoy escucho», dijo, «por segunda vez las felices palabras; ¿cuándo será el día en que las escuche tres veces?».

Se levantó, y en el acto salió del soto una encantadora doncella que le tomó el arpa. Le siguió otra que plegó la silla de marfil labrado sobre la que había estado sentada la belleza, y que tomó bajo el brazo el almohadón de plata. Una tercera, que llevaba una gran sombrilla bordada con perlas, se mostró de inmediato, a la espera de si la azucena necesitaba de ella en su paseo. Estas tres doncellas eran bellas y encantadoras más que lo que se puede expresar, y sin embargo aumentaban todavía más la belleza de la azucena, pues todos tenían que reconocer que no se podían en absoluto comparar con

ella.

Con complacencia había contemplado entretanto la bella azucena al maravilloso Mops. Se inclinó, lo tocó, y en ese instante él dio un salto. Vivamente miró a su alrededor, corrió de un lado para el otro y, finalmente, se apresuró a saludar a su bienhechora muy amistosamente. Ella lo tomó en sus brazos y lo estrechó contra sí. «Aunque seas frío», exclamó, «y aunque sólo a medias haya vida en ti, me eres bienvenido, con ternura te he de amar, he de bromear graciosamente contigo, te he de acariciar amistosamente y te he de estrechar con firmeza contra mi

corazón». Inmediatamente lo soltó, lo echó de sí, lo volvió a llamar, jugó graciosamente con él y se movió tan animosa e inocentemente con él sobre el pasto, que era preciso contemplar su alegría con renovado encanto y participar de ella, así como poco antes su tristeza había despertado la compasión de todo corazón.

Esta alegría, estas agradables jugarretas, fueron interrumpidas por la llegada del joven triste. Entró tal como lo conocemos; sólo que parecía que el calor del día lo había extenuado todavía más, y, en presencia de la amada, se fue poniendo, a cada momento, más y más

pálido. Tenía en la mano el azor que estaba serenamente posado como una paloma y dejaba colgar las alas.

«No es muy amistoso de tu parte», exclamó azucena, «que me pongas ante los ojos el odioso animal, el monstruo que ha matado hoy a mi pequeño cantor».

«¡No increpes al desdichado pájaro!», replicó el joven; «acúsate más bien a ti misma y al destino, y concédeme que haga compañía al camarada de mi miseria».

Entretanto Mops no dejaba de acariciar a la belleza, y ella respondía al transparente preferido con el más

amistoso comportamiento. Palmoteaba para ahuyentarlo; luego corría para atraerlo de nuevo a sí. Trataba de atraparlo cuando se escabullía, y lo echaba de sí cuando él intentaba estrecharse contra ella. El joven contemplaba esto en silencio y con creciente disgusto, pero, finalmente, cuando ella tomó en sus brazos al feo animal, que a él le resultaba decididamente repugnante, lo oprimió contra su blanco pecho, y besó con sus celestiales labios el negro hocico, él perdió la paciencia y exclamó lleno de desesperación: «Yo, que por un triste destino tengo que vivir en tu presencia

separado quizá para siempre, que al perderte a ti me he perdido a mí mismo, he perdido todo, ¿tengo yo que ver con mis ojos que un engendro tan contrahecho te dé alegría, suscite tu afecto y pueda gozar de tus abrazos? ¿He de seguir por más tiempo yendo de un lado para el otro y como trazando un triste círculo desde el río y hacia el río? ¡No, todavía hay en mi pecho una chispa del viejo heroísmo; en este instante se levanta y forma la última llama! Si las piedras pueden descansar en tu pecho, que me transforme en piedra; si tu contacto mata, quiero morir en tus manos».

Al decir estas palabras hizo un movimiento violento, el azor voló de su mano, pero él se precipitó hacia la belleza, ella extendió la mano para detenerlo y lo tocó así más pronto. Él perdió la conciencia y, con horror, ella sintió sobre su pecho la bella carga. Dando un grito se apartó ella, y el querido joven se desplomó exánime por entre los brazos de ella sobre la tierra.

¡Había ocurrido la desgracia! La dulce azucena estaba parada inmóvil y miraba fijamente el exánime cadáver. Le parecía a ella que el corazón se le había detenido dentro del pecho, y sus ojos no tenían lágrimas. En vano procuró

arrancarle algún gesto amistoso; junto con su amigo, había muerto para ella todo el mundo. Y su muda desesperación no buscaba ayuda, pues no conocía ayuda.

La serpiente se movió en cambio tanto más activamente; parecía buscar una salvación, y sus extraños movimientos sirvieron realmente por lo menos para impedir por un tiempo las inminentes y horribles consecuencias de la desgracia. Trazó con su flexible cuerpo un amplio círculo en torno al cadáver, tomó con los dientes la punta de su cola y se quedó quieta.

No pasó mucho tiempo hasta que se

presentó una de las bellas servidoras de azucena, trajo la ebúrnea silla plegadiza, y obligó a la belleza, con amistosas palabras, a que se sentara, pronto vino la segunda, que llevaba un velo color fuego con el cual más adornó que cubrió la cabeza de su señora; la tercera le entregó el arpa, y no bien hubo estrechado ella contra sí el magnífico instrumento y arrancado de sus cuerdas algunos sonidos, cuando la primera apareció con un claro espejo redondo, se supo frente a la belleza, captó sus miradas y le presentó la más agradable imagen que se puede encontrar en la naturaleza. El dolor acrecentaba su

hermosura; el velo, su encanto, el arpa, su gracia; y por mucho que se deseara ver cambiada su triste situación, se deseaba también retener eternamente su imagen tal como se ofrecía en ese momento.

Mirando serenamente el espejo ya arrancaba melodiosos sonidos de las cuerdas, ya parecía que su dolor aumentaba y que las cuerdas contestaban enérgicamente a su pena. Varias veces abrió la boca para cantar, pero le faltó la voz, mas pronto se desató su dolor en lágrimas, dos doncellas la sostuvieron solícitas en sus brazos, el arpa cayó de su seno; apenas logró asir el instrumento

la rápida servidora, y lo puso a un lado.

«¿Quién nos trae al hombre con la lámpara antes de que se ponga el sol?», susurró quedamente la serpiente, pero de tal manera que se oía, las doncellas se miraron y las lágrimas de azucena aumentaron. En este momento regresó sin aliento la mujer del canasto. «¡Estoy perdida y mutilada!», exclamó; «¡mirad cómo mi mano casi ya ha desaparecido por completo! Ni el barquero ni el gigante me quisieron trasladar, porque soy todavía deudora del agua, en vano he ofrecido cien repollos y cien cebollas, sólo se quiere un ejemplar de cada una de las tres plantas, y en estas

comarcas no se puede encontrar ni una alcachofa.

»¡Olvidad vuestra necesidad», dijo la serpiente, «y tratad de ayudar aquí, quizá al mismo tiempo se os pueda ayudar a vos! Apuraos todo lo que podáis para buscar a los fuegos fatuos; todavía está muy claro para verlos, pero quizá los oís reír y revolotear. Si ellos se apuran el gigante los ha de hacer cruzar el río, y podrán encontrar al hombre de la lámpara y enviarlo».

La mujer se apresuró todo lo que pudo; y la serpiente pareció esperar con la misma impaciencia que la azucena el regreso de ambos. Por desgracia los

rayos del sol poniente doraban ya solamente las más altas copas de los árboles del bosque, y largas sombras se extendían sobre el lago y la pradera; la serpiente se movía con impaciencia y azucena se deshacía en llantos.

En medio de esta angustiosa situación miraba la serpiente hacia todos lados pues temía a cada momento que el sol se pusiera y la descomposición del cuerpo atravesara el círculo mágico y atacara inconteniblemente al bello joven. Finalmente divisó, muy arriba en los aires, al azor, cuyo pecho recibía los últimos rayos del sol. Se sacudió de alegría ante esta buena señal, y no se

engañaba: pues poco después se vio al hombre de la lámpara deslizarse por sobre el lago como si fuera sobre patines.

La serpiente no cambió de posición, pero la azucena se irguió y le gritó: «¿Qué buen espíritu es el que te envía justo en el momento en que tanto te anhelamos y tanto necesitamos de ti?».

«El espíritu de mi lámpara», replicó el viejo, «es el que me impulsa, y el azor me guía aquí. Ella empieza a crepitar y echar chispas cuando se me necesita, y miro entonces el cielo a mi alrededor en busca de alguna señal; algún pájaro o meteoro me señala la

parte del cielo adonde debo dirigirme. ¡Tranquilízate, bella muchacha! No sé si puedo ayudar; un individuo no ayuda, sino quien se une con muchos a la hora adecuada. Posterguemos y esperemos. Mantén cerrado tu círculo», prosiguió mientras se dirigía a la serpiente, se sentaba junto a ella sobre un montículo de tierra e iluminaba el cuerpo muerto. «¡Trae también al gracioso canario, y ponlo dentro del círculo!». Las doncellas tomaron del canasto el pequeño cadáver, pues la anciana había dejado allí el canasto, y obedecieron al hombre.

Entretanto el sol se había puesto y,

como creciera la oscuridad, empezaron a irradiar luz no sólo la serpiente y la lámpara del hombre a su manera, sino que también el velo de azucena emitió una dulce luz que, como delicado rosicler, coloreó con infinita gracia sus pálidas mejillas y su blanca vestidura. Se miraron mutuamente y se contemplaron con tranquilidad; una segura esperanza hizo que disminuyeran la preocupación y la tristeza.

De ahí que no fuera desagradable que apareciera la vieja mujer acompañada por las dos animosas llamas, que tenían que haber derrochado mucho pues se habían vuelto de nuevo

extremadamente estrechas; pero que se comportaron tanto más finamente con la princesa y las otras mujeres. Con la mayor seguridad y muy expresivamente dijeron cosas bastante habituales; se mostraron bastante sensibles para el encanto que el velo luminoso difundía sobre azucena y sus acompañantes. Modestamente bajaron la vista las mujeres, y la alabanza de su belleza las embelleció realmente. Todos estaban contentos y tranquilos, menos la anciana. A pesar de que el marido le había asegurado que su mano no podría seguir disminuyendo mientras estuviera iluminada por una lámpara, afirmó más

de una vez que, si todo seguía así, este noble miembro de su cuerpo desaparecería por completo antes de medianoche.

El viejo de la lámpara había escuchado atentamente la conversación de los fuegos fatuos y estaba contento de que azucena hubiera sido distraída y alegrada por dicho coloquio. Y realmente se había hecho de noche sin que nadie supiera cómo. El viejo observó las estrellas y comenzó a hablar: «Nos hemos reunido en una hora dichosa, cada uno cumpla con su oficio, cada mal cumpla con su deber, y una dicha común disipará los dolores

individuales, así como una desgracia común consume las alegrías individuales».

Luego de estas palabras se produjo un extraño ruido, pues todos los personajes que estaban presentes empezaron a hablar y manifestaron en voz alta lo que tendrían que hacer, sólo las tres doncellas se quedaron calladas; una se había dormido junto al arpa, la otra junto a la sombrilla, la tercera junto al sillón, y no se les podía reprochar esto, pues era tarde. Los ardientes jóvenes, luego de haber dirigido algunas pasajeras cortesías a las servidoras, se consagraron finalmente sólo a azucena,

como que era la más hermosa.

«Toma el espejo», dijo el viejo al azor, «e ilumina con el primer rayo de sol a las durmientes, ¡y despiértalas con la luz reflejada desde las alturas!».

La serpiente comenzó entonces a moverse, rompió el círculo y se desplazó lentamente, formando grandes círculos, en dirección al río. Solemnemente la siguieron los dos fuegos fatuos, y uno los habría considerado como las más serias llamas. La anciana y su marido tomaron el canasto, cuya dulce luz apenas se había notado hasta ese momento; lo tomaron de los dos lados y se fue haciendo cada

vez más grande y luminoso; levantaron en él el cadáver del joven y le pusieron sobre el pecho el canario; el canasto se elevó a las alturas y flotó sobre la cabeza de la anciana y ella siguió a pie a los fuegos fatuos. La bella azucena tomó en sus brazos a Mops y siguió a la anciana, el hombre de la lámpara cerró el cortejo; y la comarca se iluminó de la más extraña manera por todas estas luces.

Pero el grupo, con no pequeño asombro, vio al llegar al río que sobre éste se extendía un magnífico arco por medio del cual la benéfica serpiente les preparaba un brillante camino. Si

durante el día se había admirado las transparentes piedras preciosas de que parecía compuesto el puente, se contemplaba de noche con asombro su brillante magnificencia. Hacia arriba el círculo luminoso se recortaba claramente sobre el cielo oscuro; pero hacia abajo brotaban vividos rayos en dirección al centro y mostraban la móvil firmeza de la construcción. El cortejo cruzó lentamente, y el barquero, que desde lejos, desde su choza, miraba, contemplaba con asombro el círculo luminoso y las extrañas luces que se desplazaban por encima de él.

No bien llegaron a la otra orilla,

cuando el arco del puente empezó a balancearse a su manera y a acercarse como formando ondas al agua. La serpiente se desplazó de inmediato a tierra, el canasto bajó al suelo; y la serpiente volvió a trazar su círculo; el anciano se inclinó hacia ella y dijo: «¿Qué has decidido?».

«Sacrificarme antes de ser sacrificada», replicó la serpiente; «prométeme que no has de dejar ninguna piedra sobre la tierra».

El viejo lo prometió, y dijo inmediatamente a la bella azucena: «¡Toca la serpiente con la mano izquierda, y a tu amado con la

derecha!»). Azucena se arrodilló y tocó la serpiente y el cadáver. En ese instante éste pareció volver a la vida; se movió dentro del canasto, se levantó, se sentó. Azucena quiso abrazarlo, pero el anciano la detuvo, ayudó en cambio al joven a pararse y lo guió para que saliera del canasto y del círculo.

El joven estaba de pie; el canario aleteaba sobre su hombro, había de nuevo vida en ambos; pero el espíritu todavía no había vuelto: el bello amigo tenía los ojos abiertos y no veía, al menos parecía ver todo sin manifestar ningún interés; y en cuanto disminuyó algo el asombro que causaba este

suceso, se empezó sólo entonces a notar cuán extrañamente se había transformado la serpiente. Su bello, esbelto cuerpo, se había desintegrado en miles y miles de luminosas piedras preciosas. Por un descuido la anciana, que quería alzar su canasto, había chocado contra el cuerpo de ella, y ya no se veía nada de la forma de la serpiente, sólo quedaba sobre el césped un bello círculo de luminosas piedras preciosas.

El anciano se dispuso de inmediato a recoger las piedras en el canasto, tarea en la que tuvo que ayudarlo su mujer. Ambos llevaron después el canasto

hacia la orilla, a un lugar elevado; y él arrojó toda la carga al río, no sin que se opusieran la belleza y su mujer que habrían querido quedarse con algo de todo ello. Como estrellas luminosas y brillantes se fueron las piedras flotando sobre la corriente; y no se pudo distinguir si se perdieron en la lejanía o se hundieron.

«Señores míos», dijo el viejo respetuosamente dirigiéndose a los fuegos fatuos, «ahora les muestro el camino y les indico el paso, pero ustedes nos harán el mayor servicio si nos abren la puerta del santuario por la que tenemos que entrar, y que nadie

fuera de ustedes puede abrir».

Los fuegos fatuos se inclinaron respetuosamente y se quedaron atrás. El viejo de la lámpara se adelantó hacia la roca que se abría ante él. El joven lo siguió como mecánicamente, tranquila e indecisa se mantenía azucena a cierta distancia detrás de él; la anciana no quiso quedarse atrás y extendió la mano para que la pudiera iluminar la luz de la lámpara de su marido. Los fuegos fatuos cerraron el cortejo, mientras las puntas de sus llamas se acercaban y parecían hablar entre sí.

No habían andado mucho tiempo cuando el cortejo se encontró ante una

gran puerta de bronce cuyas hojas estaban cerradas con un cerrojo de oro. El anciano llamó inmediatamente a los fuegos fatuos, que no se hicieron de rogar mucho tiempo sino que, solícitamente, gastaron con sus más agudas llamas la cerradura y el pasador.

Un fuerte ruido produjo el bronce cuando las puertas se abrieron prontamente y aparecieron en el sagrario las dignas estatuas de los reyes iluminadas por las luces que penetraban. Todos se inclinaron ante los venerables señores, los fuegos fatuos, en especial, no omitieron curvas reverencias.

Luego de una pausa el rey de oro

preguntó: «¿De dónde venís?». «Del mundo», contestó el viejo. «¿Adónde vais?», preguntó el rey de plata. «Al mundo», dijo el viejo. «¿Para qué nos queréis a nosotros?», preguntó el rey de bronce. «Para acompañaros», dijo el viejo.

El rey hecho de mezcla quiso empezar a hablar en este momento, cuando el de oro dijo a los fuegos fatuos, que se habían acercado demasiado a él: «¡Apartaos de mí, mi oro no es para vuestro gaznate!». Se volvieron entonces hacia el de plata y se estrecharon contra él, sus vestiduras brillaban bellamente bajo el reflejo

amarillento. «Bienvenidos», dijo él, «pero no os puedo alimentar, ¡nutríos afuera y traedme vuestra luz!». Se alejaron y se deslizaron delante del de bronce, que pareció no notarlos, hacia el que estaba formado por una mezcla. «¿Quién ha de dominar el mundo?», exclamó éste con voz temblorosa. «El que se pare sobre sus pies», contestó el viejo. «¡Ese soy yo!», dijo el rey mezclado. «Se producirá la revelación», dijo el viejo; «pues ya es tiempo».

La bella azucena se arrojó al cuello del anciano y lo besó muy afectuosamente. «Santo padre», dijo, «mil veces te agradezco, pues por

tercera vez escucho las misteriosas palabras». No bien hubo terminado de hablar cuando se asió todavía con más fuerza del anciano, pues el suelo empezó a temblar bajo sus pies; también la anciana y el joven se sostenían mutuamente, sólo los movedizos fuegos fatuos no notaron nada.

Se podía sentir claramente que todo el templo se movía como un barco que suavemente se aleja del puerto cuando se han levado las anclas; las profundidades de la tierra parecían abrirse ante él mientras avanzaba. No chocaba contra nada, ninguna roca se le atravesaba en el camino.

Por unos pocos instantes una fina lluvia pareció penetrar por la abertura de la cúpula, el viejo sostuvo con más fuerza a la azucena y le dijo: «Estamos bajo el río, y pronto llegaremos a la meta». No pasó mucho tiempo hasta que creyeron detenerse, pero se engañaban: el templo ascendía.

En ese momento se produjo un raro estruendo por encima de sus cabezas. Tablas y vigas, en enorme confusión, comenzaron a penetrar ruidosamente por la abertura de la cúpula. Azucena y la vieja saltaron a un lado, el hombre de la lámpara tomó al joven y se quedó quieto. La pequeña choza del barquero

—pues de ella se trataba: el templo, en su ascenso, la había arrancado del suelo y la había recogido en sí— cayó poco a poco y cubrió al joven y al anciano.

Las mujeres gritaron fuerte y el templo se conmovió como un barco que inesperadamente choca contra la tierra. Desesperadas deambularon las mujeres por la penumbra en torno a la choza, la puerta estaba cerrada y nadie escuchaba los golpes de ellas. Llamaron con más fuerza y no se sorprendieron poco cuando, por último, la madera empezó a sonar. En virtud de la lámpara encerrada, la choza se había ido transformando en plata desde dentro. No

pasó mucho tiempo, y hasta cambió de aspecto; pues el noble metal abandonó las casuales formas de las tablas, de los postes y de las vigas, y se extendió hasta constituir una magnífica construcción de esmerado trabajo. Quedó entonces un pequeño y magnífico templo en medio del más grande, o, si se quiere, un altar digno del templo.

Por una escalera que surgía desde adentro, apareció entonces en lo alto el noble joven; el hombre de la lámpara lo iluminaba, y otro parecía sostenerlo, otro que se asomaba con una corta vestidura blanca y que tenía en la mano un remo de plata; pronto se reconoció en

él al barquero, que antes era el habitante de la choza transformada.

La bella azucena subió por las gradas exteriores que llevaban del templo al altar; pero todavía tenía que mantenerse a la distancia de su amado. La anciana, cuya mano, mientras la lámpara había estado oculta, se había achicado más y más, exclamó: «¿He de seguir siendo desdichada? ¿En medio de tantos milagros, no hay un milagro que pueda salvar mi mano?». El marido le señaló la puerta abierta y dijo: «¡Mira, amanece, apresúrate y báñate en el río!». «¡Qué consejo!», exclamó ella, «me he de poner totalmente negra y he

de desaparecer por completo; ¡pues todavía no he pagado mi deuda!». «¡Anda», dijo el viejo, «y sígueme! Todas las deudas están ya saldadas».

La anciana se alejó de prisa y en ese momento apareció la luz del sol que amanecía sobre la cresta de la cúpula; el viejo se puso entre el joven y la virgen y gritó con fuerza: «Tres son los que dominan en la tierra: la sabiduría, el esplendor y el poder». Al decir la primera palabra se paró el rey de oro, con la segunda el de plata, y con la tercera se había levantado lentamente el de bronce, cuando el rey hecho de mezcla de pronto se sentó torpemente.

Quien lo veía, a pesar de la solemnidad del momento, apenas podía contener la risa, pues no estaba sentado, no yacía, no se apoyaba, sino que se había desplumado sin forma alguna.

Los fuegos fatuos, que hasta ese momento se habían ocupado de él, se hicieron a un lado. Aunque se los veía pálidos a la luz matinal, parecían estar de nuevo bien alimentados y tener una buena llama; hábilmente habían sorbido las vetas de oro de la estatua colosal con sus agudas lenguas, hasta lo más íntimo de ella. Los irregulares huecos que así se habían formado, se mantuvieron abiertos por un tiempo, y la

figura conservó su forma anterior. Pero cuando también finalmente quedaron vacías hasta las más tenues vetas, se desplomó de pronto la estatua y, por desgracia, en los lugares que quedan totalmente erguidos cuando el hombre se sienta; quedaron en cambio enteras las coyunturas que se habrían tenido que doblar. Quien no podía reír, tenía que apartar la vista; pues ver esa confusa cosa, mitad forma y mitad terrón, era desagradable.

El hombre de la lámpara hizo entonces que el joven bello, pero que todavía miraba fijamente delante de sí, bajara del altar y se dirigiera

directamente hacia el rey de bronce. A los pies del poderoso príncipe había una espada en una vaina de bronce. El joven se la colgó. «La espada a la izquierda, ¡la derecha libre!», exclamó el poderoso rey. Se dirigieron después hacia el de plata, que inclinó su cetro en dirección al joven. Éste lo tomó con la mano izquierda, y el rey dijo con complaciente voz: «¡Apacienta las ovejas!». Cuando fueron hacia el rey de oro, él, con ademán de bendición paterna, impuso al joven sobre la cabeza la corona de roble, y habló: «¡Reconoce lo supremo!».

Mientras ocurría esto el viejo había

observado detenidamente al joven. Luego de que se colgó la espada, se le levantó el pecho, se le movieron los brazos y sus pies pisaron con más firmeza; mientras tomaba con la mano el cetro pareció atenuarse la fuerza y aumentar más por medio de un inefable encanto; pero cuando la corona de roble adornó sus rizos, se le animó la expresión del rostro, le brillaron los ojos con un inefable espíritu, y la primera palabra de su boca fue «azucena».

«¡Querida azucena!», exclamó cuando vio que ella venía subiendo por la escalera de plata, pues desde el borde

superior del altar ella había estado atenta a su viaje, «¡querida azucena!, ¿el hombre, dotado de todo, qué otra cosa más preciosa puede desear que la inocencia y el sereno afecto que me trae tu pecho?». —«¡Oh!, amigo mío», prosiguió él mientras se dirigía al anciano y contemplaba las tres estatuas sagradas, «magnífico y seguro es el reino de nuestros padres; pero has olvidado la cuarta fuerza, que es anterior, más general y domina el mundo más seguramente la fuerza del amor». Al decir estas palabras se arrojó al cuello de la bella muchacha; ella se había quitado el velo, y sus mejillas se

colorearon con el más bello, con imperecedero rubor.

El anciano dijo entonces sonriendo: «El amor no domina, pero forma, y esto es más».

En medio de esta solemnidad, de esta dicha, de este encanto, no se había notado que el sol brillaba ya plenamente y, de pronto, a través de la puerta abierta, varios objetos inesperados llamaron la atención de los que estaban allí. Una plaza grande y rodeada de columnas hacía de atrio, y en su extremo se veía un largo y magnífico puente que tendía sus muchos arcos sobre el río: tenía a ambos lados cómodas y

suntuosas arcadas para los caminantes, que de a miles ya se encontraban allí, e iban y volvían atareados. El gran camino que había en el medio estaba animado por rebaños, mulas, jinetes y coches que por los dos lados, sin obstaculizarse mutuamente, iban y venían como torrentes. Todo parecían asombrados por la comodidad y suntuosidad; y el nuevo rey y su esposa estaban tan encantados por el movimiento y la vida de este gran pueblo, cuanto el mutuo amor los hacía felices.

«¡Acuérdate con veneración de la serpiente!», dijo el hombre de la lámpara, «tú le debes la vida, tus

pueblos le deben el puente por medio del cual estas orillas vecinas se llenan de animación hasta convertirse en países y se unen. Esas piedras preciosas que flotan y brillan, los restos de su cuerpo sacrificado, son los pilares de este magnífico puente, sobre ellos se ha edificado a sí mismo y se ha de mantener a sí mismo».

Quisieron exigirle que aclarara este maravilloso misterio, cuando entraron por la puerta del templo cuatro bellas muchachas. Por el arpa, la sombrilla y la silla plegadiza se reconoció inmediatamente a las acompañantes de azucena, pero la cuarta, más bella que

las otras tres, era una desconocida que, bromeando fraternalmente con ellas, recorrió de prisa el templo y subió por las gradas de plata.

«¿En lo futuro me creerás más, querida mujer?», dijo a la belleza el hombre de la lámpara. «¡Dichosa tú y toda criatura que esta mañana se bañe en el río!».

El viejo rejuvenecido y embellecido, de cuyas anteriores formas corporales no habían quedado ni huellas, abrazó al hombre de la lámpara con brazos animosos y juveniles, que recibió amistosamente sus caricias. «Si soy para ti demasiado viejo», dijo

sonriendo, «puedes elegirte hoy otro esposo; a partir de hoy no es válido ningún matrimonio que no sea celebrado de nuevo».

«¿Pero no sabes», replicó ella, «que también tú te has vuelto más joven?». —«Me alegro de aparecer ante tus jóvenes ojos como un animoso joven; tomo de nuevo tu mano y viviré gustoso contigo en el milenio venidero».

La reina dio la bienvenida a su nueva amiga y bajó, junto con ella y las restantes acompañantes, por el altar, mientras el rey, parado entre los dos hombres, miraba hacia el puente y contemplaba atentamente la

muchedumbre del pueblo.

Pero su contento no duró mucho tiempo, pues vio un objeto que le provocó enojo por un instante. El gran gigante, que todavía no parecía haberse restablecido totalmente de su sueño matinal, avanzó a los tumbos por el puente y provocó allí un gran desorden. Se había levantado, como era habitual en él, borracho de sueño y pensaba bañarse en la conocida ensenada del río; pero en lugar de ella encontró tierra firme y anduvo a tientas sobre el amplio pavimento del puente. Si bien se metió de la más torpe manera por entre hombres y animales, su presencia causó

por cierto el asombro de todos, mas no fue sentida por nadie, pero cuando el sol le dio en los ojos y él levantó la mano para protegerse, la sombra de su enorme puño se movió detrás de él tan violenta y torpemente por entre la muchedumbre, que grandes masas de hombres y animales se precipitaron, fueron dañadas y corrieron peligro de ser arrojadas al río.

El rey, cuando vio esta desdichada acción, hizo un movimiento involuntario para tomar la espada; pero reflexionó y observó con tranquilidad primero su cetro, después la lámpara y el remo de su acompañante. «Adivino tu

pensamiento», dijo el hombre de la lámpara, «pero nosotros y nuestras fuerzas somos impotentes frente a este impotente. ¡Tranquilízate!, es la última vez que produce un daño y, felizmente, su sombra se ha apartado de nosotros».

Entretanto el gigante se había acercado cada vez más, de asombro por lo que con sus ojos abiertos veía había dejado caer sus brazos, ya no hacía daño, y entró boquiabierto en el atrio.

Se dirigía precisamente a la puerta del templo cuando, de pronto, en el medio del patio, fue sujetado al suelo. Estaba parado allí como una estatua enorme, colosal, de brillante piedra

rojiza; y su sombra indicaba las horas, que estaban marcadas en un círculo sobre el piso a su alrededor, no en cifras sino en nobles y significativas imágenes.

No poco se alegró el rey de ver la sombra del monstruo en una útil dirección; no poco se sorprendió la reina que, cuando adornada de la máxima magnificencia bajó del altar junto con sus doncellas, divisó la rara estatua que casi cubría la vista que desde el templo se tenía en dirección al puente.

Entretanto el pueblo se había apiñado en torno al gigante, pues éste estaba quieto, lo había rodeado y

contemplado con asombro su metamorfosis. Desde allí se dirigió la muchedumbre hacia el templo, cuya existencia sólo entonces pareció haber percibido, y atropelladamente se encaminó hacia la puerta.

En este momento se cernía el azor con el espejo, muy arriba, sobre la catedral, captó la luz del sol y la proyectó sobre el grupo que estaba sobre el altar. El rey, la reina y sus acompañantes aparecieron, en medio de la penumbra de la bóveda del templo, iluminados por un resplandor celestial, y el pueblo cayó de bruces. Cuando la muchedumbre se recuperó y se puso en

pie, el rey y los suyos habían descendido del altar a fin de dirigirse, a través de ocultos salones, a su palacio, y el pueblo se dispersó por el templo para satisfacer su curiosidad. Contempló con asombro y respeto los tres reyes que estaban de pie; y sintió tanto más ansiedad por saber qué podría ser lo que se ocultaba, con forma de terrón, bajo el tapiz, en el cuarto nicho. Pues, fuera quien fuere, una benévola modestia había extendido un magnífico manto sobre el rey postrado, manto que ningún ojo puede atravesar y que ninguna mano se atreve a levantar.

El pueblo habría contemplado y

admirado interminablemente, y la curiosa muchedumbre hasta se habría aplastado a sí misma en el templo, si su atención no se hubiera desviado de nuevo hacia la gran plaza.

Inopinadamente, como del aire, cayeron sonoras monedas de oro sobre las losas de mármol, los caminantes que estaban más cerca se precipitaron hacia ellas para adueñarse de ellas; aisladamente se repitió el milagro, aquí y allá. Se entiende que los fuegos fatuos, que se retiraban, se divertieron así una vez más, y derrocharon alegremente el oro que provenía de los miembros del rey postrado. Ansiosamente corrió el

pueblo durante un tiempo más de un lado para el otro, se apretujó y se tironeó, aun cuando ya no caían monedas de oro. Por último se fue dispersando lentamente, siguió su camino, y hasta el día de hoy pulula el puente de caminantes, y el templo es el lugar más visitado de toda la tierra.

# EPÍLOGO

QUIZA SEAN necesarias traducciones de obras como ésta para convencernos de que el máximo autor de las letras alemanas, Johann Wolfgang Goethe (1749-1832) escribió algo más que *Fausto* o que la famosa novela epistolar sobre el joven Werther. Pero no interesa tanto recordar los numerosos tomos que suele ocupar la colección de sus obras completas, más importante es destacar que muchos de sus libros, como las *Conversaciones de los emigrados alemanes*, no sólo contienen la plenitud de su arte literario, sino que son también hitos fundamentales en la historia de la literatura moderna europea. En efecto,

esta colección de cuentos o novelas cortas, por ejemplo, es considerada unánimemente por los críticos alemanes como el comienzo del cultivo de un género literario dentro de la literatura de su lengua, género que se desarrolló ampliamente durante el siglo XIX y que hasta la actualidad sigue dando sus frutos<sup>[1]</sup>.

La «Novelle», narración breve que sólo podríamos llamar en castellano «novela» si diéramos a esta palabra el sentido con que la utilizó Cervantes (en sus *Novelas ejemplares*), no solía publicarse aislada sino formando conjuntos narrativos enmarcados, como

se ve en el *Decamerón* de Giovanni Boccaccio, una de las obras que sirvió a Goethe de modelo. De ahí que las *Conversaciones de los emigrados alemanes*, luego de presentar el relato de lo que ocurre a una familia, de nobles fugitivos alemanes que huyen del avance de las tropas francesas (en época inmediatamente posterior a la Revolución Francesa), contenga un grupo de narraciones («Novellen») que son contadas por varios personajes de dicha familia con el propósito de lograr un entretenimiento formativo. El anciano religioso, un amigo de la casa que desempeña principalmente el papel de

narrador, explica, al iniciar la historia —una de las principales que contiene el libro— de un joven al que llama Fernando, el sentido de su narración diciendo: «...He de contar sólo un acontecimiento que arroja luz sobre todo su carácter y que hizo decididamente época en su vida». Son palabras en las que queda definida la calidad de la mayoría de estos relatos, su interés a la vez narrativo, psicológico y moral.

Notable es que Goethe, para configurar esta obra suya, haya seguido modelos tomados principalmente del ámbito latino. Fuera de la mencionada obra de Boccaccio, indiscutible primera

fuente de toda la novela corta europea moderna, leyó los relatos cervantinos — en los que encontró «un verdadero tesoro, tanto de entretenimiento como de enseñanzas<sup>[2]</sup>»—, una antigua colección francesa titulada *Cent Nouvelles Nouvelles*, las también francesas *Nouvelles* de Margarita de Navarra... Acaso quería apartarse así de la «pesadez» alemana; más exactamente: buscaba una especie de descanso o de entretenimiento artístico justamente por la época en que estaba empeñado en llevar adelante otra de sus obras maestras narrativas, la amplia novela *Años de aprendizaje de Guillermo*

*Meister*; y los maestros de las lenguas romances, peritos en la agudeza y el ingenio, habían de ayudarlo a componer una obra cuyo tono general, al decir de Erich Trunz, fuera «ligero y entretenido<sup>[3]</sup>». Porque hay que observar que la primera palabra del título, «Unterhaltungen», no sólo puede traducirse —como inevitablemente ha tenido que elegir el traductor con el término «Conversaciones», sino también con «Entretenimientos». Y las dos cosas ha querido ofrecer el maestro alemán en este maravilloso juego artístico de su prosa: por un lado el valor curativo, edificante, del coloquio familiar y

amistoso que se tiende reconciliador entre los hombres divididos como ese fantástico puente del «Cuento fabuloso» que cierra la colección—; y, por el otro lado, la posibilidad de entretenerse dando alas a la imaginación, dejando que, como blanda arcilla se adapte a la presión misteriosa y ennoblecedora de la palabra. De más está decir que Goethe, aunque esmerado conocedor de sus fuentes, supo aprovecharlas para dar a la colección de relatos cortos un valor nuevo, propio de él y de su época. Nicolás Dornheim, al hacer el estudio comparativo con la obra de Boccaccio, destacó cómo en manos del clásico

alemán se cumplió una verdadera «metamorfosis del cuento europeo», metamorfosis, digamos, en sentido moderno, porque la narración breve se abrió hacia el interior del hombre y descubrió almas desgarradas por conflictos íntimos, como la del ya nombrado personaje Fernando<sup>[4]</sup>.

Las *Conversaciones de los emigrados alemanes* aparecieron primeramente en la revista *Las Horas*, publicación mensual editada por Friedrich Schiller, que fue dando a luz por partes el libro de Goethe, a lo largo del año 1795. Hasta se puede decir más: que con el propósito de satisfacer el

pedido de colaboración que le había hecho su colega y amigo, Goethe escribió esta obra. Por ello es importante recordar los motivos que inspiraron la empresa editorial en la que los dos más grandes escritores de la Alemania de aquella época se unieron: no sólo son ideales literarios de validez general, sino también la respuesta que un grupo de hombres calificados (entre los que estaban también Fichte, Humboldt, Herder, Jacobi) dieron a acuciantes problemas de entonces. En el «Prefacio» que encabezó el primer número de la revista, con fecha 10 de diciembre de 1794, Schiller trazó con claridad la

orientación que se proponían. Hizo de entrada, en las palabras iniciales, una referencia a su tiempo: «En una época en la que el cercano estruendo de la guerra atormenta a la patria, en la que la lucha de las opiniones y de los intereses políticos renueva esta guerra casi en todos los ambientes...», sí, en una época así, que es exactamente la misma que el lector encontrará vivamente descrita en las primeras páginas del relato de Goethe, ellos —los autores de *Las Horas*— querían invitar «a un entretenimiento (Unterhaltung) de un tipo totalmente opuesto<sup>[5]</sup>». Aunque se proponían excluir expresamente el tema

político, y liberarse y liberar del «demonio de la crítica política», no predicaban la despreocupación ni la frivolidad. Al contrario, consideraban que las tensiones en que vivían sólo servían para limitar y estrechar las almas, era necesario darles a éstas de nuevo la libertad «mediante un interés general y superior por lo puramente humano y que se encuentra por encima de la influencia de las épocas»; al fin de cuentas toda verdadera mejora del estado de la sociedad —siguen siendo palabras de Schiller— depende «de la serena elaboración de mejores conceptos, de principios más puros y de

costumbres más nobles<sup>[6]</sup>». Y así, a la par que rechazaban las pasiones partidistas que habían desatado la guerra, o al menos la hostilidad entre la gente, proponían la búsqueda de un ideal humano que no sirviera meramente de consuelo, sino que guiara los esfuerzos hacia una meta realmente superior. Lo estético decía cumplir una función decisiva en esta tarea, según la explicación del autor de las cartas *Sobre la educación estética del hombre*, pues la belleza actuaría como mediadora de la verdad, y por medio de ésta recibiría un fundamento duradero, una mayor dignidad.

Quizá todo esto resulte abstracto; pero no lo es, no lo era. Si las *Conversaciones de los emigrados alemanes* pueden adquirir para nosotros una viva actualidad, ello se explica —entre otros motivos— porque fueron escritas en medio de una tremenda crisis histórica. No sólo hay que tener presente la guerra que se menciona en las páginas iniciales de la obra —que actúa como motivo catastrófico similar a la peste en la obra de Boccaccio—, que se aproxima como inminente tormenta; sino también esa furibunda lucha de las opiniones —representada en el marco por la discusión entre el joven Carlos,

enamorado de la libertad, y el anciano consejero partidario del antiguo régimen que corroe como peligroso ácido el edificio social y crea la sensación de inevitable derrumbe, de acuerdo con lo que estaba ocurriendo en Francia. El mero desagradable episodio doméstico, o sea esta disputa entre los dos personajes de pareceres contrarios, que termina cuando el consejero, ofendido, decide irse con toda su familia, es un recurso mediante el cual Goethe muestra cómo los hombres totalmente absorbidos por lo que hoy llamaríamos las ideologías, se vuelven estrechos e inhumanos. Hay que leer con atención la

reprimenda que la baronesa —personaje central para la ejemplaridad de esta obra— dirige a Carlos y en general, como muy femeninamente dice, a los hombres. ¿En qué piensan ellos? En si están a favor o en contra de la Revolución Francesa. ¿Y ella?: «... Pienso en mi amiga, que va en su coche, por incómodos caminos, recordando con lágrimas la vulnerable hospitalidad...». Muy sutilmente, como es lo propio de esta obra de Goethe, se marca el contraste entre el combate de las ideas, expresado materialmente por la guerra cuyos cañonazos se oyen desde la casa donde están los emigrados, y los simples

hechos humanos expresados por conceptos como hospitalidad y amistad. La baronesa es suficientemente sensata como para no pretender que se desinteresen de los grandes y graves acontecimientos de la historia, pero les advierte que «cada uno, mientras el mundo siga siendo mundo, tendrá que dominarse por lo menos exteriormente para ser sociable». Sí, parece una tontería insistir en que si se quiere vivir en sociedad es necesario siempre sacrificar algo propio, una tontería sobre todo desde el punto de vista de quienes piensan que el mundo va a dejar de seguir siendo mundo —una púa para

los utopistas de todas layas—; pero la verdad es que, y de ello trata de convencer la baronesa a los emigrados, después de revoluciones y contrarrevoluciones, uno sigue teniendo que convivir con seres humanos. «¡Poned todas vuestras fuerzas en ser instructivos, útiles y, especialmente, sociables! Y tendremos necesidad de todo esto —y todavía mucho más que ahora— si es que todo se ha de trastornar». Éste es el mensaje que quiere manifestar el clasicismo alemán para su época de pasiones y violencias; y ha de notarse la coincidencia que hay entre las palabras de este personaje de

Goethe y las que escribió Schiller para las páginas iniciales de la revista en que ambos colaboraron.

Ahora bien, el simbolismo de las situaciones no sólo se refiere al problema histórico o político. También se descubren, de tanto en tanto, otras profundidades. En el mismo incidente entre Carlos y el consejero, la pasión la vehemencia, la intolerancia de ambos motivan la intempestiva partida del segundo con toda su familia. Se provoca entonces un momento de tensión en la casa de la baronesa, donde queda Carlos, que es sobrino de ella, al que todos miran como culpable. Y él mismo

se siente turbado; por ello, de pronto, se dirige a su tía y le pide perdón por lo ocurrido, reconoce su error, dice sentirlo hondamente. La respuesta de la prudente mujer revela, como al descuido, un abismo de la conducta humana que acaso se hace patente especialmente en las épocas de crisis. «Yo puedo perdonar —dice ella— no te guardaré ningún rencor... pero tú no puedes reparar lo que has echado a perder». Sí, hay momentos en los que se descubre muy cerca de los pies ese vacío de lo irreparable, en los que se siente la impotencia, la limitación del hombre, que ni siquiera puede recuperar

lo que ha perdido por sus propias impulsivas acciones. El mismo tema aparece más adelante, en la ejemplar historia del joven Fernando, contada por el anciano religioso. Dicho protagonista, que en un principio había cometido robos sustrayendo dinero de un escritorio que era de su padre se arrepiente de ello en determinado momento, desiste de cometer más acciones delictivas y se dedica con empeño a trabajar; hasta se le presenta la oportunidad de juntar el dinero suficiente para devolver todo lo que ha robado... Pero, de pronto, el padre echa de menos el dinero; la madre descubre

por una serie de coincidencias que el responsable es Fernando, y pide explicaciones a éste. Él se desespera, no tanto porque se descubre su mala acción cuanto porque así se frustra su buen propósito de reparar el daño que ha cometido. Todo su entusiasmo por trabajar y vivir se transforma entonces en deseo de morir; pero es uno de los pocos momentos del libro en que se vislumbra un motivo religioso. Pues el narrador comenta que el personaje necesita «un auxilio superior», que suplica, casi requiere, en apasionada plegaria. Ésta es escuchada, como lo indica el desenlace de la historia... La

sabiduría de Goethe no sería completa si no percibiera los límites con los que se topa el hombre. Hay situaciones en las que no basta el espíritu de sacrificio, la comprensión, la tolerancia. Se observará por ejemplo que hacia el final del fantástico relato que cierra la obra se proclama que el dominio del mundo está en manos de la sabiduría, del esplendor del arte y del poder; sin embargo, más adelante, se corrige o se agrega: «...Pero has olvidado la cuarta fuerza». Es decir, la del amor.

Si este libro del gran maestro alemán impresiona por la sutileza de su lenguaje, por el arte con qué hasta las

palabras y situaciones más comunes están cargadas de significación, satisface plenamente por el equilibrio que penetra hasta los últimos detalles. El análisis estilístico del «Cuento fabuloso» ha llevado a un crítico a la conclusión de que en él el lenguaje adquiere el aspecto, por la estructura de su sintaxis, de «una sociedad que ha adquirido forma<sup>[7]</sup>» Hasta tal punto, pues, el equilibrio o la armonía han sido tomados en serio por el autor. Pero el suave movimiento de la balanza goetheana no se nota sólo en la cuidadosa obra del lenguaje —que el traductor no puede jactarse de haber

reproducido impecablemente—, sino también en personajes, situaciones, juicios. La corrección, esa figura que los retóricos explican como una manera de retractarse de lo dicho o de corregirlo agregándole o quitándole algo, se encuentra en algunos pasajes como el anteriormente citado sobre el poder del amor, y también en la estructura general de la obra, como una distribución equitativa de las contradicciones, para mantener el equilibrio. El primer párrafo parece una declaración de guerra a la Revolución Francesa y a sus consecuencias, por haber dado origen a «desdichados días», haber amenazado a

«todas las personas distinguidas»... Tanto que un crítico de la época consideró que Goethe, en las *Conversaciones*, había manifestado su simpatía a favor del *Ancien Régime*, y se había apartado del propósito de imparcialidad política manifestado por Schiller<sup>[8]</sup>. Pero si se sigue leyendo se notará cómo ya el segundo párrafo corrige ese aparente partidismo; pues al trazar la caracterización de la baronesa —que es el personaje realmente ejemplar del libro— no destaca en ella ninguna adhesión política, sino su modalidad decidida y activa, y su disposición a «servir a muchos» (y no

ser servida por muchos). Esta obligación de servicio a la sociedad es una de las consecuencias que Goethe sacó de la Revolución, tanto para el individuo como para la nobleza. Lleva, pues, el juicio hacia la otra perspectiva. Sabe mantener el fiel de la balanza, ya inicialmente, también respecto a distribuir equilibradamente las cargas de dolor y de alegría; aunque el párrafo primero deja entrever las penurias a que se sometieron los emigrados debido a la guerra y a las nuevas concepciones sociales, el segundo descubre inesperadamente cómo tales experiencias no excluían «el buen

humor», «momentos de alegría», «bromas y risa». Y en la caracterización de los personajes del marco narrativo, hecha con tanta sobriedad y penetración psicológica, el narrador no es menos equilibrado. Obsérvese el retrato que hace del primo Carlos, el personaje más conflictivo, enamorado de esa «belleza» llamada libertad, que «había sabido procurarse tantos adoradores». ¡Con qué prudencia describe Goethe al imprudente! ¡Con qué humor lo censura, por su ofuscación, por su apasionamiento, por su manía de sacar a los otros de sus casillas! Pero inmediatamente pone el contrapeso,

porque advierte la injusticia de la señorita Luisa, que quería hacer dudar —aprovechándose de los defectos señalados— respecto al carácter y la razón del fogoso joven. También cuando se produce el incidente con el consejero, y la baronesa toma la palabra para censurar con todo el peso de su autoridad lo que ha ocurrido; en ese momento en que todos miran hacia Carlos, el culpable, convicto y confeso; ella, la dueña de casa, la primera perjudicada por la partida del consejero, porque también se ha ido la esposa de éste, amiga íntima de ella, no lanza el alegato contra el joven, sino que

prorrumpe en una irónica crítica contra los hombres. En sus palabras se ve cómo brota, casi directamente, el alma de una mujer; y quiere hacer implícitamente justicia, porque no se limita a acusar a uno de los dos contrincantes, sino, con el giro general que da a su recriminación, a los dos... A Carlos y al consejero, al enamorado de la libertad y al fiel servidor del antiguo régimen.

El viejo religioso que se encarga de contar las principales narraciones del libro soporta pacientemente muchas agresivas réplicas de la joven Luisa. En uno de los diálogos previos, cuando él

explica que muchos de los cuentos que conoce, que integran su colección, traían del amor, ella le pregunta con punzante ironía si acaso pretende ofrecerles como motivo de entretenimiento «chistes obscenos». No tarda el religioso en desmentirla y en explicarle por qué no gusta de ese tipo de relatos, que «suscitan falsos deseos en lugar de ocupar agradablemente a la razón». Es posible que Goethe, con este problema, aluda a una de las colecciones francesas de las cuales él sacó uno de sus asuntos, es decir a las *Cent Nouvelles Nouvelles*, libro en el que un crítico actual reconoce una «búsqueda sistemática de

lo picaresco, hasta de la obscenidad<sup>[9]</sup>». Pero este tema no se plantea al acaso; porque después, cuando llega el momento de contar, aparecen las historias de amor. También en torno a este motivo la balanza goetheana alcanza el equilibrio. Hacia el final de la primera velada en la que se cuentan varias historias, toma la palabra Carlos y ofrece a la tertulia un relato sacado de las *Memorias* del mariscal francés Bassompierre. Desde el comienzo se percibe la nota sensual: durante varios meses, al pasar el mariscal por un puente de la ciudad, ve que una bella tendera se asoma y lo observa

significativamente. El ofrecimiento, aunque no tiene el carácter de la prostitución sino que va dirigido a Bassompierre en especial, se confirma cuando éste manda un sirviente para arreglar una cita con la mujer... Aunque con sobria elegancia y finura, la narración penetra de lleno en lo sensual; pero pronto surge el contrapeso. Como al pasar advierte el sirviente al mariscal que tome ciertas precauciones, pues la peste se ha manifestado en varios lugares de la ciudad. Sensualidad y horror se combinan entonces y se compensan mutuamente. También de fuente francesa, de la citada colección

de «nouvelles», es la historia que cuenta el religioso al día siguiente, sobre la manera como un joven y prudente procurador evita convertirse en amante de una mujer casada. Frente a la fuerza natural con la que el cuerpo arrastra como una pendiente a los personajes, surge una inesperada reacción, que primero parece una especie de juego, pero al fin lleva a los personajes a descubrir en su interior lo que podríamos llamar la fuerza moral. Significativas son las palabras de gratitud mediante las cuales la joven esposa agradece al procurador que le haya hecho sentir que además del afecto

o de la inclinación hay en nosotros algo «que ha de hacer contrapeso» — insistamos una vez más en la imagen de la balanza—, le agradece que le haya hecho conocer ese «yo bueno y fuerte que habita tan sereno y tranquilo» en el interior de cada uno. Acaso no esté de más apuntar que en este pasaje la narración de Goethe, que en otros sigue al modelo francés casi tan fielmente como una traducción, se aparta de él en consideraciones propias. Es decir, para el narrador alemán no se trata solamente de que la esposa ha salvado así su castidad, el honor y el buen nombre de ella y de su familia como dice más o

menos el texto francés<sup>[10]</sup> se trata de que ha descubierto una dimensión de su ser que hasta ese momento había estado oculta para ella.

Goethe ha puesto al fin de su colección un cuento fabuloso, un «Märchen»: es una misteriosa joya literaria. No se lo puede interpretar alegóricamente, como si cada personaje, cada objeto, cada acontecimiento que en él aparecen tuvieran un determinado significado previamente fijado<sup>[11]</sup>. Pero tampoco se lo ha de separar del conjunto de las *Conversaciones* y de su tema; al contrario, esta fantasía completa el libro, no sólo por el placer de su

insuperable música verbal, sino también porque sus símbolos sugieren, entrelazando diversos motivos, la concepción de armonía moral, política y cósmica que han hecho patente desde distintas perspectivas tanto las narraciones como los comentarios y las discusiones de los emigrados. Ha indicado Hans Mayer, basándose en testimonios de las cartas de Goethe, la influencia de un cuento de Voltaire titulado *El toro blanco* (Le Taureau blanc) para la elaboración de este extraño relato<sup>1</sup>. Aunque el irónico y escéptico francés prefirió para el desarrollo de su fábula un ambiente

determinado histórica y geográficamente —el antiguo Egipto, Babilonia—, no se puede negar el parecido en varios aspectos: el reencuentro de una joven princesa con su amado, el desdichado príncipe; la vieja, misterioso personaje encargado de prestar ciertos servicios; y la serpiente... Sobre todo ésta, a la que Voltaire describe inicialmente con palabras que se ve impresionaron la imaginación de Goethe, «una serpiente que no era como las serpientes comunes, pues sus ojos expresaban tanto ternura como animación; su fisonomía era noble e interesante; la piel le brillaba con los colores más vivos y más dulces<sup>1</sup> ,

sobre todo ésta, aunque adquiere un papel distinto, más activo, parece proceder del cuento francés. En un pasaje de éste se la define como «símbolo de la eternidad» cuando se muerde la cola; y así tendríamos la aclaración de uno de los tantos símbolos del relato goetheano, en el que falta no obstante esa permanente ilusión burlesca a motivos bíblicos y religiosos de que al parecer no puede abstenerse el gran incrédulo francés. Además Goethe ha dado más densidad a sus símbolos de tal manera que no es tan fácil reconocer en ellos el propósito crítico, satírico, dirigido contra tales o cuales personas o

realidades contemporáneas, que se transparentó a vuelta de cada página en el relato de Voltaire. De todas maneras no estará de más recordar que la laboriosidad de algunos estudiosos ha desentrañado ciertos secretos del «Cuento fabuloso»: por ejemplo que el cuarto rey, de extraño aspecto y balbuciente voz, alude al desdichado Luis XVI<sup>1</sup>, o que la sombra del gigante, como ya apuntó Schiller en una de sus cartas, remite a la Revolución Francesa<sup>2</sup>. Valgan estas señales sólo como una manera de sugerir la densidad histórica de esta fantasía; pero no para favorecer la falsa tendencia a

interpretarla como si se sirviera de uno de los tantos códigos unívocos que pululan hoy por todas partes.

Hay, en suma, una verdadera confluencia de tradiciones en esta obra de Goethe, que, por lo demás, fue elaborada con tan inmediata referencia a la candente actualidad. Además se reconocen varios matices en su actitud narrativa: desde la modesta traducción de relatos extranjeros hasta la compleja elaboración creadora de la fantasía final. Queda patente el ideal de equilibrio, tanto para la expresión como para la concepción de la vida y del mundo; es la realización plena del

clasicismo literario alemán, en la conjunción única de los dos geniales escritores que colaboraron en *Las Horas*. Pero las *Conversaciones* no han concluido con su época. Porque siguen hablando todavía, con su lenguaje espontáneo, fresco, familiar, con su sabio mensaje de humanidad; y porque han impulsado la imaginación literaria hacia un camino que aún se sigue recorriendo. Bastará recordar el entusiasmo que provocó en los jóvenes románticos el «Märchen» de Goethe: a partir de él elaboró Novalis gran parte de su concepción de la poesía (como receptáculo de lo maravilloso, de lo

absoluto, como creación musical); y no es raro encontrar en los cuentos de Hoffmann varios de los motivos fabulosos que nos intrigan en las páginas finales de este libro del clásico de Weimar... Pero habrá que esperar, siguiendo el desarrollo histórico desde entonces, dejando atrás el siglo XIX, hasta el surrealismo, para comprender plenamente qué sentido puede tener un relato sin planes, que continuamente cambia de dirección (así lo caracteriza, antes de contarlo, el anciano religioso) y cuya fuerza consiste fundamentalmente en el poder de las imágenes.